



EL TERCER QUIJOTE

Escrito por escolares
complutenses

TUTELADO POR LITERARIA XXI





www.loqueleo.com/es

© Ayuntamiento de Alcalá de Henares. Concejalía de Educación

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

Printed in Spain - Impreso en España

Edición no venal

Equipo de la Concejalía de Educación:

María Teresa Lahuerta Hernando

José Arjona Rojo

María Galván Morejón

Conchi Gutiérrez Castro

Coordinador técnico:

José Díaz Peña

Coordinador literario:

Santiago García-Clairac

Colaboración documental:

Miguel Ángel Simal

Tutores literarios. Literaria XXI:

Santiago García-Clairac

Marinella Terzi

Fernando J López

Mónica Rodríguez

Francisco de Paula (Blue Jeans)

Ana Alcolea

Concha López Narváez

David Lozano

María Menéndez Ponte

Andrés Guerrero

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EL TERCER QUIJOTE

Escrito por escolares
complutenses

TUTELADO POR LITERARIA XXI

Presentación de Javier Rodríguez Palacios

Alcalde de Alcalá de Henares

Un singular trayecto, en una singular aventura, concebida por autores singulares.

5

Creo que esta es la mejor manera de resumir un trabajo colectivo tan especial e ilusionante como es *El tercer Quijote*, un libro colectivo que ha nacido en el corazón de la ciudad, y ha crecido en los propios centros educativos.

La efeméride que hemos venido celebrando del IV centenario de la muerte de Cervantes no podía tener mejor culminación.

No solo porque que irradia ilusión y aventura creativa, sino porque también, y después de superar el miedo inicial del folio en blanco que sienten los creadores, se ha conseguido hilvanar un magnífico trabajo.

Cientos de niños, apoyados por sus profesores y aconsejados por escritores de reconocido prestigio en el ámbito de la literatura infantil y juvenil, acogieron este proyecto con cariño, y eso se nota en el fruto cosechado. Cada palabra, cada frase, cada escena narrada, estoy convencido de que se han recreado y vivido intensamente en los pupitres, en las mesas de trabajo, y sobre todo en la mente de los niños y niñas participantes, imaginando las aventuras y hazañas de los personajes quijotescos como propias y vividas en primera persona.

También es importante resaltar la intangible pero profunda conexión que en términos de creatividad e imaginación inspira la obra cervantina en el espacio escolar. ¿Puede haber mejor manera de acercamiento al *Quijote* en edades tan tempranas que emulando al mismo Cervantes?

6 Agradezco y, sobre todo, felicito a quienes han hecho posible que este proyecto culminara con éxito; por encima de todo a los escolares que lo han creado, pero también quisiera reconocer a la editorial Santillana, que participa en la edición; al grupo de escritores Literaria XXI, que ha aportado su sabiduría creativa, y cómo no, a los profesores, que han hecho gala de un generoso esfuerzo para sacar adelante un proyecto tan complejo como el que se había propuesto la Concejalía de Educación de Alcalá.

Y aprovecho para animar a que iniciativas tan singulares enraícen en el ámbito escolar, donde, y este libro así lo demuestra, tendrán garantizado un desarrollo útil, eficiente y de calidad.

Ojalá que nuevos proyectos, tan estimulantes como este, nos aguarden a la vuelta de la esquina.

Javier Rodríguez Palacios
Alcalde de Alcalá de Henares

Presentación de Diana Díaz del Pozo

Concejala de Educación de Alcalá de Henares

Emprender aventuras nunca fue fácil tarea; lo sabía don Quijote y lo supo, sin duda, su fiel compañero de fatigas Sancho; y es así como comenzó a tejerse la obra que hoy tienen ustedes entre sus manos, como una Gran Aventura. Llegar al final de ella supone para mí, como concejala de Educación de Alcalá de Henares, una gran satisfacción.

7

En esta obra, compuesta por una sucesión de capítulos elaborados por escolares complutenses y sus profesores, nos sumergen en las nuevas «locuras» del personaje de don Quijote, imprescindible en nuestra literatura hispana y del que estoy segura que disfrutarán en esta nueva entrega.

A lo largo de la lectura observarán que los viajes de nuestros protagonistas por las diferentes ciudades Patrimonio de la Humanidad constituyen una suerte de descripción de tradiciones, comidas o paisajes que han constituido uno de los aprendizajes más importantes para nuestros alumnos: el de nuestro patrimonio histórico, nuestra identidad. Todo ello trufado de los valores desprendidos de la obra cervantina consagrada.

Amistad, solidaridad, perseverancia o tesón son cualidades reflejadas en cada uno de los episodios que se narran, siendo la prevalencia de estas virtudes uno de los objetivos principales perseguidos cuando comenzamos este proyecto.

8 Sin duda comprenderán que el arduo esfuerzo de la comunidad educativa y la voluntad política no son suficientes para llevar a cabo un trabajo de creación de esta envergadura. Un equipo de Dulcineas y Sanchos decidieron seguir a otros pocos Quijotes e involucrarse, no solo en la resurrección del hidalgo, sino en la inoculación del gusto por el proceso de creación literaria en nuestros niños. A todos ellos mi sincero y eterno agradecimiento.

En esta nueva entrega el Ingenioso Hidalgo afirma que: «Al fin no ha de importar ser vencedor o vencido si se ha luchado con honor». Pues yo les digo que al fin no ha de importar si la obra es más o menos... si se ha despertado la Imaginación.

Lean y disfruten.

Diana Díaz del Pozo

Concejala de Educación de Alcalá de Henares

Nota introductoria de la Concejalía de Educación

9

El proyecto *El tercer Quijote* nace de la confluencia del deseo de homenajear a Cervantes, a través de un trabajo colectivo, y del convencimiento del efecto positivo que supone cualquier acercamiento de la obra cervantina a la población escolar.

La propuesta formulada a los centros educativos de la ciudad ha tenido una extraordinaria acogida. Han participado en este logro 837 alumnos, 58 profesores y 10 escritores profesionales. Finalmente la obra se ha concretado en 29 capítulos, todos ellos independientes y autoconclusivos, a la manera del propio *Quijote* cervantino que lo inspiraba.

Se concibió también como una herramienta de motivación para conocer y disfrutar un recorrido de aventuras por las ciudades Patrimonio de la Humanidad, a cuyo grupo pertenece Alcalá, y otros lugares cervantinos.

Una obra ideada de ese modo resultaba compleja en su coordinación y en su ejecución material; de esa labor se ha ocupado el equipo de la Concejalía de Educación de Alcalá de Henares con el mayor interés y dedicación.

Como toda obra literaria que se precie, requería una perspectiva homogeneizadora y un marco narrativo coherente, aspecto del que se ha responsabilizado con éxito indudable el escritor Santiago García-Clairac; a su pluma, y sobre todo

a su buen hacer y consejo, y en última instancia al trabajo en equipo de todos los participantes, se debe el éxito colectivo que representa este particular *Quijote*.

Concejalía de Educación de Alcalá de Henares

Prólogo de Darío Villanueva

Director de la Real Academia Española

Alcalá de Henares ha sabido honrar cumplidamente a su hijo más ilustre, el príncipe de las letras españolas y escritor universal Miguel de Cervantes Saavedra.

11

No ha dejado de aprovechar para el logro de tan laudable propósito tres conmemoraciones centenarias, las de las publicaciones de la primera (1605) y segunda parte (1615) del *Quijote*, y el cuarto centenario luctuoso del fallecimiento de don Miguel el 23 de abril de 1616, pocos días antes de que muriera en Inglaterra el único escritor contemporáneo de Cervantes que está a su altura en la consideración universal: William Shakespeare.

Uno de los actos más entrañables y emotivos en los que participé como director de la Real Academia Española fue la presentación en nuestra sede, el pasado año 2016, de una edición singular del *Quijote*. Se trataba de la transcripción manuscrita de la segunda parte de la novela cervantina, en dos tomos de tamaño gran folio, con un total de unas novecientas páginas, enriquecidas además por ilustraciones, todo ello como resultado del improbable trabajo que unos tres mil alumnos alcalaínos de Primaria habían realizado bajo la orientación de sus profesores, unos ciento sesenta en total, y con el apoyo de la Concejalía de Educación del Ayuntamiento.

Esta publicación, fechada en 2015, traía cuenta de pareja aventura culminada con éxito diez años antes por otros tantos niños y niñas, asimismo escolares de Primaria, que se habían esforzado en copiar entonces, con el formato que se repetiría luego, la primera parte del *Quijote*. En ambas ediciones los escolares habían decorado también las letras con las que comenzaba cada uno de los capítulos, y en la de 2015 se incluían, a modo de apéndice, los dibujos quijotescos de los ilustradores más pequeños de todos, pertenecientes al CEIP que lleva, en Alcalá, el nombre del siempre recordado miembro de la RAE Antonio Mingote.

No satisfecha con las proezas realizadas en 2005 y 2015, la comunidad escolar alcalaína nos ofrece ahora una nueva sorpresa en recuerdo de don Miguel de Cervantes y *Don Quijote de la Mancha*. Si las dos obras anteriores apuntaban hacia la lectura y la caligrafía, sin olvidar la creatividad plástica, lo que ahora se nos ofrece tiene que ver, directamente, con la imaginación y la escritura literaria.

Son ahora ochocientos niños y niñas de sexto de Primaria, pertenecientes a veintisiete colegios de Alcalá, los que con el concurso de sesenta profesores y diez escritores destacados en el ámbito de la literatura infantil y juvenil hacen resucitar a Alonso Quijano el Bueno y lo echan a andar, con su inseparable escudero Sancho Panza, por sendas de la piel de toro todavía no holladas por Rocinante y el asno sanchopancesco.

Recorren, así, una ruta comprensiva de las ciudades españolas que la pareja formada por el caballero y su escudero no habían visitado antes, pues la única capital a la que llegaron en la segunda parte de 1615 fue, como es bien sabido, Barcelona, donde, por cierto, don Quijote fue derrotado y se comprometió a abandonar la caballería ante su vencedor, el Caballero de la

Blanca Luna. Este periplo imaginado por los escolares alcalaínos, doblados en continuadores del *Quijote*, incluye ciudades Patrimonio de la Humanidad, como lo es Alcalá de Henares, e incluso los protagonistas surcan el Mediterráneo para llegar a Ibiza, y el Atlántico hasta alcanzar San Cristóbal de La Laguna.

A este ejercicio consistente en prolongar imaginativamente la vida ficticia de los dos protagonistas cervantinos, que emula la suplantación de Alonso Fernández de Avellaneda en la segunda parte apócrifa del *Quijote*, se añaden también las correspondientes láminas dibujadas, y el resultado merece todo nuestro reconocimiento y más expresiva felicitación a los escolares, profesores y escritores participantes. El resultado de su entrañable colaboración haría feliz a don Miguel de Cervantes Saavedra en su propia villa, si hacemos caso a lo que se lee en la segunda parte del *Quijote*: «Una de las cosas que más debe de dar contento a un hombre virtuoso y eminente es verse, vi- viendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa; porque, siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara».

Darío Villanueva

Director de la Real Academia Española

Índice

**CAPÍTULO I. DE CÓMO SANCHO PANZA RECUERDA
A DON QUIJOTE CON DOLOR Y TIENE UN ENCUENTRO
EXTRAÑO 23**

La hacienda de don Quijote

Autores: Santiago García-Clairac, Marinella Terzi, Fernando J López
y Mónica Rodríguez

**CAPÍTULO II. LA ILUSIÓN DEL AMOR HACE CONTINUAR
LAS HISTORIAS..... 33**

CEIP Dulcinea

Ciudad Real-El Toboso

Tutor literario: Blue Jeans

CAPÍTULO III. EN BUSCA DE LA PRINCESA ENCANTADA 43

CEIP Ernest Hemingway

Cáceres

Tutora literaria: Ana Alcolea

**CAPÍTULO IV. QUE TRATA DE LAS AVENTURAS QUE LES
OCURRIERON A DON QUIJOTE Y A SU ESCUDERO SANCHO
EN SU ESTANCIA EN LA CIUDAD MILENARIA DE MÉRIDA.... 55**

CEIP Iplacea

Mérida

Tutor literario: Santiago García-Clairac

**CAPÍTULO V. QUE TRATA SOBRE VIANDAS, MUJERES
HERMOSAS Y LO QUE ACONTECIÓ A DON QUIJOTE
EN EL INTERIOR DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA,
ANTIGUA MEZQUITA..... 69**

CC Filipenses-Sagrado Corazón

Córdoba

Tutora literaria: Concha López Narváez

CAPÍTULO VI. LA CONDESA DE CARMONA 79

CC Lope de Vega

Sevilla

Tutor literario: Blue Jeans

CAPÍTULO VII. LA AVENTURA ISLEÑA 91

CEIP Reyes Católicos

San Cristóbal de La Laguna

Tutor literario: Fernando J López

**CAPÍTULO VIII. EN EL QUE DON QUIJOTE Y SANCHO
PASEAN POR TIERRAS MALAGUEÑAS Y TIENEN UN DURO
ENFRENTAMIENTO CON UN MONSTRUO MARINO 103**

CC San Gabriel

Málaga

Tutora literaria: Marinella Terzi

CAPÍTULO IX. LA CIUDAD AVENTURERA..... 113

CEIP Francisco de Quevedo

Baeza

Tutor literario: David Lozano

CAPÍTULO X. DE LO QUE ACONTECIÓ A NUESTRO BUEN CABALLERO DON QUIJOTE EN SU PASO POR ÚBEDA..... 125

CEIP Infanta Catalina

Úbeda

Tutor literario: Fernando J López

CAPÍTULO XI. RODEADOS DEL MAR MEDITERRÁNEO 137

CEIP Daoíz y Velarde

Ibiza

Tutora literaria: Ana Alcolea

CAPÍTULO XII. DE LO QUE ACONTECIÓ A DON QUIJOTE EN LA CIUDAD DE VALENCIA..... 147

CC Escuelas Pías

Valencia

Tutor literario: Fernando J López

CAPÍTULO XIII. DON QUIJOTE Y LOS PIRATAS 159

CEIP García Lorca

Tarragona

Tutora literaria: María Menéndez Ponte

CAPÍTULO XIV. DE CÓMO DON QUIJOTE Y SU FIEL ESCUDERO SANCHO LLEGARON A BARCELONA..... 169

CEIP Alicia de Larrocha

Barcelona

Tutora literaria: Concha López Narváez

CAPÍTULO XV. EL QUIJOTE ENTRA EN ZARAGOZA 183

CEIP Beatriz Galindo

Zaragoza

Tutor literario: David Lozano

**CAPÍTULO XVI. DE LO QUE LES SUCEDIÓ A DON QUIJOTE
Y SANCHO EN LA CIUDAD DEL CID CAMPEADOR 201**

CC San Francisco de Asís

Burgos

Tutora literaria: María Menéndez Ponte

**CAPÍTULO XVII. DONDE SE CUENTA LO QUE LE SUCEDIÓ
A DON QUIJOTE YENDO A BILBAO A BUSCAR LA FLOR
DE CRISTAL Y LO QUE ALLÍ ACONTECIÓ, DIGNO DE SER
RELATADO 211**

CEIP Antonio de Nebrija

Bilbao

Tutora literaria: Mónica Rodríguez

CAPÍTULO XVIII. EN BUSCA DE LA CORONA PERDIDA 221

CEIP Cristóbal Colón

Santander

Tutor literario: Blue Jeans

**CAPÍTULO XIX. DE CÓMO DON QUIJOTE Y SANCHO
LLEGAN A GIJÓN A SOLICITAR EL TÍTULO DE CABALLERO
ANDANTE ANTE DON MIGUEL DE CERVANTES 231**

CC Calasanz-Escolapias

Gijón

Tutor literario: Andrés Guerrero

CAPÍTULO XX. DE LAS AVENTURAS DE DON QUIJOTE EN EL BARRIO DE SANTA ANA, DEL ALBOROTO EN EL PALACIO DE LOS GUZMANES Y DE LAS COSAS QUE LES ACONTECIERON CAMINO DE LA CATEDRAL DE SANTA MARÍA 241

CC Gredos San Diego Alcalá

León

Tutora literaria: Mónica Rodríguez

CAPÍTULO XXI. LA AVENTURA DE LOS CARACOLES DE ORO 253

CC Minerva

Santiago de Compostela

Tutor literario: Santiago García-Clairac

CAPÍTULO XXII. EN EL QUE SE CUENTA LA ANIMAL Y GRACIOSA HISTORIA DEL ELIXIR DEL AMOR ETERNO Y OTRAS AVENTURAS 263

CC San Ignacio de Loyola

Salamanca

Tutora literaria: Mónica Rodríguez

CAPÍTULO XXIII. LA JUSTA DE ÁVILA 275

CEIP Manuel Azaña

Ávila

Tutor literario: Andrés Guerrero

CAPÍTULO XXIV. QUIJOTEANDO EN SEGOVIA Y ALREDEDORES 291

CEIP Luis Vives

Segovia

Tutora literaria: Concha López Narváez

**CAPÍTULO XXV. DE CÓMO NUESTROS AMIGOS
DESCUBREN UN LUGAR MARAVILLOSO LLAMADO
RASCAFÍA Y VIVEN UNA PEQUEÑA AVENTURA
CON LOS MONJES DEL PAULAR 305**

CC San Felipe Neri

Rascafría

Tutor literario: Andrés Guerrero

CAPÍTULO XXVI. LA GRAN AVENTURA ALCALAÍNA 317

CEIP Cervantes

Alcalá de Henares

Tutor literario: Santiago García-Clairac

**CAPÍTULO XXVII. DE CÓMO LLEGADOS A TOLEDO
DON QUIJOTE Y SANCHO SE VEN ENVUELTOS
EN UN LOCO ASUNTO..... 329**

CC San Joaquín y Santa Ana

Toledo

Tutora literaria: Marinella Terzi

**CAPÍTULO XXVIII. EL ESCUADRÓN FANTASMA
Y EL HECHIZO DE MATILDA 343**

CC Santa María de la Providencia

Cuenca

Tutora literaria: María Menéndez Ponte

**CAPÍTULO XXIX. DE CUANDO DON QUIJOTE Y SANCHO
PANZA DIERON POR TERMINADA SU GRAN AVENTURA 351**

La hacienda de don Quijote

Autores: Concha López Narváez, David Lozano y Ana Alcolea

Capítulo I

De cómo Sancho Panza
recuerda a don Quijote
con dolor y tiene
un encuentro extraño

La hacienda de don Quijote

Autores

Santiago García-Clairac

Fernando J López

Mónica Rodríguez

Marinella Terzi



Ilustración: Santiago García-Clairac

Capítulo I

De cómo Sancho Panza recuerda a don Quijote con dolor y tiene un encuentro extraño

Habiendo muerto don Quijote, Sancho Panza volvió muy deprimido a su hogar, junto a su familia. Su mujer y sus hijos le recibieron con los brazos abiertos y se alegraron mucho de tenerle de nuevo en casa.

25

Por las noches, alrededor del fuego, les contó algunos episodios de las extraordinarias aventuras que había vivido con su señor, el muy noble y valeroso caballero don Quijote de la Mancha.

—Era una persona única y nunca olvidaré los días y las noches que pasé a su lado. Es una gran pena que haya muerto —se lamentó—. Ojalá volviera a este mundo y me llevara a su lado... ¿No socorre el piadoso cielo en las mayores necesidades? Pues esta necesidad mía es de las más grandes que existieren, que no hubo otro que igualara a mi amo.

—Esposo mío, deja de fantasear y dedícate a trabajar —le reprochó su querida esposa—. Cuida a los animales y ara la tierra, que la vida está muy difícil. Ahora que no tienes quien te llene la sesera de fantasías, céntrate en las cosas prácticas y ocúpate de tu familia, a la que has tenido abandonada.

Siguió el consejo de su esposa y se centró en la faena; pero algo en su interior le interesaba más que el aburrido mundo que le rodeaba.

Sancho echaba tanto de menos a su señor que no pensaba en otra cosa. Recordaba las aventuras que habían vivido juntos y soñaba con otras nuevas.

Desde su casa observaba a lo lejos la hacienda de su compañero de correrías y se lamentaba de su desaparición. ¡Lo que hubiera dado por tenerle de nuevo a su lado! ¡Lo que hubiera dado por volver a cabalgar y recorrer los caminos junto a él!

26

El abatimiento hizo presa de su corazón y se mantenía en un permanente estado de tristeza. Su mujer y sus hijos, al verle tan melancólico, empezaron a preocuparse, pero nada podían hacer para devolverle la sonrisa.

Una noche, cuando volvía de sembrar, distinguió a lo lejos la hacienda de su señor iluminada por una gran luna llena... y sintió una extraña llamada... Entonces, impulsado por un poderoso deseo, se dirigió hacia ella...

Había tanta claridad que Sancho se plantó en la casa sin dar ni un traspié, pese a los matojos y los pedruscos que dificultaban el paso.

La puerta estaba cerrada con un grueso candado. El hombre tiró con fuerza del mismo. ¡Imposible! Era evidente que Antonia, la sobrina de don Quijote y dueña ahora de la hacienda, se había marchado. Y con ella, el ama, claro. Sí, ahora recordaba que su mujer le comentó días atrás que habían ido a visitar a unos familiares. Bueno, no quedaba más que volver a su hogar y cenar unas gachas junto a los suyos.

De pronto, oyó unos ruidos extraños.

Toc, toc, toc...

Algo golpeaba contra una superficie dura. El sonido se repitió, cada vez más fuerte:

Toc, toc, toc, toc...

Sancho dio la vuelta y se dirigió al lugar de donde provenía: la cuadra.

Inesperadamente, un relincho cortó el silencio de la noche.

—¡Rocinante! —gritó Sancho entrando en la cuadra a toda prisa—. ¡Amigo mío!

Allí estaba el pobre animal, más flaco que nunca, todo huesos.

El fiel compañero de fatigas de don Quijote reconoció a Sancho de inmediato y relinchó de nuevo. Fue un lamento triste.

—Ay, Rocinante, tú también echas de menos a don Quijote —dijo apenado Sancho y le acarició la testuz—. ¿Sabes? Siento remordimientos. En muchas ocasiones, me quejé de las locuras de nuestro amo... Todas aquellas fantasías que yo entonces no acababa de comprender. Pero, ahora, si pudiera dar marcha atrás en el tiempo, me comportaría como un escudero leal sin llevarle jamás la contraria. Fue una buena vida la que compartimos, tan llena de aventuras..., y ya se sabe que desdichas y caminos hacen amigos, y las nuestras fueron muchas.

El caballo asintió con un cabezazo y dio una coz contra el portón: toc.

Y, en ese momento, Sancho creyó oír unas palabras. Algo como «¡Ah de la casa!».

El escudero de don Quijote salió corriendo de la cuadra y se acercó a la vivienda. El candado había desaparecido. La puerta estaba abierta. Sancho dio un paso y entró en el zaguán.

—¿Nadie ha de atender mi llamada?

Sancho, incapaz de articular palabra, miraba perplejo la sombra que se movía al fondo de la habitación. Si no fuera imposible, habría jurado que aquella silueta escuálida y angulosa era la de su buen amigo don Quijote, quien tantos cambios había traído a su vida. Poco quedaba en su ser del labriego

desconfiado que partió a su lado años atrás y mucho había ahora, sin embargo, del escudero a quien su señor don Quijote había animado a afrontar los mayores riesgos y peligros.

El ánimo de Sancho se debatía entre sus ganas de correr a abrazar aquella silueta y su miedo a caer en una trampa llegada del mismísimo infierno. ¿No sería peligroso atender al reclamo de los muertos? ¿Y si voz y silueta no fueran más que engaño a los sentidos? O, peor aún, quizá fueran artificio del sabio Frestón. O conjuro de cualquiera de los hechiceros que perseguían al caballero.

28

—¿Estás ahí, amigo Sancho? Más presto has de acudir cuando se te requiera, que son muchas las injusticias y entuertos que nos aguardan en los caminos.

Tras escuchar de nuevo la voz del hidalgo, su miedo cedió ante el entusiasmo. La esperanza de Sancho de volver a ser quien había sido resultaba mucho más poderosa que el temor a hechizo o conjuro alguno, así que el escudero buscó a tientas una vela entre los enseres que llenaban el zaguán y se acercó lentamente a quien le hablaba.

«A fin de cuentas», decía para sí, «si subí al mismísimo cielo en un caballo volador (y no sin ganarnos unos buenos golpes en aquel vuelo) y hasta llegué a gobernar con buen tino una ínsula, ¿cómo no habría de ser posible que el caballero responsable de semejantes prodigios vuelva a la vida? Pues si la magia convierte gigantes en molinos, bien estará que también resucite a los muertos que lo merezcan».

—Muy blanco estás, Sancho, que se diría que tienes frente a ti a un fantasma.

El escudero tuvo que esforzarse por controlar la emoción y disimular sus lágrimas, que no le parecía que llorar de alegría fuese propio de las leyes de caballerías, aunque de buena gana

se habría lanzado al cuello de su señor al descubrirlo de nuevo frente a sí. Con el gesto valeroso de siempre. Con el brazo de-seoso de empuñar la fuerza de su fantasía. Y con esa mirada soñadora que había visto en Sancho mucho más de lo que nadie, antes de don Quijote, había conseguido ver jamás.

Aun así, conteniendo el llanto y tratando de ser prudente, contestó Sancho de este modo:

—Mire, mi señor, que si no fuera porque bien le oigo y bien le veo, creería que es un fantasma y aún no lo tengo del todo seguro, que yo mismo vi cómo expiraba, volviéndose cuerdo primero. Y de esto tengo yo mis razones que incluso he heredado, que es prueba que deja el muerto. Y si vuesa merced está vivo, no sé si será Alonso Quijano el bueno o don Quijote de la Mancha, si habremos de ir a vivir entre pastores o a deshacer entuertos y, lo que es peor, si he de devolverle lo heredado.

Oyendo esto don Quijote arrugó el entrecejo bajo la bacía que llevaba sobre el cráneo y alzando la lanza, que no era sino un palo de escoba, le reprendió dulcemente:

—Veo, mi buen Sancho, que solo te preocupa lo heredado y no las muchas aventuras que tenemos por delante. Pues has de saber que, si en una ocasión te di el gobierno de una ínsula, bien puedo darte el de un reino. Pero para eso hay que echarse de nuevo a los caminos y no sé si temes más perder tu herencia o acompañar a tu amo.

Sancho, al oír estas razones tan propias de su señor, sintió que ya no podía contener más las lágrimas.

—No hay duda de que quien así habla es el justo de mi amo —se dijo entre hipos y moqueando—. De sobra supe yo cuando se hacía el muerto que un caballero andante no podía dejarse morir en la cama, sin nadie que le mate y sin haber desencantado a su bella Dulcinea. Que me parta un rayo si no voy

con él en otra de sus salidas a ayudar a los desfavorecidos y desventurados, que en verdad hay muchos.

Y después, levantando la cabeza hacia su amo, le avivó alegremente:

—Vaya vuesa merced, señor mío, a buscar a su Rocinante a la cuadra que yo voy a buscar a mi Rucio a la mía y que se echen a temblar los villanos del mundo. A nadie le diremos que emprendemos nuestra tercera salida, y así ni el bachiller ni el cura ni el ama, ni su sobrina Antonia Quijana, tratarán de impedir lo que es menester que hagamos.

30

—Así se habla, mi buen Sancho —dijo don Quijote—. Que en verdad hemos nacido para encontrarnos en los caminos, y una y otra vez he de resucitar en tal empeño. Pues muchos son los que, empuñando sus plumas, han de devolverme a la vida en una tercera parte y acaso otras, siendo como soy inmortal justiciero. Y ya lo han hecho.

Corrió más feliz que un galgo el bueno de Sancho Panza a por su jumento y volvió en menos que canta un gallo. Por un instante temió que todo lo allí sucedido, el despertar de don Quijote y sus promesas de nuevas aventuras, hubiese sido un sueño. Mas encontró de nuevo a su amo hablándole a Rocinante a la puerta de su hacienda, lo que hizo saltar de alegría al escudero.

—Déjate de bailes, amigo Sancho —le ordenó su amo—, y despidámonos como Dios manda de todo lo que nos rodea, que nuevas aventuras y peligros nos están aguardando.

Hizo Sancho lo que su dueño le decía y por agradecerle despidiose hasta de las piedras del camino. Don Quijote a su lado, levantada la lanza y la mirada a las últimas estrellas, rezó de la siguiente manera:

—Olvídese el cielo de las pasadas caballerías del Ingenioso Hidalgo y vean estas que están por venir, que serán las más

grandes hechas por caballero alguno, y para eso acompáñame el mejor escudero que pudiera encontrarse en toda La Mancha.

Sancho, al oírle, ensanchó el pecho y el Rucio soltó un bufido que parecióle al escudero que era para decir que en todo estaba de acuerdo con el amo. Ufano, agitó el ronزال para poner en marcha al asno, pero don Quijote le detuvo.

—No podemos partir sin antes tener un pensamiento hacia la bella Dulcinea del Toboso.

Amo y escudero guardaron un silencio respetuoso, Sancho mirando de reajo a don Quijote, y este, contrito y abstraído como un santo del cielo.

Amanecía cuando escudero y amo tomaron los caminos del suroeste que conducían a la villa de Ciudad Real. Las anchas dehesas de La Mancha comenzaban a iluminarse de un sol frío y amarillo. Las siluetas del triste hidalgo en su caballo Rocinante, que tanto había enflaquecido de melancolía, y del grueso escudero sobre su borrico se perdían en las primeras luces.

No habían avanzado más que un trecho, cuando Sancho, moviéndose incómodo en su asno, le dijo a don Quijote:

—No sé por qué, mi señor, viéndole así de vivo y animoso, se me vienen ahora a la mollera esos refranes que rezan que más vale tener y no desear, que algo es algo y menos es nada, y que santa Rita, Rita, lo que se da no se quita, que esto hasta los niños lo cantan...

A lo que don Quijote, sonriendo un poco, le dijo:

—A buen entendedor sobran palabras. Estate tranquilo, que más vale la vida que ahora tengo que los bienes que te he regalado.

Y así, libre del peso de perder la herencia y con ánimo de conseguir ya no una ínsula sino un reino, Sancho siguió a su

señor a lomos del Rucio, allá donde los desventurados requerían de su justicia y su buena espada.

De este modo y no de otro fue como la pluma del prudentísimo Cide Hamete Benengeli se descolgó del hilo de alambre, haciéndole salir a don Quijote de su yacer tendido para acometer una tercera jornada. Y ahora son otros los que con la bien cortada pluma nos cuentan las tan disparatadas historias del verdadero don Quijote de la Mancha y su fiel escudero Sancho, que aquí comienzan.

Capítulo II

La ilusión del amor
hace continuar las historias

CEIP Dulcinea
Ciudad Real – El Toboso

Tutor literario
Blue Jeans

Profesorado

Antonia Cruzado Padilla

Julia M.^a Smith López

Alumnado

Paula Alcalde Polo

Carlos José Álvarez Tardío

Daniela Fernández Ramos

Sofía García García

Paula García Nieto

Marta de las Heras Siro

Claudia Martín Sánchez

Laura Martínez Torres

Daniel Mejía Inarejos

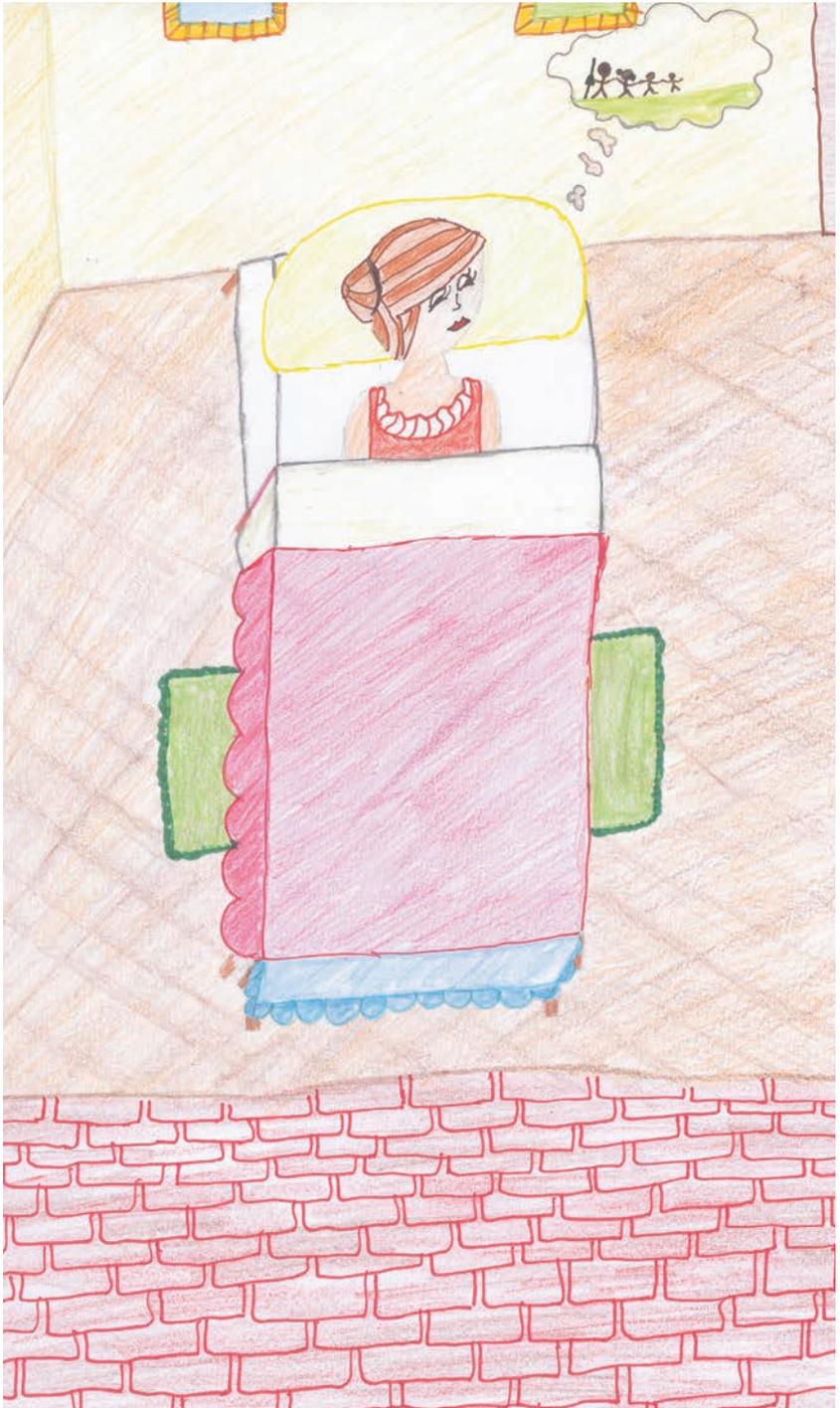
Carmen Montilla Fernández

Beatriz Pomares Crespo

Zahira Rabazo Morales

Carla Robleda Pazos

Miguel Ruiz Picazo



Capítulo II

La ilusión del amor hace continuar las historias

37

Después de un largo viaje en el que no hubo incidentes dignos de ser resaltados, don Quijote y Sancho Panza llegaron a la muy hermosa Ciudad Real.

Quiso la fortuna que sus pasos se dirigieran hasta una casa que ya conocían. Los paseantes no dejaban de mirarlos, igual que si hubiesen visto a un fantasma.

El criado se apeó de su asno y tocó la puerta con gran decisión.

—Venimos a visitar a la bella Dulcinea —dijo a la mujer que les abrió y que parecía muy sorprendida al reconocerlos—. Mi amo desea verla.

—Entrad, nobles señores, que enseguida vendrá a recibirnos —respondió la mujer, dejándoles el paso libre—. Esperad un poco, que al momento la tendréis en vuestra presencia.

Efectivamente, apenas había transcurrido un minuto cuando la joven doncella apareció al final del pasillo.

Dulcinea clavó entonces su mirada en la figura del noble caballero y se desplomó.

El desmayo fue breve y poco después abrió los ojos:

—No es posible —balbució—. Tengo noticia de que estás muerto, mi señor.

—Nunca creas los infundios —replicó don Quijote—. He venido para hacerte una pregunta, querida Dulcinea: ¿quieres casarte con tu caballero andante?

Dulcinea se puso la mano en el corazón y respondió:

—Acepto, pues luchaste en numerosas batallas, mas no sé si a mi padre le parecerá bien. Mañana te responderé, noble señor.

—Ojalá sean buenas noticias y nos deje casarnos. Te llamarás doña Dulcinea del Toboso, esposa de don Alonso Quijano. Dama elegante, esbelta, gentil.

Don Quijote marchó y Dulcinea tan feliz se quedó.

Al día siguiente don Quijote se levantó muy temprano, contento por lo que podía pasar. Con mucha energía y dando largas zancadas se dirigió a la cocina, donde se encontró con su escudero.

El caballero le dijo al escudero:

—Ayer le propuse matrimonio a mi amada Dulcinea. Estoy a la espera del consentimiento de su padre.

El escudero le dijo:

—Me alegro de que pueda unirse en matrimonio con su adorada Dulcinea, querido señor.

Ambos desayunaron tranquilamente y disfrutaron de una soleada mañana.

Poco después, Dulcinea y su padre aparecieron. El caballero andante estaba nervioso porque no sabía lo que podía ocurrir. El padre aceptó la petición, pero le puso solo una condición: la ceremonia habría de celebrarse en Ciudad Real.

Don Quijote aceptó sin ningún problema y los invitó a comer a una taberna de lomos, quebrantos, jabalí, lomo y de postre rosquillas, todo acompañado de un buen vino de la tierra. Después de la comida hablaron y hablaron y decidieron

cómo iba a ser la boda. Solo se invitaría a familiares y a amigos muy cercanos: a su sobrina, a su criada, al bachiller, al barbero y a su escudero Sancho Panza. Dulcinea luciría el vestido de su madre y el futuro marido, su vieja armadura.

Llegó el día tan deseado, pero amaneció nublado y se desencadenó una terrible tormenta. Todo lo que habían preparado para celebrar la boda se echó a perder: las perdices, el vino, el pan, las rosquillas y los buñuelos...

Dulcinea lloró desconsoladamente y los invitados excusaron su asistencia. Por fin, la boda tuvo que suspenderse.

Don Quijote y su escudero Sancho salieron a dar un paseo con el fin de recuperar la calma.

Una mujer que reconoció a don Quijote, pues había oído hablar de él, amablemente los invitó a su casa a comer.

Al llegar, se sentaron todos alrededor de la mesa junto a la lumbre y comenzaron a hablar. El caballero le preguntó a la señora:

—¿Cómo es que usted me conoce?

—Todo el pueblo sabe quién sois, solo que ninguno se ha atrevido a hablar con usted, excepto yo —respondió sirviendo la comida.

—¿Y cómo han llegado hasta aquí mis batallas?

—Las voces corren —respondió la señora—. Unos visitantes de sus tierras vinieron a avisarme de su llegada y le describieron perfectamente, por eso lo he reconocido.

—Pues dígame a esas gentes que al fin me voy a casar con mi amada Dulcinea —anunció felizmente.

—Mmm... Por cierto, las gachas están deliciosas —dijo Sancho con ganas de más.

Comieron pan con chorizo, gallina, huevos, queso y un buen vino de Valdepeñas, quitándoles todas las penas.

Más tarde se marcharon con la tripa bien llena y todos estaban satisfechos y contentos.

Cuando anochece, volvieron a la casa de Dulcinea.

Entonces, vieron que Dulcinea estaba siendo atacada por dos gigantes.

—¡Amada mía, no te preocupes porque yo te salvaré de esos gigantes malignos! —gritó el caballero manchego. Tras decir eso empezó a luchar contra los agresores.

40 Don Quijote luchó con gran destreza y consiguió poner en fuga a los enormes malandrines, que salieron corriendo del pueblo, olvidando sus deseos de secuestrar a Dulcinea.

—Me habéis salvado, mi noble señor —dijo la muchacha, que se sentía muy agradecida—. Quizá mañana haga buen tiempo y podamos casarnos.

—No deseo otra cosa en la vida que ser vuestro fiel esposo y llevaros a conocer mundo —respondió don Quijote.

Sin embargo, el padre de Dulcinea se interpuso y dijo:

—Lo siento, pero esta boda no puede llevarse a cabo. Todo indica que el Destino está en contra. Nunca se habían visto en esta ciudad ni gigantes ni tormentas como la que hemos padecido. Son malos signos que indican claramente que no es el momento de contraer matrimonio. Todo saldría mal y vuestros hijos lo pagarían caro. Es menester que don Quijote siga su camino y encuentre lo que busca, que no es otra cosa que vivir extraordinarias aventuras, y para ello no puede casarse hasta haberse saciado de ellas.

Reconociendo que el hombre tenía razón, don Quijote se acercó a Dulcinea y dijo:

—Nada puedo añadir a las palabras de tu padre, querida Dulcinea. Mi destino está escrito y debo seguir mi camino. Me voy lleno de pena por no haber unido mi vida a la tuya.

Poco después, don Quijote y Sancho, dejando a Dulcinea hecha un mar de lágrimas, salieron de la ciudad y se encontraron con un grupo de pastores, reunidos junto a un hermoso árbol, que bajo su larga sombra comían pan y queso.

Don Quijote al verlos gritó:

—¡Honrad a mi amada Dulcinea!

Los pastores se empezaron a reír a carcajadas creyendo que estaba loco.

—¿De qué os reís? ¿Pensáis que estoy loco? ¡Pelead si tenéis valentía! —dijo él.

—Sigue tu camino, viejo loco —se burlaron—. Nosotros no peleamos con fantasmas.

Iba don Quijote a desenfundar su espada, cuando Sancho Panza se interpuso:

—No les hagáis caso, mi señor. Estos hombres no están cuerdos. Es mejor seguir nuestro camino sin prestarles atención.

Hízole caso don Quijote, y escudero y caballero se alejaron del lugar, perdiéndoles de vista.

Al cabo de unos días parecía que el Caballero de la Triste Figura había vuelto a recobrar su cordura de nuevo, así que siguieron su camino hacia su próximo destino.

Ya restablecido de sus penas y recuperado de su delirio comenzó a vivir una nueva etapa sin olvidar lo que significó su gran historia de amor. Decía siempre: «Es más fácil engañar a la mente que a la realidad».

Y es que el destino de don Quijote ya estaba escrito: iba a ser un caballero andante durante el resto de su vida.

Capítulo III

En busca de la princesa
encantada

CEIP Ernest Hemingway
Cáceres

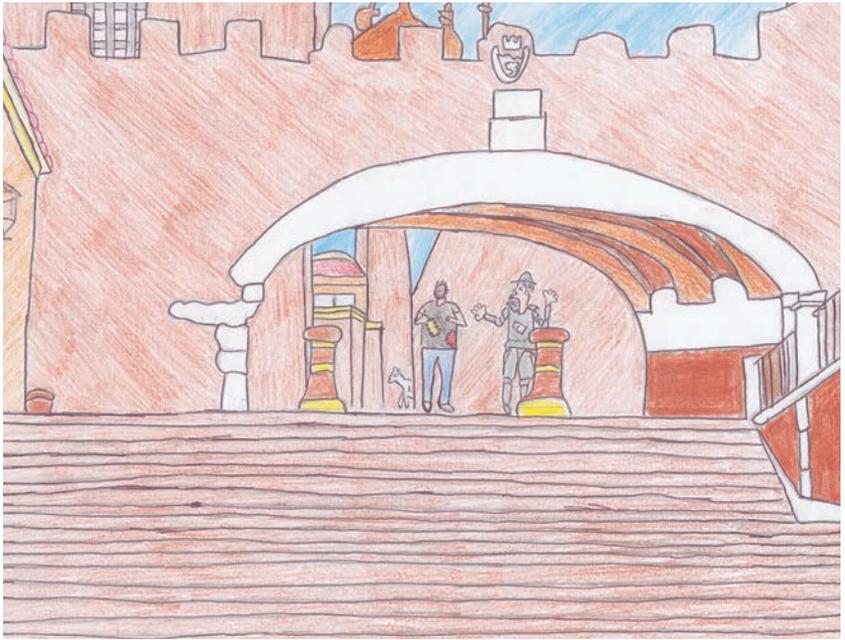
Tutora literaria
Ana Alcolea

Profesorado

Pilar Viana Romo

Alumnado

Javier Becerra Ordóñez
Diego Borrajo Núñez
Rosa María Cuenca da Silva
Álvaro Domínguez Galiano
Carlos Elipe Doulfakir
María Escorial Cano
Iván Fernández Domingo
Marcos Fernández Gamero
Luis Fernando Gálvez Zevallos
Gabriela Gilabert Rosillo
Itz'iar Gómez Gómez
Fernando González Ortego
Mario Gutiérrez Moratino
Elena Gutiérrez Pajares
Carlos Jiménez Ballesteros
Alejandro López Villalvilla
Rocío Marín Herrera
Lucía Martín García
Daniel Meleo Alonso
Iván Montalvo da Silva
Samuel Muñoz Vizoso
Olga Ortega Tudor
Aarón Sánchez Arias
Lucía Sánchez López
Nerea Torre Valero
Paula Vega Espinosa
Pablo Villalba Illanes



Capítulo III

En busca de la princesa encantada

Eran las primeras horas del alba y los cuerpos de don Quijote y Sancho ya se resentían después de haber estado cabalgando toda la noche. Una gran muralla se alzaba ante ellos y, no muy lejos, se divisaba un arco que los invitaba a pasar a la ciudad de Cáceres. Era un gran arco, con un nombre que parecía sacado de los cuentos de *Las mil y una noches*. El arco de las Estrellas, así lo llamaban los del lugar.

—Mira, Sancho, me parece a mí que esta es la entrada a una de nuestras mayores aventuras, y fíjate en que, no habiendo traído el bálsamo de Fierabrás, aquí conseguiremos todo lo necesario para elaborarlo.

—Bien decís, mi querido amo, rumores me han llegado de que en estas tierras anda cautiva una princesa de fermosísimo nombre que a buen seguro compite en belleza con él. Pero dicen que la princesa, fruto de un encantamiento por el mago Legiondo, se halla convertida en piedra y que aún no ha sido encontrada. Pero, mi señor don Quijote, cómo queréis que emprendamos el rescate de la princesa sin el bálsamo, pues el frasco que tenemos en las alforjas está más seco que mi estómago.

—¡A qué esperar! Aquí delante mismo tenemos un mercado donde nos abasteceremos de todos los ingredientes necesarios para preparar nuestro elixir.

Se adentraron en la plaza Mayor y vieron un gran trajín de comerciantes que preparaban sus puestos para el día de mercado. Aún los estaban montando y el género no estaba expuesto, pero, por el aroma que desprendían los bultos, Sancho ya adivinaba que se trataba de buenos manjares. Y no solamente Sancho, a su asno también le apetecía llevarse a la boca uno de esos bocados.

48

Mientras tanto, don Quijote, que se hallaba sentado sobre Rocinante en una de las esquinas de la plaza, no paraba de pensar en la princesa de la que Sancho le había hablado. Ese pensamiento le atraía y alimentaba como la más apetitosa de las viandas.

Viendo que su amo andaba metido en profundos pensamientos, Sancho no tuvo por menos que bajarse de su asno y salir corriendo hacia un puesto donde vendían unas longanizas y quesos que atrajeron su atención.

El asno de Sancho, que pasaba tanta hambre como su amo, le siguió animado por el olor de tan exquisitos manjares. Sin que nadie se diera cuenta, se pegó un buen atracón con parte de las zanahorias y los repollos que había en uno de los puestos. El dueño montó en cólera y la emprendió a palos con el Rucio. Viendo que Sancho estaba ocupado dando buena cuenta de la comida, al otro extremo del puesto, también se dirigió hacia él dándole unos cuantos mojicones. Tan grande fue la paliza que Sancho resultó lleno de moratones y arañazos.

Cuando llegó hasta su amo, don Quijote le preguntó: «¿Quién te ha puesto de esta guisa?».

Sancho, un poco malhumorado, le comentó que tan solo se había acercado a uno de los tenderetes para saciar su hambre, ya que «comer y beber son cosas que hay que hacer», y que no entendía el castigo que le había propinado el dueño.

Don Quijote, que no se quitaba de la cabeza a la princesa encantada, no llegaba a comprender que, en vez de ir a comprar el aceite, el vino, la sal y el romero para elaborar el bálsamo, se hubiera ocupado de llenar el estómago. Él creía que los caballeros andantes tenían cosas más importantes que hacer y sentenció: «Amigo Sancho, de hambre a nadie vi morir, de mucho comer a cien mil».

Cerca de allí había un puesto donde se vendían todo tipo de hierbas y brebajes y se acercaron para abastecerse de lo necesario para preparar el curalotodo. Sancho tenía gran experiencia en su preparación, debido a que su amo siempre andaba metido en batallas que le dejaban el cuerpo magullado y dolorido. De todo encontraron, pero el vino andaba escaso y tuvieron que ir a buscarlo a una taberna que se encontraba por el barrio judío y donde decían que vendían el mejor vino de la zona, traído desde Tomelloso.

—¡Ay, amo! Difícil tenemos esto de buscar el licor por barrios tan estrechos y empedrados. A ver si vamos a dar un traspié y nos rompemos algún hueso, que mirad que ya vamos entrando en edad y no estamos para muchos trotes.

—Calla, Sancho, que la princesa Rosalinda espera impaciente nuestro rescate y no tenemos tiempo que perder.

—Ya sabéis, mi amo, que «adonde el corazón se inclina, el pie camina». Andamos de la ceca a La Meca y no tenemos tiempo que perder.

La gordura y la panza, llena de embutidos robados, hacían que Sancho tuviera dificultad para ascender por las angostas cuestas que conducían hasta la taberna. Don Quijote caminaba ágil y no tardó mucho en encontrarse frente al tabernero, que se hallaba rellenando porrones de un vino —tan rojo y brillante— que más parecía sangre que vino. Tiempo le dio, hasta que

llegó Sancho, de desenvainar su espada y romper unos porrones que había sobre una mesa, gritando fuera de sí:

—¿Qué es esto, habéis practicado una sangría a la princesa Rosalinda? ¡Pronto, decidme dónde se halla!

El tabernero y las gentes que allí se encontraban no daban crédito a lo que estaban viendo. Momento que aprovechó don Quijote para seguir el rastro de unas gotas rojas que recorrían la estancia y ascendían a lo largo de la escalera hasta una alcaoba donde había un par de mesillas, una silla, un gran espejo y un catre cubierto con un buen número de trajes, de entre los que destacaba un vestido con bordados dorados, encajes y puntillas que lo hacían propio de una reina. Don Quijote, al verlo, no dudó de que se trataba del vestido de Rosalinda.

50

Mientras don Quijote revolvía aquellas ropas, buscando alguna otra cosa que perteneciera a la princesa, llegó a la taberna Sancho. Al ver al tabernero con la cara desencajada, se le vino a la cabeza la idea de que, con toda seguridad, su amo había cometido un nuevo disparate.

El tabernero preguntó a Sancho si conocía a un hombre sin juicio cuya descripción encajaba a la perfección con su señor. Sancho, convencido de que su amo había sufrido un nuevo engaño por parte de los encantadores, pidió al tabernero que le acompañara hasta donde este se encontraba. Cuando llegaron a la estancia, don Quijote estaba agitando la espada en el aire, y gritando: «¿Dónde estás, adónde has llevado a la princesa? ¡Vamos, devolvédmela ahora mismo!».

—¡Ay, señor, vuestros enemigos los encantadores os han vuelto a jugar una mala pasada y os han cambiado las cosas! Mirad que, donde veis sangre, solo se trata del vino derramado al subirlo hasta la estancia donde se acumulan los cueros repletos de morapio.

—Yo no soy de esos caballeros que temen el peligro. No pararé hasta que el mago devuelva a Rosalinda su forma humana y podamos llevarla a su castillo.

El tabernero y Sancho hicieron grandes esfuerzos por intentar devolver la cordura a don Quijote, pero todo fue en vano. Se resistía a envainar su espada y salir de allí. Los tres se hallaban enzarzados en dimes y diretes cuando entró un grupo de titiriteros que se disponían a recoger sus disfraces porque se acercaba la hora de su actuación en la taberna. Eran cuatro mozos, altos y fuertes. Uno de ellos tenía cara de malas pulgas, y fue este quien estalló de furia cuando descubrió que los ropajes habían quedado inservibles, cortados en pedazos y repartidos por el suelo de la alcoba. Sin mediar palabra, se acercó hasta don Quijote, quien aún mantenía la espada en mano, comenzando a propinarle golpes hasta que cayó desplomado en el suelo. Los compañeros de función se apresuraron a sacar al titiritero de allí, intentando tranquilizarle, mientras que el tabernero y Sancho acostaron en la cama a don Quijote tratando de reanimarle. Dos días estuvo postrado, sin moverse, con fiebres muy altas que le causaban grandes delirios. Sancho, que desde el atracón de la plaza Mayor no encontraba momento para echarse una buena siesta, se sentó en la silla que había junto a la cama de su amo y cayó en un profundo adormecimiento. En su sueño, ambos salían de la taberna y se dirigían a una zona rocosa, próxima al término de Malpartida de Cáceres, dentro del llamado Cordel de Lanás.

—No pararemos hasta que encontremos a la princesa, mi señor. Ya sabe lo que se dice: «El que la sigue la consigue».

—Tú lo has dicho, mi querido Sancho. Poco nos falta para rescatarla y poder ofrecer esta hazaña a mi amor Dulcinea, la luz de mis ojos.

Por el camino encontraron a un buen número de pastores que acompañaban a sus rebaños y estaban dispuestos a compartir, con cualquiera que se cruzaran en su camino, las viandas de sus morrales y la sabiduría adquirida a través de los años. Como diría Sancho, «más sabe el diablo por viejo que por diablo». Mientras don Quijote conversaba con ellos, su escudero comía a dos carrillos todo aquello que le daban. Ya se encargaba el hidalgo de que Sancho no se entretuviera comiendo más tiempo del necesario.

52

Tanto comió Sancho que comenzó a sentirse algo indispuesto. El malestar crecía rápidamente y tuvo que esconderse detrás de unos matorrales para evacuar. Mientras tanto, don Quijote, que no se había percatado de la ausencia de su escudero, caminaba sin parar cuando se encontró con una zona repleta de rocas con formas grotescas. Su corazón comenzó a palpar rápidamente y aceleró el paso de Rocinante para llegar lo antes posible hasta donde creía que encontraría a Rosalinda. En una de las rocas se abría un gran agujero y, como si de la entrada a una cueva se tratase, don Quijote se dirigía a internarse en ella cuando Sancho lanzó un gran grito para que no lo hiciera.

—No lo haga, mi amo. Recuerde que lo que se cuenta en estas tierras es que el mago Legiondo ha convertido a Rosalinda en piedra, no que la haya encerrado en una cueva. Por eso, creo que deberíamos buscar entre estas rocas y no adentrarnos en esa ratonera.

Dejaron a Rocinante y al asno de Sancho comiendo algo de hierba y ellos recorrieron de arriba abajo toda la zona, sin encontrar ni rastro de la mujer de piedra.

En esto se hallaba Sancho, cuando don Quijote —que ya se había despertado— le gritaba:

—¿Qué haces ahí sentado, Sanchuelo? ¿Cuánto tiempo hace que yacemos aquí? ¡No hay tiempo que perder!

—Callad, mi señor, que veréis qué pronto os recuperaréis cuando os cuente el afortunado final de la historia de la princesa Rosalinda, que ha sucedido mientras os recuperabais del delirio.

Y Sancho le contó, con todo detalle, lo que en sueños había vivido, añadiendo cómo el hada Celeste había roto el hechizo del mago Legiondo, devolviendo a la princesa a la vida y transportándola hasta su castillo.

Don Quijote, que no daba mucho crédito a las palabras de su escudero, se levantó rápidamente de la cama y, tambaleándose —porque estaba muy débil—, se dirigió en busca de su armadura y espada con el propósito de cabalgar, a lomos de Rocinante, hasta el castillo. Pero Sancho, viendo las intenciones de su amo, trató de convencerle para que no lo hiciera.

—¡No os dais cuenta, mi amo, de que no deberíamos detenernos por más tiempo en estas tierras! Gentes hay en otros lugares que nos esperan.

Ambos recogieron sus alforjas y fueron en busca del tabernero para que les proporcionara el vino que necesitaban para elaborar su bálsamo y compensarle por todos los gastos ocasionados.

Concluida felizmente la búsqueda de Rosalinda, y con el vino necesario para su bálsamo de Fierabrás, don Quijote y Sancho se encontraban preparados para iniciar la ruta que los conduciría a una nueva aventura.

Capítulo IV

Que trata de las aventuras que les ocurrieron a don Quijote y a su escudero Sancho en su estancia en la ciudad milenaria de Mérida

CEIP Iplacea
Mérida

Tutor literario
Santiago García-Clairac

Profesorado

Olivia Hurtado Requejo
José Luis Urbano Sánchez

Alumnado

Noa Azpiri Garrido
María Bermúdez Rodríguez
Héctor Carmona Cantalejo
Lucía Castillo León
Luna Cerrato Gómez
Laura García Sánchez
Alberto Gavira Sánchez
Laura González Díaz
Andrea María Harla
Carolina Hernández Baicu
Dany Catalin Iftime
Diosdado Krohnert Moto
Sofía Lorente García
Andrea Olmedo Mellado
Miguel Ángel Pérez Huerta
Rado Radoslavov Rafailov
Rodrigo Vallejo Tarín
Lucía Marina Velayos Casasayas



Capítulo IV

Que trata de las aventuras que les ocurrieron a don Quijote y a su escudero Sancho en su estancia en la ciudad milenaria de Mérida

Estaba amaneciendo, cuando don Quijote y Sancho se acercaban a la ciudad de Mérida. Antes de llegar a un nuevo lugar, don Quijote ilustraba a su escudero contándole alguna historia sobre el pueblo o la ciudad a la que se acercaban:

—Te hago saber, amigo Sancho, que la ciudad que vamos a visitar guarda numerosos recuerdos, en sus muchos años de historia, y sobre todo monumentos de cuando los romanos dominaban el mundo y España era una provincia del gran imperio.

—Entonces, señor don Quijote, ¿nos podemos encontrar con gladiadores o fieras de los circos romanos?

—¡No seas mentecato, Sancho! Aunque los habitantes de Mérida conservan algunos nombres de los antiguos romanos, como doña Olivia del Almendral de Mérida, prima lejana de la sin par Dulcinea y hermana de doña Minerva, marquesa de la Villafranca de los Barros, duquesa del Encinar de Extremadura y condesa de las Termas Romanas, y también hermana de doña Claudia de Hurtado y de Mendoza, marquesa de la Vera, lo cierto es que podemos encontrar algunos monumentos y edificios que se construyeron en aquella época lejana como el teatro, el anfiteatro, el circo, el templo de Diana, los puentes y algún acueducto.

—¿Me puede decir vuestra merced cómo se llama ese caudaloso río que pasa por debajo de aquel puente tan largo hecho de piedras?

—¡El Guadiana es, querido Sancho, el Guadiana! Ese gran río que desaparece y vuelve a aparecer. Y aquel puente tan bonito es el puente por donde cruzaban, al llegar a Mérida, los soldados licenciados con méritos de valor de las legiones del ejército romano.

—¡Cuántas historias sabe mi señor de todos los sitios por donde pasamos!

60

—Amigo Sancho, todo lo que yo sé de los lugares que visitamos lo encuentro en los libros; como decía un famoso escritor: «El que lee mucho y anda mucho ve mucho y sabe mucho», y las aventuras las conozco de los más famosos libros de caballería andante. También he de decirte que la ciudad fue la capital de la provincia romana de la Lusitania y más tarde, también, del reino visigodo, y, por lo tanto, de Hispania. Pero ya nos vamos acercando y antes de entrar a la ciudad debemos dar de comer a mi querido Rocinante y a tu apreciado Rucio, así que entremos en esta posada y descansemos un poco.

Al acercarse a la posada, el caballo de don Quijote se asustó al oír silbar a una serpiente y se tropezó con un pedrusco, de tal modo que don Quijote cayó al suelo golpeándose en la cabeza contra la pared, perdiendo por completo el sentido.

Sancho acudió al rescate de su amo y, pidiendo ayuda al posadero, le tiraron un jarrón de agua en la cabeza que hizo despertar a don Quijote.

—¡Querido Sancho, un duende llamado Sanchito me ha pedido que en el día de mañana visitemos el anfiteatro porque allí toparemos con una nueva aventura!

Al día siguiente, don Quijote y Sancho se adentraron en la ciudad y al doblar una esquina se encontraron con dos rufianes que los conocieron y se les acercaron para intentar conseguir algo de dinero. Uno de ellos era alto y delgado como don Quijote, y el otro, el más bajo y gordito, les dijo:

—¿Me engañan mis ojos, o no es ese caballero el famoso hidalgo de la Triste Figura al que en todos los rincones del mundo se le conoce con el nombre de don Quijote de la Mancha?

Sancho Panza añadió:

—Se os ha olvidado decir que mi señor don Quijote es el mayor admirador y esclavo de la sin par doña Dulcinea del Toboso.

—¡Por supuesto, caballero! Y me imagino que después de tantas aventuras habréis conseguido una extraordinaria fama y amasado una gran fortuna de los donativos de todas las personas agradecidas a las que habéis favorecido.

—No os equivocáis en cuanto a la fama que recorre toda España —respondió Sancho—, pero no acertáis para nada en cuanto a la fortuna. Puesto que de todos es sabido que mi señor don Quijote nunca acepta dineros por deshacer entuertos o agravios; él se da por satisfecho con que le inviten a comer y dormir, además de obligar a los protegidos a que pregonen a los cuatro vientos que no hay dama en el mundo entero más bella y virtuosa que la sin par Dulcinea del Toboso.

A todo esto, don Quijote se impacientaba por llegar al famoso anfiteatro romano en donde, según el duende Sanchito, le estaba esperando una gran aventura.

—Caballeros, acorten la conversación, porque tenemos que llegar pronto al anfiteatro romano, en donde nos espera una nueva aventura.

—Nosotros conocemos el camino y podemos acompañarlos —dijo el más alto.

Don Quijote accedió al ofrecimiento y, mientras caminaban por las calles, el rufián les entretenía explicando historias de Mérida y de los monumentos que dejaban a los lados de la calle. Mientras tanto, el más bajito se inventó una excusa y se marchó a buscar a algunos compinches para adelantarse hasta el anfiteatro y allí preparar un engaño con el fin de sacar algo de provecho de don Quijote y de su escudero Sancho.

62

Cuando estaban llegando al anfiteatro, y después de haber cruzado el río Guadiana, se encontraron con un hombre y una mujer vestidos con harapos que se dirigieron a don Quijote como si le estuvieran esperando. Estos vagabundos eran amigos de los rufianes de antes.

—Señor don Quijote, os pedimos por el amor que tenéis a vuestra Dulcinea que nos ayudéis en este trago tan amargo que nos está haciendo pasar vuestro famoso enemigo, el sabio Frestón, y que mis ojos no vean ni el próximo sol ni la siguiente luna si este desagravio no es digno de que vos, y solo vos, seáis capaz de desagaviar.

—Hablad, pues, que mis oídos están impacientes por escucharos.

—Pues resulta, mi señor, que esta dama que aquí me acompaña es mi esposa, y que los vestidos que antes lucía por ser la marquesa del Almendral de Mérida se han convertido en estos harapos, igual que los míos, por culpa de una maldición del mago Frextremeño, como se conoce al mago Frestón por estas tierras extremeñas.

—¿Y cuál es esa dichosa maldición?

—La maldición consiste en que no recuperaremos nuestras ropas, ni nuestro palacio, ni nuestros sirvientes hasta que no rescatemos para el mago el famoso «polvo celestial» que se

encuentra escondido en un arcón en las antiguas mazmorras de las catacumbas romanas.

—¿Y por qué no se encarga el mago de buscarlo él mismo?

—Porque la entrada a las mazmorras está prohibida para el paso de hechiceros.

—¿Y yo qué tengo que ver con este asunto? —dijo don Quijote.

—Precisamente, señor don Quijote, la llave de las mazmorras está custodiada por un dragón enfurecido, al que solo podría vencer un caballero andante. Y no conocemos a ningún caballero andante que tenga más valor que vuestra merced.

A todo esto, Sancho estaba un poco preocupado con la aventura de su amo y señor y les preguntó a esos marqueses el provecho que podría sacar su señor de todo esto. La supuesta marquesa le respondió:

—Señor Sancho Panza, la llave abre un cofre lleno de monedas de oro que vuestras mercedes se pueden quedar. Nosotros solo necesitamos del arcón el frasquito que contiene el famoso «polvo celestial» para entregárselo al mago Frextremeño.

—Siendo así, mi señor don Quijote se dispondrá a bajar a esas endiabladas mazmorras mientras yo cuido de Rocinante y mi querido Rucio.

—No creemos que pueda ir solo el señor don Quijote. Alguien tendrá que ayudarle con el dragón y con el cofre de las monedas.

Oyendo estas palabras, don Quijote se molestó con los supuestos «marqueses».

—Un caballero andante no necesita ayuda alguna para vencer a cualquier dragón, por mucho fuego que escupa por su boca, pero has de reconocer, amigo Sancho, que tú deberías

encargarte del dichoso cofre de las monedas. Así pues, no demoremos más y preparemos la entrada a la dichosa cueva y a sus condenadas mazmorras.

—Señor don Quijote, permita que cuidemos mientras de su caballo, del burro y de sus alforjas. Los llevaremos a nuestro palacio, ahora convertido en establo, para darles cobijo y comida.

64 Dicho esto, uno de los rufianes acompañó a don Quijote y Sancho hasta la entrada de la cueva de las mazmorras, y el otro se fue con Rocinante, el burro Rucio y con las pertenencias de nuestros amigos.

Una vez en la entrada de la cueva, don Quijote pidió a Sancho que buscara una cuerda, una antorcha y un recipiente con agua para apagar la llama del dragón.

El rufián que se quedó con ellos les deseó suerte en la aventura y se quedó esperando en la entrada de la cueva el regreso de don Quijote y Sancho.

Descendió primero don Quijote, mientras Sancho sujetaba la cuerda a una piedra, llevando únicamente una antorcha y su espada. Después descendió Sancho con el recipiente del agua.

Al encender la antorcha se toparon con algunas calaveras y huesos de esqueletos de lo que debió ser el cementerio de las catacumbas donde se escondían los cristianos perseguidos por los romanos. Sancho, que siempre fue un miedoso, se hizo aguas menores del susto y le pidió a don Quijote que le dejara salir de la cueva.

—Amigo Sancho, con la muerte hemos topado, ahora vamos a buscar los tesoros escondidos en esta cueva.

Cuando avanzaban por la cueva y acercándose a una salida, una bocanada de aire hizo que la llama de la antorcha soplara hacia Sancho, y este no tardó en soltar el recipiente del agua y

salir corriendo desesperadamente, dando gritos, hacia la entrada de la cueva pensando que esa llama era del dragón.

Don Quijote tuvo que ir tras Sancho para calmarle y tranquilizarle. Volvieron tras sus pasos, pero no encontraron ni el cofre, ni el frasco ni nada. Y don Quijote empezó a sospechar que el mago Frextremeño había hecho desaparecer el dragón y el cofre con el frasco del «polvo celestial» para que esta aventura no le diera ni gloria ni fama en el mundo entero.

Don Quijote y Sancho se iban a volver cuando vieron una abertura en el techo de la cueva. Don Quijote se subió a los hombros de Sancho y asomando la cabeza vio una especie de jaula un poco grande, pero vacía. Se coló dentro de la jaula y le pareció encontrarse en el antiguo circo romano; don Quijote caminó hacia los barrotes de la jaula cuando empezaron a acercarse a él unos leopardos hambrientos gruñendo y enseñando los colmillos. Don Quijote, que no tenía miedo a las fieras, se acercó a ellas y recibió un zarpazo en la mano. Sin inmutarse apenas se dirigió a los leopardos diciendo:

—Suerte tenéis que tengo encomendada una misión contra el mago Frestón y no me pueda entretener con gatitos gruñones; de lo contrario, hubierais probado el filo de mi espada.

Diciendo esto volvió a la cueva y encontró a Sancho acurrucado en la misma, asustado por los rugidos y gruñidos de los leopardos.

Buscaron nuevamente el cofre y el dragón durante un buen rato y, cansados y aburridos, decidieron salir de la cueva.

—Te digo, Sancho, que el maldito mago ha hecho desaparecer el cofre y el dragón para que sea otro caballero, y no don Quijote, quien tenga la gloria de deshacer el hechizo de los marqueses del Almendral de Mérida.

—Pudiera ser, mi señor, pero lo que más siento es que nos hayamos quedado sin las monedas de oro que estaban en el dichoso cofre.

Cuando regresaron a la entrada de la cueva, se encontraron que no había nadie esperándolos y Sancho comenzó a sospechar que toda la aventura había sido una artimaña para quitarles las alforjas, a Rocinante y a su querido Rucio.

66

En las calles de Mérida, preguntaron por el palacio de la marquesa del Almendral y nadie les daba ninguna señal, ni de los marqueses ni del palacio. Sancho estaba seguro de que los habían engañado y don Quijote insistía:

—Amigo Sancho, te digo que todo esto es obra del famoso mago Frestón, conocido en estas tierras como el mago Frextremeño.

Comenzaron a buscar a los rufianes que les habían robado y recorrieron toda la ciudad, por las plazas, por los mercadillos, por las tabernas y por los establos y, aunque les maravillaban los preciosos rincones de esta ciudad, estaban desconsolados por no encontrar a sus queridos animales.

A la mañana siguiente, al levantarse, Sancho escuchó a unos labradores hablando de que habían visto a unos harapientos riéndose del engaño a un caballero flaco y a su escudero, robándoles el burro y el caballo. Sancho se acercó a los labradores y les preguntó por aquellos harapientos. Uno de ellos le dijo que oyó decir que se iban con el caballo y el burro a otro pueblo para no ser descubiertos. Sancho les preguntó que si conocían a los marqueses del Almendral de Mérida. Los labradores se encogieron de hombros porque no conocían ese marquesado. Sin embargo, uno de ellos, rascándose la cabeza, dijo:

—Yo no conozco a esos marqueses, pero sí he estado en un pueblo, cerca de aquí, donde se cultivan muchas almendras y luego vienen a venderlas al mercado de Mérida.

—¿Y cómo se llama ese pueblo? —preguntó Sancho.

—A mí me llaman «el mellado de la Oliva de Mérida» y cerca de mi pueblo está el pueblo llamado Almendralejo, donde se cultivan esas almendras.

Al oír estas palabras, Sancho corrió a buscar a su señor para contarle lo que le había pasado y rápidamente se pusieron en marcha, caminando hasta Almendralejo.

La jornada se hacía un poco pesada por el calor, pero con la ilusión de encontrar en ese pueblo a los bellacos, mentecatos y malandrines que se atrevieron a engañarlos.

Cuando estaba atardeciendo llegaron al pueblo de Almendralejo y empezaron a preguntar a todo el mundo por un caballo blanco y flaco y por un borrico gris. No fue fácil, pero, al llegar la noche, un labrador les dio una pista y sin esperar al amanecer llegaron a un establo donde ¡por fin! encontraron a su querido Rocinante y a su amado Rucio. Se abrazaron a sus animales y los acariciaron como si ese día hubieran resucitado, ya que pensaban que no los iban a volver a ver nunca más. Se quedaron a dormir con ellos en el establo toda la noche, esperando al amanecer.

Al llegar el alba, se abrieron las puertas del establo y allí aparecieron los rufianes para llevarse a los animales. Cuando se acercaron, vieron la figura de un caballero alto y flaco que se acercaba a ellos y les decía:

—Mis saludos a los «marqueses del Almendral de Mérida». Aquí está el Caballero de la Triste Figura que no pudo encontrar ni al dragón, ni el cofre, ni los polvos celestiales, pero que ha encontrado a estos mentecatos, bellacos y malandrines a

los que va a moler a palos y va a dejar la espalda hecha polvo para que se les quiten las ganas de llamar al mago Frestón ni a su primo Frextemeño el bellotero.

Dicho esto, don Quijote y Sancho se liaron a mandobles y a palos con los rufianes, que dieron tales alaridos que asustaron al vecindario.

Una vez terminada la paliza, se subieron a lomos de Rocinante y de Rucio en busca de nuevas aventuras, abandonando Extremadura y prometiendo que no volverían a dejar a sus monturas en otras manos que no fueran las suyas.

Capítulo V

Que trata sobre viandas,
mujeres hermosas y lo que
aconteció a don Quijote
en el interior de la catedral
de Córdoba, antigua mezquita

CC Filipenses – Sagrado Corazón
de Jesús
Córdoba

Tutora literaria
Concha López Narváez

Profesorado

Pilar Fernández Monistrol

Alumnado

Lola Becerril Gallego

Sofía Benito Alobera

Alejandra Castaño Molina

Daniela García Moreno

Irene Hernández Rico

Sandra Jiménez Escudero

Elena Lahiguera Pablo

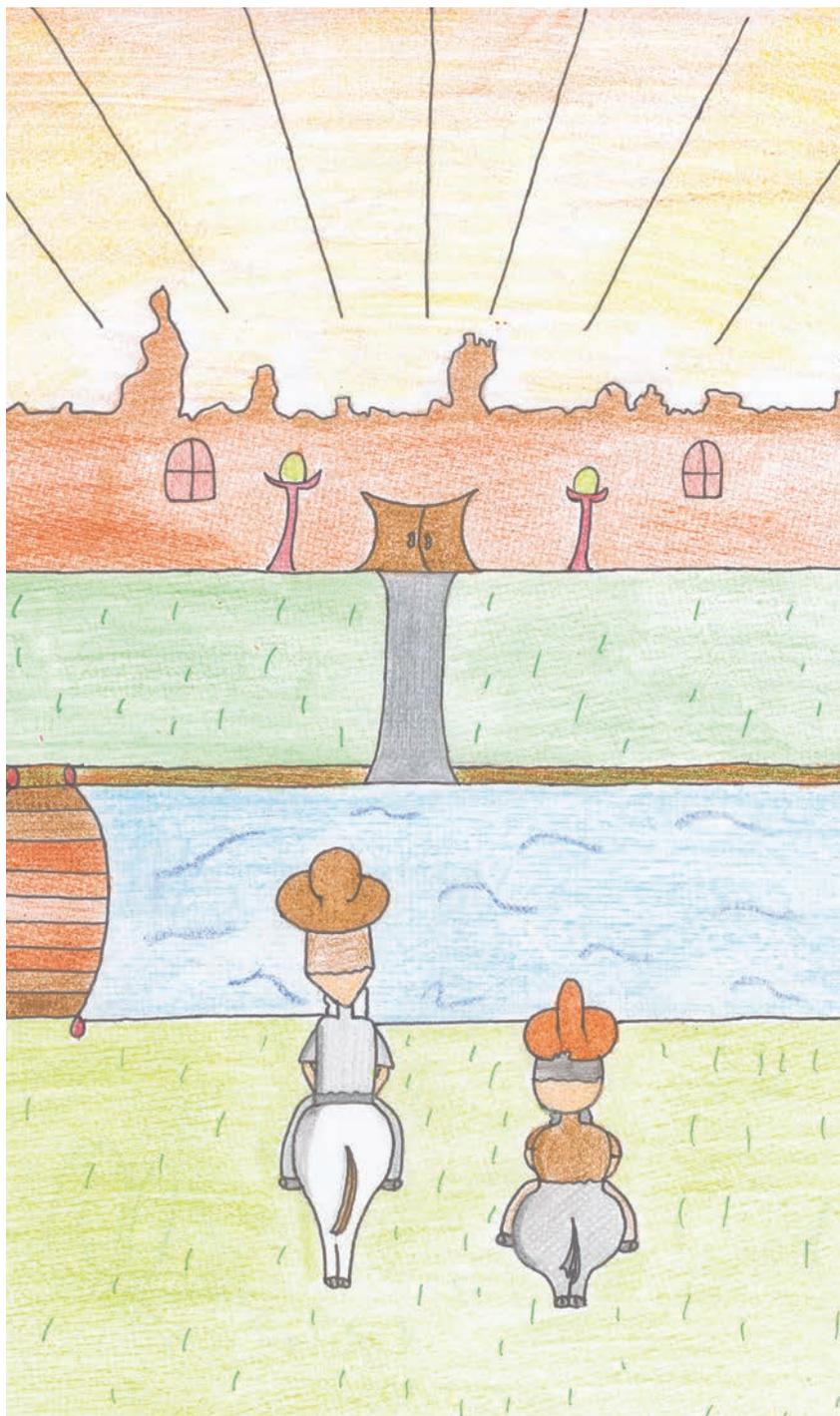
Daniela de Lucas Rivera

Alba Ruiz Gil

Alba Sánchez Rodríguez

Ingrid Valenciano García de Viedma

Paula Vivas Calvo



Capítulo V

Que trata sobre viandas, mujeres hermosas y lo que aconteció a don Quijote en el interior de la catedral de Córdoba, antigua mezquita

Don Quijote y Sancho Panza llevaban mucho tiempo cabalgando, queriendo llegar a la ciudad de Córdoba. El día era soleado, hacía bastante calor, pero como era temprano todavía se podía pasear bien.

—Mira, Sancho, ya estamos llegando, ¿no ves que al fondo se divisa un gran puente? Es el que cruza el Guadalquivir, uno de los ríos más importantes de nuestro país. El puente lo construyeron los romanos en el siglo I y sigue en pie. Y aquella fortaleza es la torre de la Calahorra, que edificaron primero los musulmanes y después el rey Enrique II, el de Trastámara.

—Y vos, mi señor, ¿cómo es que sabéis todo esto?

—Ah, mi buen amigo Sancho, como ya te dije hace tiempo: «El que lee mucho y anda mucho ve mucho y sabe mucho». Entremos en la ciudad y dejemos a cargo de algún zagal a Rocinante y a tu asno Rucio, que bien se merecen un descanso, y vayamos nosotros a pie.

Atravesaron, pues, el puente, admirando desde allí la noria del molino de la Albolafia, uno de los molinos que abastecían a la ciudad de agua para beber y regar y que servían para moler trigo y aceitunas.

Al llegar a la puerta del puente, siguieron caminando por la ribera del río, Guadalquivir arriba. Llegaron a la plaza del

Potro y se encontraron con que en aquel lugar y en las calles que llegaban a la plaza se celebraba un mercado. Daban allí el hospital de la Caridad y también la posada del Potro. Había también una fuente coronada por una pequeña figura de un potrillo. El mercado era sobre todo de ganado, pero también de productos artesanales de la zona, como los sombreros de fieltro que usaban algunos jornaleros, paños de lana, tejidos de seda, trabajos en cuero y también trabajos en plata.

74

Pero Sancho, inquieto y hambriento, quería pararse en todos los puestos donde vendían algo que llevarse a la panza: salmorejo cordobés con berenjenas fritas empanadas, rabo de toro estofado, jamón serrano y quesos del valle de Los Pedroches, aceite de oliva... Se le hacía la boca agua y quería comprarlo todo.

Consiguió Sancho adquirir y guardar en sus alforjas un salchichón de Pozoblanco, una morcilla de Fuente Ovejuna, una bota de vino amontillado de Moriles, un pan de harina de centeno y un dulce de membrillo de Puente Genil, y de pronto oyó los gritos de don Quijote:

—¡Allí! ¡Allí está! ¡La he visto! ¡Sancho, Sancho, venid! Allí, entre aquella gente, he visto a la sin par Dulcinea. Ha salido de la posada del Potro, la he seguido, pero la he perdido de vista entre tanta gente. Fue hacia la fuente, ayúdame a encontrarla. ¡Dulcinea, Dulcinea...!

Don Quijote paró a un labriego y le preguntó:

—¿Ha visto vuestra merced pasar a la mujer más hermosa del reino?

—Pues sí, he visto pasar a una morena que iba hacia el arco del Portillo, llevaba una cesta de ajos.

Don Quijote y Sancho siguieron la indicación del labriego, pero, como no vieron a ninguna hermosa mujer con una cesta de ajos, preguntaron a un joven:

—¿Ha visto pasar vuestra merced a la mujer más bella de estos lugares?

—Sí, qué curioso... Hace un momento pasó una mujer chiquita con trenzas que llevaba un cántaro, creo yo que se dirigía hacia la iglesia de San Lorenzo.

—No, Rafael —dijo otro joven que le acompañaba—, a la mujer más hermosa de Córdoba la he visto pasar yo, llevaba un par de gallinas y diría que se dirigía a la plaza de las Tendillas de Calatrava.

Volvieron a perder el rumbo, callejeando por Córdoba. Unos les decían que la mujer más hermosa había ido hacia el río, otros que hacia la judería. O hacia el Alcázar de los Reyes Cristianos. La habían visto ir al convento de la Concepción o salir del de las Carmelitas Descalzas.

Les dijeron que tenía el pelo liso y que lo tenía rizado, que era alta y que era baja, que era joven y que era madura, que era castaña, que era morena y que era rubia. Que era delgada y que era gordita. Que era de piel morena y que era de piel clara.

Siguieron las indicaciones hacia el norte, hacia el sur, hacia el este y el oeste sin llegar a encontrar a Dulcinea. Cansados, por fin pararon y Sancho dijo:

—Es curioso, mi señor, cómo cada persona tiene un ideal de la belleza y que todos pueden ser buenos y correctos.

—Tienes razón, Sancho —le repuso don Quijote—, y eso que dices también es bueno y correcto.

Levantaron la vista y se encontraron enfrente de un inmenso edificio. Sancho comentó sobre él:

—Este debe ser el famoso edificio de la mezquita, en cuyo interior se encuentra la catedral de Córdoba. Visitémoslo.

Entraron al recinto por la puerta del Perdón, junto a la torre campanario, y accedieron a un gran patio lleno de naranjos.

—¡Qué hermoso patio! ¡Y qué bien huele! Me está entrando hambre.

—¿Dónde me has metido, Sancho? Esto me parece el palacio mágico de algún malandrín que nos ha atraído aquí con engaños. Quizá Merlín, o el Caballero de la Blanca Luna o Pandafilando... Pero entremos, puede que tenga prisionera a Dulcinea y necesite que luchemos por ella.

Nada más entrar por la puerta, don Quijote se quedó mudo, hasta que gritó:

76 —¡Vámonos de aquí, Sancho! Este sitio es peligrosísimo. Pero... ¿cómo me has podido traer aquí, mi buen amigo, sabiendo el miedo que tengo a las culebras?

—Pero qué culebras ni qué culebras, mi señor. Aquí solo hay unos cuantos fieles rezando al Señor y un montón de arcos y columnas.

—¡Ay, Sancho...! Nunca aprenderás. Eso no son arcos, son miles y miles de culebras dispuestas a matarnos. Pero no te preocupes. Por algo soy un caballero andante dispuesto a proteger a todo el mundo. Así que... ¡a por ellas!

Don Quijote empuñó su lanza decidido a acabar con las imaginadas culebras. Pero, antes de que pudiera destruir tanta maravilla, llegó corriendo el sacristán y le detuvo.

—Pero ¿qué hace vuestra merced? ¿Está loco? ¿No ve que esto es una iglesia, un santo lugar? Primero sus gritos... ¡y ahora se le ocurre atravesarnos con su lanza!

—Veo que no se entera de nada. ¿Acaso no ve que estamos todos en peligro? Haga el favor de decirles a los fieles que salgan inmediatamente de este nido de culebras, porque, como caballero andante que soy, mi deber es proteger a todos.

Don Quijote se quitó de encima al sacristán, dándole un buen empujón, y, ni corto ni perezoso, empezó a luchar con él.

—¡Déjeme hacer mi labor, vuestra merced, y acabar con estas víboras danzantes!

El sacristán, harto ya de aguantar a aquel loco, fue hacia el altar, donde varios fieles observaban atónitos la situación. Cogió el incensario y volvió hasta donde se hallaban don Quijote y Sancho. Este último estaba un poco avergonzado, pero, viendo que su señor podría llevarse un buen golpe con el incensario, volvió a empujar al sacristán hasta hacerle perder el equilibrio.

—¿Qué pretende hacer a mi fiel amigo? ¿No ve que no está en sus cabales? Déjele un rato pensar que está salvando a la humanidad, que seguro que se cansa enseguida y no hay por qué hacerle daño. Mi señor no ve la realidad del todo como es y tiende a imaginarse alguna que otra cosa, pero ante todo es buena persona y tiene un gran corazón.

—Ya, pero está molestando a los fieles, estamos en un lugar sagrado y no voy a permitir que nadie dé un espectáculo como el que su amigo está dando.

Y antes de que se percataran, mientras don Quijote seguía dando lanzazos al aire, el sacristán, con toda su fuerza, le propinó un gran golpe en toda la cabeza con el incensario. Don Quijote cayó sin sentido al suelo.

Pasado un tiempo don Quijote abrió los ojos. Tenía un gran chichón y un tremendo dolor de cabeza. Asombrado vio a Sancho a su lado con gesto preocupado, pero, al verle consciente, Sancho sonrió.

Don Quijote no recordaba lo que había pasado y Sancho Panza, como buen amigo, se cuidó mucho de no dejarle en ridículo.

—Mire, vuestra merced, hemos visto a muchas mujeres hermosas y las hemos seguido hasta aquí, y ninguna era Dulcinea. Pero no se preocupe, mi señor, que la seguiremos buscando en otros lugares, por otros caminos, en otras ciudades.

Buscaremos tras las esquinas y en los rincones, en los valles y en los bosques, y si hace falta surcaremos los mares. Algún día encontraremos a vuestra amada Dulcinea y en la búsqueda viviremos grandes y malparadas aventuras. Y yo siempre permaneceré a vuestro lado para cuidaros, protegeros y haceros ver la realidad de lo que nos rodea. Caminemos hacia otra ciudad. Pero, antes, ¿qué le parece a vuestra merced un traguito de buen vino y un sabroso trozo de rabo de toro estofado que llevo en mis alforjas para coger fuerzas antes de salir de Córdoba en busca de nuevas aventuras?

Capítulo VI

La condesa de Carmona

CC Lope de Vega
Sevilla

Tutor literario
Blue Jeans

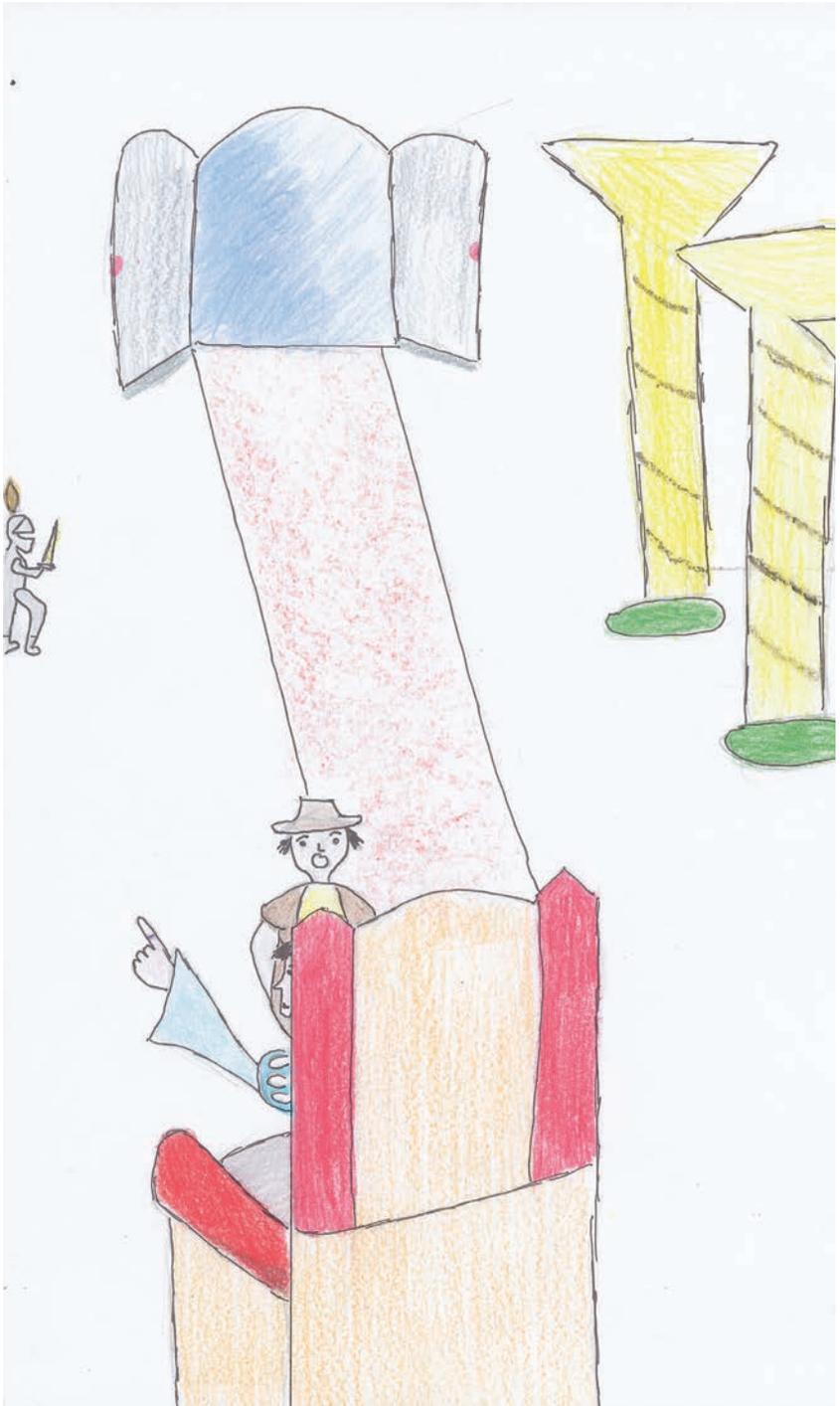
Profesorado

Benjamín Zarauza Rodríguez

Alumnado

Ana Domingo Pomares

Paula Yáñez Cruz



Capítulo VI

La condesa de Carmona

83

Tras finalizar una de sus aventuras, Sancho Panza se dirigía a Sevilla en busca de otras.

—¡Mi señor! —llamó Sancho al espíritu de don Quijote con voz de cansancio—. ¿Cuánto queda para llegar a la posada?

—Paciencia, querido Sancho, paciencia. Nos dirigimos a la posada más cercana. Pasaremos la noche allí y mañana continuaremos —respondió don Quijote.

Pasadas unas horas...

—¡Al fin, señor, al fin llegamos a la posada!

Nada más llegar, los recibió una hermosa posadera llamada Teresa. Era oronda aunque bien proporcionada. Tenía unos grandes ojos marrones que se clavaron en los de Sancho, quien se enamoró perdidamente de ella. Aquello fue una mirada impactante que nunca se le borraría de la mente. Un amor a primera vista.

Al principio de la oscura y tenebrosa noche, don Quijote fue despertado por un ruido atronador. Sonaron las campanas del castillo, ¡eran las tres de la madrugada!

—¡Sancho, despierta! —le dijo don Quijote impaciente—. ¡La reina ha mandado tocar las campanas para pedir ayuda!

Subidos en Rocinante y Rucio pusieron rumbo al castillo.

Llegaron rápidamente, estaba lleno de guardias y caballeros con sus armaduras.

La reina estaba exaltada. Mandó callar con un grito estridente y comenzó a hablar.

—Gracias a todos por venir —dijo la reina desesperada—. Os he reunido porque mi hijo menor ha desaparecido.

Al oír eso, muchos de los caballeros se alarmaron. Supusieron que el hijo de la reina podría haber sido raptado.

—¡Sancho, te encuentras ante una oportunidad perfecta de impresionar a la posadera! ¡Debes de ir a buscar al hijo de la reina! —señaló don Quijote con alegría.

84 —Mi señor, tiene toda la razón, mas al igual que los otros caballeros yo también estoy un poco asustado —mencionó con voz temerosa.

—No temas —dijo el espíritu—, vamos a por nuestras monturas y pongámonos en la fila.

Así como don Quijote lo dijo, así fue como Sancho Panza lo hizo.

A medida que la reina observaba a cada caballero, Sancho Panza iba adquiriendo mayor confianza en sí mismo.

Cuando por fin llegó su turno, la reina le comentó:

—Usted es el único que me ofrece seguridad de encontrar a mi hijo. Conozco de sus andanzas con el señor don Quijote y creo que podrá enfrentarse a los cobardes que lo han capturado —mencionó la reina con una gran fe en él.

Sancho se alegró. Junto al espíritu de don Quijote, se puso en marcha, y sin prisa, pero sin pausa, comenzó a cabalgar con Rucio en busca del hijo perdido. Sin embargo, no iba solo. Muchos otros caballeros querían conseguir los favores de la reina y también comenzaron la búsqueda, aunque tomaron rumbos distintos.

Pasaban los días y las noches. Tenían que encontrar algo para comer y beber. ¡Llevaban dos días sin comer!

Por fin hallaron un pantano con el agua limpia y transparente como no recordaban. Allí había peces de todo tipo, ¡fue la gloria! Comieron hasta hartarse y decidieron pasar la noche a la vera del pantano, con un buen fuego y el estómago lleno.

Casi a punto de dormirse, oyeron el ruido de un caminante que se les acercaba. Sancho le ofreció comida y agua. Este lo agradeció y empezaron una tranquila charla, en la que por azar obtuvieron una inmejorable pista para su misión: el viajero había visto salir por una de las puertas de la muralla de Sevilla al hijo de la reina acompañado de unos caballeros con un aspecto muy tenebroso en dirección al castillo de la más terrible enemiga de la reina: la malvada condesa de Carmona.

La noche fue cálida. El amanecer llegó sin haber descansado lo suficiente, pero reanudaron su camino.

Durante la jornada siguiente, se encontraron con un grupo de caballeros. Habían sido enviados por la reina; por tanto, eran amigos.

Los caballeros estaban sin sus escudos y espadas.

—¡Buenas, nobles caballeros! —les dijo Sancho Panza—. ¿Qué hacen por estas tierras?

—Llevamos aquí desde que la reina dio la orden de encontrar a su hijo —señaló el jefe de los caballeros.

—Estas tierras han sido invadidas por una malvada condesa y sus tropas. Nos atacaron por sorpresa y aquí estamos, derrotados, de regreso al castillo, para avisar a la reina de todo lo ocurrido —comentó otro de los caballeros.

Al escuchar eso, ya tenían otra pista para encontrar al príncipe y siguieron su trayecto.

Tras caminar todo el día, al fin localizaron una cueva en la cual dormir sin preocupaciones.

En medio de la noche un ruido estruendoso los despertó. Rápidamente pensaron que alguien estaba siendo atacado. Se levantaron y acudieron a ver qué ocurría.

No se equivocaban. Asombrados se quedaron al contemplar la sangrienta batalla que estaba teniendo lugar entre los caballeros de la reina y los de la condesa. Se unieron a la batalla y juntos consiguieron derrotar a los defensores de la condesa, tras varias horas de dura lucha.

86

Hubo suerte y pudieron hacer varios prisioneros, a los cuales interrogaron. Consiguieron mucha información sobre cuántos eran, dónde estaban, qué planes tenían, etc.

Con todo lo obtenido, decidieron regresar al castillo, contárselo a la reina para crear un plan y conseguir derrotar a la condesa de Carmona.

Al llegar al castillo, la reina no se encontraba demasiado bien. La expresión de su rostro era triste.

—¿Qué ocurre, majestad? —le preguntó Sancho preocupado.

—Esta mañana recibí una carta de la condesa de Carmona.

—¿Qué mencionaba? —insistió Sancho.

—Pues verá, en la carta mencionaba que si no le daba todas mis riquezas, mi hijo no volvería a ver la luz del día.

Sin perder ni un minuto más, don Quijote y Sancho se pusieron en movimiento.

Sobre una meseta, se hallaba el reino de Carmona.

Cruzaron la fortaleza y llegaron por fin al castillo. Pretendieron subir escalando, mas no lo consiguieron. Al final lograron entrar camuflándose con la gente del pueblo.

Pasaron por el alcázar, cruzaron sucesivas puertas hasta llegar a un amplio salón donde se hallaba una gran multitud.

La mayoría de la gente iba a ofrecerle comida y agua a la condesa de esas tierras.

—¡Buenas! —dijo la condesa de Carmona.

—¡Hola! Vengo a por el hijo de la...

De repente la condesa dio un golpe en el suelo y, malhumorada, gritó que no sabía nada de ese hijo.

—¡Guardiaaas! —gritó la condesa—, ¡lleaos a este individuo de mi presencia!

Y los guardias de la reina así lo hicieron.

—¿Y ahora qué va a ser de nosotros? —preguntó Sancho preocupado.

—No te preocupes, solo nos llevan fuera del castillo —señaló el espíritu de don Quijote.

Así fue. Sancho fue arrojado del castillo como un vulgar ladrón, a empujones y trompicones. Sin embargo, se recompu-so rápidamente y consiguió montarse, junto al espíritu de don Quijote, en un carro que iba en dirección al castillo.

Esta vez, en lugar de llegar al amplio salón donde los súbditos rendían pleitesía a la condesa, se desviaron a las mazmorras.

Fueron mirando una a una y en una de las últimas estaba el príncipe encerrado.

Hallaron al guardia adormecido y aprovecharon para cogerle las llaves y abrir el portón de la mazmorra del príncipe.

—¡Muchas gracias! —dijo el príncipe contento.

—¡Bien, ahora salgamos corriendo! —exclamó Sancho.

Subieron las escaleras a toda prisa.

Se volvieron a cruzar todo el castillo; de momento, nadie los perseguía ni apuntaba con sus espadas.

Tras atravesar la muralla, empezaron a salir guardias por todas partes.

Sancho, subido en Rucio, y don Quijote con el príncipe, subidos en Rocinante, comenzaron a galopar. Cruzaron la

meseta donde se hallaba el reino de Carmona, encontraron una ruta más corta y cercana al reino por la que pasar.

—¿Qué fue lo que ocurrió para que la condesa lo tuviese cautivo, mi señor? —preguntó Sancho.

—No entiendo el motivo. Estaba dando un tranquilo paseo por el bosque, cuando de repente vi a un grupo de caballeros con una rara armadura. Venían hacia mí con un gran saco y espadas. ¡Corrí y corrí lo más que pude! Mas no conseguí escapar, eran demasiados.

88 Mientras el príncipe contaba lo ocurrido, los caballeros de la condesa seguían ganando terreno.

Llevaban ya varias horas galopando e, igual que Rocinante y Rucio, don Quijote y su fiel escudero estaban cansados.

Por fin, llegaron al castillo. La reina los estaba esperando. Al ver a su hijo, se echó a llorar.

—¡Estoy sumamente agradecida! —exclamó la reina con voz risueña.

Los caballeros enemigos llegaron también al castillo. La condesa se encontraba entre ellos.

—¿Por qué me quitasteis a mi hijo? —preguntó la reina de Sevilla.

—Lo hice para poder obtener vuestras riquezas —mencionó la condesa de Carmona triste.

—¿Y para qué las necesitáis? Carmona es una ciudad importante y con un alto grado de comercio.

La condesa le explicó que había perdido gran cantidad de su fortuna peleando contra el señor de Osuna, que quería apropiarse de su reino, y no había sido capaz de encontrar otra solución.

Sin embargo, la reina de Sevilla, recordando la buena amistad que un día las había unido, le concedió las riquezas necesarias para ayudarla en su lucha.

A don Quijote y Sancho les otorgaron medallas, comida y agua. Esa misma noche lo celebraron con una gran fiesta en el castillo.

Cuando don Quijote y Sancho estaban a punto de irse, apareció Teresa, la hermosa posadera de la que Sancho se había enamorado perdidamente.

—Sancho, he oído lo que has hecho... Tú solo has conseguido rescatar al hijo de la reina, ¡eres muy valiente! —le dijo Teresa a Sancho con una voz tan dulce y llena de admiración que hizo que Sancho, por un momento, deseara quedarse allí, con ella, para siempre.

—¡Que tengáis un buen viaje y prométeme que volverás! —le susurró Teresa a Sancho Panza en el oído con mucho cariño.

—Te lo garantizo —respondió Sancho halagado.

Don Quijote y Sancho emprendieron por fin un nuevo rumbo hacia otra de sus aventuras.

—¡Mi señor! ¿Dónde está la comida? —preguntó Sancho al espíritu de don Quijote.

—Muy buena pregunta, mi fiel escudero, yo pensaba que tú la habías cogido.

—¡Pues yo pensaba que usted la había cogido! —exclamó Sancho sin poder disimular su enfado.

Don Quijote buscó y rebuscó, pero no la encontró.

Sancho buscó y rebuscó, y tampoco la encontró.

¡Vaya mala suerte!, ¡volverían a empezar sus aventuras con el estómago vacío!

Capítulo VII

La aventura isleña

CEIP Reyes Católicos
San Cristóbal de La Laguna

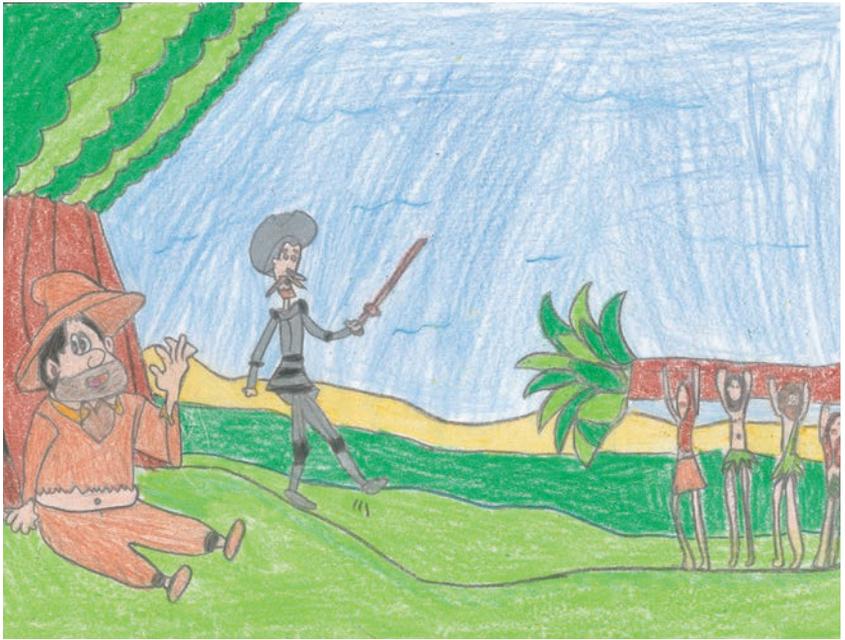
Tutor literario
Fernando J López

Profesorado

Eva José López Torres
Daniel Raposo Matos
María José Manglano Hernández
de la Huerta

Alumnado

Hugo Abad Fernández
Sergio Ameigenda Machón
Tabata Andreuz Moya
Alicia Carrodegua Martínez
Alexandra Leonor Ciurez
Vanessa Andra Constantin
Alexandra Gómez Frasukiewicz
Denisa Cristina Ispas
Mateusz Kamil Kozlowski
Miguel López Guerra
Paula López Olivares
Iker Xabier Males Maldonado
Diana Markevych
Tonyo Minchev Rivas
Catherine Nicole Montenegro Potosi
Ismael Mora Sánchez
Adam Murillo El-Houssaini
Sheila Riobobos Sánchez
Hatim Rubio
Mariia Shishlova
Emanuel Marius Stancu
Mihai Ungureanu
Vladimir Valencia Santa
Camelia Verónica Zoltan



Capítulo VII

La aventura isleña

95

Era un día negro y tormentoso, cuando un rayo repentino y atroz alcanzó a don Quijote fulminándole. Su cuerpo yacía en el suelo tras desplomarse.

—Señor, señor —le gritaba Sancho Panza.

Don Quijote no respondía ante ningún estímulo. Sancho lloraba de desesperación al ver tal fatalidad.

—¡Qué desgracia tan grande! —se lamentaba Sancho.

De repente, quedó absorto cuando vio como su señor se despertaba. Don Quijote, desorientado y sin apenas fuerzas, se dirigió hacia un árbol y se puso a hablar con él. No reconocía a Sancho, y es que fue tal el golpe que se dio que don Quijote quedó totalmente confundido.

—¡Justo lo que le faltaba a mi amo: fantasía por doquier! —decía Sancho.

Es entonces cuando se puso a pensar cuál podía ser la manera de resolver tal entuerto, y decidió buscar entre los libros de su amo, entre los cuales encontró uno en el que se hacía referencia a un celeberrimo mago llamado Sirius, el cual vivía en una cueva perteneciente a La Laguna.

Sin más dilación, Sancho llevó como pudo el cuerpo debilitado de su amigo don Quijote hasta un barco, y rogó que le ayudasen. El capitán del barco, con gesto amable, se compadeció

de él y los trasladó hasta La Laguna. Una vez allí, Sancho, con fuerza y coraje, guiándose con el mapa que halló entre los libros, trasladó el cuerpo de su amigo hasta la cueva de aquel mago. La ruta a seguir fue de lo más complicada, y aunque Sancho estaba exhausto del largo camino, su entusiasmo por ver mejorar a su amigo le hacía sacar las fuerzas necesarias para continuar.

Por fin Sancho encontró la cueva, y allí pudo hablar con el gran ypreciado mago Sirius, pero no fue lo esperado por Sancho, pues el mago requería de unos ingredientes especiales para poder llevar a cabo la poción mágica que haría mejorar a su amigo. El mago Sirius pidió a Sancho que buscara en un roquedal próximo al volcán una flor naranja, al igual que recogiera agua de una laguna cercana a la cueva.

Sin más, Sancho Panza se puso en marcha en busca de aquellos remedios que curarían a su amigo, dejando a don Quijote al cuidado del amable mago Sirius. Fue primeramente hasta el volcán, agotando las fuerzas que le quedaban hasta llegar a lo más alto, y asombrado pudo ver la apreciada y valiosísima flor naranja que necesitaba. Durante un instante quedó atónito de la luz y belleza que desprendía aquella majestuosa flor. Tras su contemplación la cortó y la guardó, y de repente oyó un gran estruendo proveniente del interior de la tierra. Tal era el temor de Sancho que bajó velozmente llevando por delante piedras de todo tipo, hasta lograr alejarse del volcán con dirección a la laguna. Sancho se preguntaba: «¿Qué sería ese ruido?». Pensó que posiblemente habría enfurecido el volcán por haberle robado la preciada flor.

Ya en la laguna quiso coger el agua que le había pedido el mago, pero, como salió tan vertiginosamente, no se acordó de llevar consigo un recipiente donde portarla. Se puso a pensar de qué manera llevarla y, sin más, se quitó la bota y la llenó del agua de la laguna.

Por fin ya contaba con todo lo que necesitaba el mago Sirius para llevar a cabo la poción que permitiría mejorar a su gran amigo don Quijote. De pensarlo se le iluminaba la cara de alegría, y es que deseaba volver a compartir momentos inolvidables con su amigo.

Llegó Sancho a la cueva, depositó la flor y el agua encima de una mesa, y le pidió al mago que se pusiera cuanto antes manos a la obra en tal asunto. Y así hizo el mago Sirius, lo dispuso todo y, tras unas horas de elaboración, ya estaba listo para esparcir la poción sobre el cuerpo de don Quijote. Ambos quedaron expectantes.

«¿Qué pasaría? ¿Sería cierto que mejoraría don Quijote?», se preguntaba Sancho.

Tras unos instantes, don Quijote empezó a agitarse hasta abrir sus ojos. Su cara macilenta pregonaba haber pasado por sufrimientos y una misteriosa enfermedad, y estaba extraordinariamente enjuto. Don Quijote lo vio todo nebuloso, aunque logró fijar su mirada hacia alguien muy querido para él.

—Querido Sancho, ¿dónde me encuentro? ¿Qué me ha pasado?

Con gran alegría Sancho abrazó a su amigo y, durante unos segundos, toda una trabazón de pensamientos vinieron a la mente de don Quijote, y el gran caballero, ya recuperado, recobró conciencia de todo lo que le estaba pasando a su alrededor.

—¡Qué alegría volver a recuperarle, mi señor! —exclamó Sancho Panza.

—El honor es mío, amigo Sancho, tu bondad y fortaleza han hecho que hoy yo me encuentre mejor. Gracias, fiel escudero. Hoy has vuelto a demostrarme tu fidelidad como amigo.

—Es tanta la unión y amistad compartida que la soledad de un gran amigo me entristecía mucho, mi merced.

—Pues, amigo Sancho, te diré que al recobrar la conciencia un cúmulo de pensamientos han inundado mi cabeza, y, de no ser otra manera, he recordado a mi amada y bella Dulcinea del Toboso. ¿Qué será de ella? Necesito recuperar su ternura y hermosa figura. Pongámonos en camino, amigo, y vayamos a buscar a mi amada Dulcinea, para que sepa que regresó su caballero andante de manera insólita y repentina. ¡La echo tanto de menos! Alcanzo a evocar su hermosura y honestidad, dos cosas que me incitan a amarla, y es que su hermosa escultura ninguna le iguala. ¡Cuánto la deseo! Es la soberana señora de mis pensamientos, amigo Sancho, por eso debemos indagar para hallarla.

—No se preocupe, yo le acompañaré, mi señor, cumpliré con sus deseos —dijo Sancho.

—Conquistaremos esta isla, amigo Sancho, encontraré a mi princesa y le presentaré su nuevo reino.

—Señor amo —replicó Sancho—, vuestra merced se queja de bien pocas cosas, correr tal aventura le podría perturbar la calma de la que ahora goza.

—Sancho, no está permitido a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, que, aunque no esté repuesto del todo, mi deber es seguir adelante contra la presencia de cualquier tempestad. Además, gozo de alegría al pensar que dentro de poco yo ganaré esta ínsula para mi amada Dulcinea, y la coronaré reina del lugar. Por ello, querido Sancho, es de mi agrado que me sigas acompañando en mis aventuras futuras.

—Descuide, vuestra merced, que seré muy obediente en esto, aunque no me guste andar a pie por esos caminos de Dios. Únicamente decirle que hay un volcán que ruge cuando se le enfada, luego cuidado hemos de tener. ¡Ay, que Dios nos coja confesados! —murmuró Sancho.

—Calla, amigo Sancho, y ayúdame a levantar.

Y hablando de aventuras pasadas, se dirigieron a perpetrar tal conquista, encontrando paisajes antes nunca vistos y de lo más escabrosos. Anduvieron durante horas, muy alejados del lugar de procedencia, y mantuvieron el garbo en su andadura gracias a su charlatanería.

—¡Oh, qué veo! Mira, amigo Sancho, el volcán del que me hablabas, hasta allí debemos dirigirnos.

—No, está cansado —dijo Sancho—, enderécese un poco, que parece que va de medio lado.

—Es verdad —respondió don Quijote—, y si no me quejo de dolor, es porque no es aceptable que los caballeros andantes se quejen, aunque quizás debiéramos descansar un poco para que tú puedas recuperar fuerzas. Hagamos, pues, una parada breve.

Sancho no dejó de reír al escuchar a don Quijote, y, dada su licencia para descansar, dedicó tiempo para comer algo. Pronto oscureció, así que pasaron aquella noche entre unos árboles. Durante la noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea. No la pasó así Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua, pronto quedó adormecido. Entre tanto, don Quijote aprovechó la madera de aquellos árboles para hacerse una espada y poder emplearla en sus hazañas.

De pronto, se oyó un leve ruido y vio a lo lejos moverse algo que no alcanzaba a descifrar. «¿Qué sería aquello?», se preguntaba don Quijote.

Al mismo tiempo se decía para sí mismo: «Esta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí se aprecian deben ser, y son sin duda, algunos caballeros que llevan hurtada a la princesa, y es menester deshacer este entuerto ya mismo».

Sancho se despertó repentinamente y, viendo lo visto, se dijo: «Esto será peor que los molinos de viento».

—Mire, señor, lo que yo veo son las palmeras con sus respectivos cocos, y aquellas sombras que se acercan son aborígenes de la isla. Que digo yo que mire bien lo que hace, no sea que su imaginación otra vez le engañe.

—Ya te he dicho, Sancho, que aún sabes poco de aventuras; lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.

100 Y diciendo esto, se adelantó y se puso en mitad del camino por donde los indígenas venían, y en voz alta dijo:

—Gente indecente, dejad a mi querida princesa libre, no la forcéis; si no, recibiréis muerte como justo castigo de vuestras malas obras.

Los aborígenes de la isla se detuvieron y quedaron mirando a don Quijote sin entender nada. Y sin esperar más don Quijote sacó su espada y arremetió contra uno de ellos. Enfadados, preguntáronle por qué hacía tal semejante monstruosidad. Respondiéndoles Sancho que la palmera que trasladaban a cuestras era la culpable de tal violenta situación, y que su señor creía que en vez de una palmera portaban a su señora amada.

Asombrados quedaron, y temerosos, acobardados y sin color en el rostro, esperaron a que se apaciguara, y en cuanto pudieron siguieron su camino, corriendo como si llevaran el diablo a sus espaldas, con lo que tuvieron que abandonar la palmera en cuestión.

Mientras, don Quijote quedó hablando con su amada la princesa, diciéndole:

—Señora mía, los ladrones que la detuvieron ya han sido derribados por esta espada. Ya sabéis el nombre de vuestro liberador, don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de su amor, doña Dulcinea del Toboso. Sabed

que he vuelto de lo más remoto, con ayuda de mi gran amigo Sancho, para volver a recuperarla. ¡Oh, señora mía, amada a este vuestro caballero, que en este instante confuso y aturdido se halla!

A lo que Sancho, horrorizado por lo acontecido, explicó:

—Mire, vuestra merced —dijo Sancho Panza—, que eso que abraza no es lo que le parece a usted que es, sino una palmera con cocos, y lo que en ella parece pelo son las hojas, que azotadas por el viento hacen moverse.

Y escuchando tal barbaridad don Quijote se encomendó de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole su mano.

101

—¡Válgame Dios! —dijo Sancho—. Otra vez volvemos a las andadas, no cambia ni por muy remoto que haya sido su camino a la nueva vida.

—Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—, que lo que yo estoy sintiendo en este momento es hermoso de disfrutar, cuanto más si es verdad en mi realidad. Gracias, amigo Sancho, por hacerme recuperar estos intrépidos momentos, y qué mejor razón que para recuperar a mi amada Dulcinea, que es mi gran aliciente. Gracias, también, mi fiel amigo, por poder gozar de tu amistad, y por eso quiero compartir contigo este momento tan glorioso. Gracias, mi gran amigo Sancho Panza.

Capítulo VIII

En el que don Quijote y Sancho
pasean por tierras malagueñas y
tienen un duro enfrentamiento
con un monstruo marino

CC San Gabriel
Málaga

Tutora literaria
Marinella Terzi

Profesorado

Juan Manuel Aragón Migueláñez

Santiago Correas Monreal

María Granados Harinero

Alumnado

Adrián Aragón Arribas

Andrea Colón Parejo

Andrea García Gimeno

Aurora García-Roca Rodríguez

Daniel Godín Martínez

Diego Godín Martínez

África Herráiz Álvarez

Carlos Martínez Arias

Claudia Reina Baro

Jimena Rodríguez Ortiz

Daniel Rubio de Andrés

José Soto Álvarez



Capítulo VIII

En el que don Quijote y Sancho pasean por tierras malagueñas y tienen un duro enfrentamiento con un monstruo marino

El fiel escudero arrendó un velero para viajar por las profundas aguas del océano Atlántico y del mar Mediterráneo con su señor. Así pues, el hidalgo don Quijote y Sancho se embarcaron en una aventura por las aguas, surcaron el mar durante días sin nada a la vista, solo las tranquilas aguas marinas. El cansancio y el aburrimiento abundaban en don Quijote, quien, por un momento, pensó en abandonar la aventura.

107

Pero, antes de poder hacer nada, en el horizonte apareció una figura que recuperó los ánimos de don Quijote. Cuanto más cerca estaba, más seguro estaba el caballero:

—¡Es un dragón de agua, tenemos que atacarlo! —exclamó el hidalgo a Sancho Panza.

—¡No! Es un barco pirata, mejor no acercarse —le contestó Sancho.

Pero el caballero no escuchó sus palabras y sin dejarle terminar la frase puso rumbo hacia el barco, mientras gritaba:

—¡Monstruoso dragón de agua, no podrás con don Quijote de la Mancha!

Los piratas creyeron que los estaba amenazando y le declararon la guerra con un cañonazo que impactó fuertemente en el navío.

Sancho, al ver que su vida y la de su señor corrían peligro, tomó a duras penas el rumbo hacia la costa. Cuando llegaron, cabalgaron varias leguas y, como era tarde, tuvieron que pasar la noche en Parauta, un pueblo de pequeñas casas con blancas paredes y calles estrechas y empinadas. En cuanto al paisaje, lo que alcanzaba la vista, eran árboles.

Por desgracia para nuestros aventureros, no tenían dinero para pagar una humilde posada, pues se lo habían gastado todo en el velero. Nuestros héroes, abatidos, se disponían a marcharse para encontrar un lugar donde dormir.

108

Una moza de unos veinte años, cuyo nombre era Marieta, los paró. Esta mujer de estatura media, con cabello liso, largo y castaño, les ofreció quedarse en su casa a dormir, pues ella ya había oído hablar de don Quijote.

Obviamente, nuestros protagonistas aceptaron encantados. La mujer les ofreció una cena reparadora, aunque humilde, pues era de familia pobre, pero fue más que suficiente para satisfacer las necesidades de los caballeros.

La noche se presentó tormentosa, el escudero no pegó ojo y estuvo rezando para que los piratas no los encontraran. Don Quijote, sin embargo, durmió plácidamente a pierna suelta. Aparte de todo esto, la noche transcurrió con tranquilidad.

Al día siguiente, don Quijote tenía fuerzas para comenzar una nueva aventura. En cuanto a Sancho Panza, hacía lo que podía para no dormirse. Así fue como la joven Marieta vio alejarse a los héroes hasta perderlos de vista.

«¿Cuál será su próxima hazaña al abandonar este pueblo?», se preguntó.

—¡Sancho, ya hemos llegado, por fin, a la bonita y preciosa ciudad de Málaga! Tras un larguísimo viaje en velero, luchando

contra animales marinos que nos derrumbaron, y lo peor, a mí uno me cortó la pierna.

—Don Quijote, despierte que está soñando. Nos encontramos en la playa.

La gente se bañaba y aprovechaba el buen tiempo con sus cestas llenas de comida y bebida.

Don Quijote se fijó en unos niños que estaban jugando dentro del mar, y pensó que se estaban ahogando.

—Sancho, mira esos niños, no pueden morir todavía, no deben ahogarse.

—Pero, señor, usted se está equivocando, estos niños solo están jugando y se lo están pasando de miedo.

—¡No, Sancho, te equivocas! Voy a ir a salvarlos.

El hidalgo caballero se lanzó hacia los niños, que empezaron a gritar:

—¡Padre, padre, nos están pegando, este señor quiere ahogarnos!

El padre de los muchachos no estaba muy lejos, se acercó y molió a palos a don Quijote, que salió fatalmente parado.

Siguieron cabalgando y pasaron por delante de una bonita iglesia, llamada Santa María de la Encarnación, y al entrar vieron que había gente rezando. Iban sigilosamente, pero... a don Quijote se le cayó la lanza y se armó la de Dios, nunca mejor dicho.

El sacristán echó a los dos personajes, pero don Quijote no se dio por vencido, iba gritando por las calles:

—Se pueden creer que he entrado a orar y me echa el sacristán porque se me ha caído mi utensilio de trabajo. ¿Me escuchan? ¡¡GOBERNADOR!!

Pasaron por la fuente de Génova y, casualmente, había una procesión de María Santísima de la Oliva y San Juan Evangelista. Don Quijote pensó que eran guerreros y exclamó:

—¡Sancho, fiel escudero! Hay que frenar a estos guerreros que vienen a conquistar la ciudad.

Por mucho que Sancho intentó frenarle, el hidalgo se tiró encima de uno de ellos y tuvieron que interrumpir la procesión por el caos que estaba organizando don Quijote.

Después de todos estos sucesos ocurridos, se adentraron en una muchedumbre de buena vestimenta que no hacía más que hablar de una representación teatral. El caballero y el hidalgo penetraron en un edificio desconocido y extraño por parte suya, redondo y lleno de asientos de piedra, que recibían el nombre de cáveas. Sancho y el señor se sentaron y esperaron a que los atendieran. Unos cinco minutos más tarde, aparecieron unos señores de vestimenta romana exclamando:

110

—Señores y señoras, bienvenidos al teatro romano, acaban de adentrarse en el mundo de Roma.

Interrumpiendo la alocución, el hidalgo don Quijote exclamó:

—Ahora es el momento, estos débiles soldados romanos no pueden con don Quijote.

Todo el mundo que allí se hallaba no interrumpió en ningún momento a don Quijote, pensando que era parte del espectáculo, y le animaban.

Don Quijote se abalanzó sobre ellos y empezó una brutal pelea. A Sancho se le ocurrió una genial idea, y se dirigió a los actores para que se dieran por derrotados. Y así fue: gracias a esto, el hidalgo paró de atacarlos y exclamó:

—Yo fui derrotado por unos gigantes con rápidos brazos, en tierras de La Mancha, pero esta vez he vencido a dos romanos. A partir de este momento, seré un caballero andante reconocido por todos los territorios, y venceré a todo el que se enfrente en mi camino. Sancho Panza, mi fiel escudero, será el

encargado de recoger todos los obsequios por haber liberado al pueblo de Málaga.

El pobre Sancho le hizo caso por no estropear la obra y no quitar la fama que se había ganado don Quijote, por lo que le cogió en hombros y salieron del teatro.

Al final del día, hidalgo y escudero, medio abatidos, llegaron a un pequeño pueblo, llamado Estepona, de pequeñas casas con paredes blancas, calles estrechas y empinadas. Encontraron un hostel, donde servían la cena, y en el mostrador había un gran queso y un jamón curado. Entraron y la posadera les dijo que para poder cenar y pasar la noche deberían pagarle por adelantado. Sancho le entregó todo el saco con las monedas que habían conseguido en el teatro.

111

Pasaron una noche apacible, pero ¿qué les ocurriría al día siguiente, los encontrarían los piratas de aquel barco...?

Capítulo IX

La ciudad aventurera

CEIP Francisco de Quevedo
Baeza

Tutor literario
David Lozano

Profesorado

Rebeca Raspeño Cerezo

Laura Rey Salvador

Verónica Robles Rubio

Alumnado

Aitor Alcántara García
Airam Ameigenda Molina
Lucía Arcas Moral
Emanuel Baciú
Adrián Barajas Sánchez
Adrián Carrasco Ruipérez
Mario Casas Castro
Carlota Castillo Lopesino
Eric de Castro Moya
Aitor Chico Gallego
Alberto Costa García
Asier Escudero García
Asier Frías Sáez
Ainhoa García Retamosa
Wiktor Gasior
Naomi Gomes Stoico
David Gutiérrez Martínez
Lucía Hergueta Rueda
Jakub Jeremi Janoska
Amira Kaba Asensio
Jessica Lozano Castillo

Alejandro Luque Gómez
Iván Manso Marchena
Denisa Larisa Miron
Naiara Moreno Sancha
Aitor Nieto Delgado
Víctor Ortiz Reboloso
Santiago Pérez Fernández
Carlos David Pop
Lucía Pulido García-Abadillo
Pedro Luis Recio Sotodosos
Cesar Rico Sánchez
Francisco Rodríguez Valle
Álvaro Romanillos Tenllado
Ashley Rosario Corporan
Laia Ruiz Calvo
Karim Sanz Cherfaoui
Iria Serafín Pérez
Rodrigo Serafín Pérez
Lucas Tolentino Illescas
Jonathan Torrico Artes
Noara Urbanos Sanz



Capítulo IX

La ciudad aventurera

Don Quijote y Sancho Panza iban montados en su caballo y su burro, atravesando el campo. En él había cientos de aceitunas por el suelo, grandes árboles por todo el campo dirigiéndoles el camino por el que cabalgaban.

117

Don Quijote, montado en su caballo Rocinante, cabalgaba rápido. El animal pisaba las aceitunas y, por ello, se resbaló y cayó al suelo. Debido a esta caída el hidalgo había quedado completamente salpicado, y junto a Sancho decidieron ir a una posada para asearse y cambiarse de ropa. Mientras iban a la posada caía la niebla y, de pronto, comenzó a llover.

Tras un largo paseo llegaron a la posada y, de un solo vistazo, pensaron que las personas que estaban en la puerta pertenecían a la nobleza.

Una vez dentro, pidieron alojamiento para poder pasar la noche y ropa limpia.

Amaneció y con ello comenzó un nuevo día.

Una vez puestos en pie, don Quijote decidió salir en busca de su amada Dulcinea acompañado de Sancho y de sus respectivos ayudantes, sobre los que viajaban, Rocinante y Rucio.

Atravesaron un camino de piedras hasta que se encontraron con un pastor, al cual le preguntaron por Dulcinea. El ganadero les pidió cinco monedas de oro a cambio de una respuesta.

Don Quijote, muy astuto, se había guardado entre su ropa con anterioridad en la posada pan de centeno, aloha y tocino, que vendió antes de comenzar su andadura a las personas que estaban alrededor de la venta, las que él creía que eran ricas. De ahí, había podido conseguir las monedas de oro que en ese momento entregó al pastor. Así, este les dio unas indicaciones inventadas y sin rumbo real, pero ellos le creyeron, y con aquella respuesta, aunque falsa, ambos cogieron el camino en busca de la muchacha.

118

Durante el camino se encontraron con una gran fachada ante sus ojos, de una recién construida Universidad de Baeza, de ladrillos y ventanas con rejas.

Don Quijote y Sancho decidieron dejar al caballo y al burro atados en la puerta y entrar. Allí se encontraron con un patio grande lleno de árboles, y don Quijote creyó ver inmensos animales en lugar de aquellos preciosos árboles. Por ello, y como posible defensa ante los imaginados animales, sacó su espada mientras intentaban buscar a la moza. Por aquel amplio patio, no paraban de volar pájaros continuamente.

Decidieron subir a la segunda planta. Una vez allí escucharon muchas voces y entraron en la primera aula, en la que había muchas personas atendiendo a la clase.

Don Quijote se quedó perplejo y pensó que la profesora era Dulcinea y que los alumnos eran caballeros que la tenían retenida contra su voluntad. Comenzó así la locura por su amada, y Sancho intentó explicar a don Quijote que ella no era Dulcinea. Comenzaron a discutir y la profesora, aprovechando el momento, huyó fuera de la universidad intentando alejarse lo más rápido posible. Estaba muy asustada al ver esa escena entre desconocidos. Don Quijote y Sancho, mientras tanto, terminaron de reñir, y este dio como caso perdido a don Quijote

porque, por más que intentaba explicarle que la profesora no era Dulcinea, él no quedaba convencido. Sin embargo, decidieron ir en busca de ella por todo Baeza.

Continuaron su camino por las calles de Baeza y se encontraron con un gran monumento, el palacio de Jabalquinto.

Esa construcción era de estilo islámico, con cuatro ventanas grandes en su fachada a través de las que don Quijote creyó ver una sombra que identificó con Dulcinea.

Entraron en el edificio cruzando una enorme puerta. Se quedaron asombrados de lo luminoso y amplio que era el lugar: amplias escaleras, muchos arcos y columnas. Sancho, asombrado, dijo:

—¡Esto es enorme, será imposible que entre los dos encontremos a Dulcinea!

A continuación, propuso al hidalgo que desde el gran patio de la planta de abajo gritaran a la vez el nombre de Dulcinea. Don Quijote accedió y los dos gritaron al unísono: «¡Dulcineeeeeaaaa!».

De repente, surgió un noble de sus aposentos con ropa elegante, tejida con hilos de oro y plata. El noble preguntó:

—¿Qué necesitan?

—Busco a mi amada Dulcinea —respondió don Quijote—. ¿La habéis visto? Es una mujer bellísima con un largo vestido de telas gruesas y oscuras que le llega hasta el suelo y que va arrastrando por detrás. Además, lleva unos zapatos de tacón brillantes, collares vistosos y alhajas. Su pelo es de color dorado, recogido en un gran moño decorado con perlas.

El distinguido hombre, pensando que era una mujer perteneciente a su clase social dada esa descripción, les respondió que allí no se encontraba tal señora, pero que les ayudaría a buscarla por los diversos palacios de la ciudad de Baeza.

Incluso informaría a sus soldados de la desaparición de la joven, para ayudar a encontrarla.

Don Quijote y Sancho, contentos con la respuesta, salieron del palacio y montaron en sus respectivos caballos dirigiéndose al centro de la ciudad. Durante el camino tuvieron que sortear charcos y barro, dado que toda la noche había estado lloviendo.

120 Ya apuntaba el mediodía cuando llegaron a una plaza donde encontraron un mercado provisto de puestos con techos de tela, donde vendían productos artesanales, embutidos, pan, bebidas como el aloha, etc. Para comer necesitaban monedas, que ya no tenían al habérselas dado al pastor. Acuciados por el hambre, idearon ofrecer un paseo sobre Rocinante alrededor de la empedrada plaza a cambio de un trago de aloha y un trozo de pan de centeno de uno de los puestos del mercado. Gracias a ese trueque pudieron quedar saciados y satisfechos con las fuerzas necesarias para continuar su camino.

Prosiguieron por las calles de Baeza atravesando una llamativa vía llamada Francisco de Quevedo, en la que había una hilera de casas bajas, amplias, con portones de madera de roble y flores en los balcones de sus luminosas ventanas.

Don Quijote y Sancho continuaban preguntando casa por casa por la existencia de Dulcinea. En su mayoría recibían la misma respuesta, un portazo, puesto que eran vistos como vagabundos. Por fin dieron con un amable señor que admitió reconocer a una muchacha de tales características. Comentó que solía encontrarse en la principal iglesia del pueblo, la iglesia de la Santa Cruz. Para que pudieran llegar allí les ofreció un mapa que les ayudaría a llegar a dicho oratorio. Don Quijote y Sancho, aprovechando esa amabilidad y hospitalidad, pidieron por favor que si podían sacar un poquito de agua y comida para

Rocinante y Rucio, ya que llevaban sin comer desde su llegada a la ciudad.

Una vez que ambos animales se alimentaron, los dos aventureros montaron y abandonaron galopando a través de esa calle.

En un momento dado, Sancho se dio cuenta de que su compañero de viaje no iba detrás de él. Ambos habían salido de forma tan apresurada que habían tomado caminos diferentes. Así que Sancho, con el mapa en mano, fue en su búsqueda.

Sancho preguntó a varios habitantes si habían visto a su amigo, al que describió vestido con una camiseta de cuero, pantalones marrones y botas de color negro. Explicaba que en la cabeza cargaba un sombrero de color gris.

121

—Es alto, delgado, con bigote y ojos marrones —continuó—. Va montado en su gran caballo blanco con una montura de cuero.

Un vecino le dijo que lo había visto hacía unos minutos avanzando en dirección a la plaza del mercado. Sancho salió disparado en su busca, pero, debido a que había multitud de personas, no lo encontraba. Sancho preguntó a los tenderos de los puestos, ofreciendo la descripción de su compañero, cuando de repente ambos casi chocan de espaldas.

Pero algo faltaba... Rocinante... ¿Dónde estaba? Don Quijote había caído del caballo y lo había perdido de vista.

Ambos, junto a Rucio, buscaron a Rocinante por las vías y callejones de Baeza.

Tras largos paseos, se lo encontraron en el suelo, herido a causa de una caída que había sufrido. Una de las patas delanteras le sangraba. Don Quijote se quedó con Rocinante y Sancho fue en busca de ayuda. Don Quijote aprovechó la espera para rasgar un trozo de pantalón, que anudó alrededor de la herida de Rocinante para evitar que continuara la hemorragia.

Sancho, mientras tanto, se encontró a un hombre que le ofreció la posibilidad de llevar a Rocinante a los establos del señor para el que él trabajaba. Allí le darían cobijo, comida y lo curarían. Volvieron en carruaje en busca de Rocinante y de don Quijote, y después se trasladaron a dichos establos. Allí pudieron observar caballos, burros, mulas, bueyes... Era un lugar amplio con gran cantidad de paja, construido con maderas, con grandes bebederos de hierro.

122

Esa noche les permitieron descansar en los establos tanto a Sancho y don Quijote como a Rocinante y Rucio. También les ofrecieron alimentos y bebida.

Por la mañana, una vez despiertos, se encontraban en mejores condiciones para continuar la búsqueda de Dulcinea. Salieron de allí, no sin antes habiendo dado las gracias por toda la ayuda que recibieron.

Cogieron el mapa para guiarse de camino a la iglesia de la Santa Cruz, donde les habían indicado antes que podrían encontrar a su amada.

Durante el trayecto decidieron preguntar a las personas que por ahí pasaban si habían visto a la joven. La gente negaba con la cabeza, pero al menos consiguieron llegar hasta la iglesia. Allí se alzaba una gran puerta por donde, desde lejos, vieron entrar a una muchacha. Don Quijote creyó que era Dulcinea, bajó de su caballo y se lanzó hacia allí. Una vez delante de la puerta, este se quedó perplejo con el tamaño del portón; a continuación, la empujó hacia dentro. Una vez en el interior observó un gran altar, numerosos bancos de madera, recipientes del pan y el vino muy vistosos de colores dorados, cristales con representaciones bíblicas, estatuas de antiguos apóstoles y una gran imagen de Felipe II, el cual era su actual rey.

Durante ese barrido visual comprobó que la muchacha permanecía arrodillada en el primer banco, frente al altar.

Don Quijote se arrodilló ante ella y recitó entonces un poema a su amada.

De pronto, apareció el capellán y le dijo que allí no se podía hablar. Don Quijote se enfadó tanto por lo que le dijo que sacó la espada para luchar por su amada. Dulcinea se asustó y se metió debajo de la mesa del altar. Don Quijote empuñó su espada como señal de lucha por su amada, y el clérigo, asustado ante tal situación, corrió por toda la iglesia hasta que Dulcinea, cansada de ver aquello y de sentirse perseguida, explicó a don Quijote que aquel señor era el cura y que ella no era Dulcinea.

123

Al escuchar estas palabras, don Quijote se entristeció y se dio cuenta de que lo que le estaba diciendo era verdad.

Don Quijote salió de la iglesia, cabizbajo. Buscó a Sancho, se subieron en sus monturas y siguieron su camino de aventuras.

Capítulo X

De lo que aconteció a nuestro
buen caballero don Quijote
en su paso por Úbeda

CEIP Infanta Catalina
Úbeda

Tutor literario
Fernando J López

Profesorado

Pepa Velasco Velasco

Alumnado

Julia Arroyo Elola

Lucía Bustos González

David Doñoro Rubio

Carolina Dranicer

Marta Moreno Hidalgo

Gabriel Liñán Torres

Raquel Ioana Radanescu

Alejandro Rimonte de la Cruz

Aida Ruiz-Moyano Martínez

Illán Sánchez Comino

Kevin Vinicio Villacres Medina



Capítulo X

De lo que aconteció a nuestro buen caballero don Quijote en su paso por Úbeda

Y en saliendo de Montoro nuestro buen caballero montado en Rocinante junto a su escudero, el bueno de Sancho Panza en su Rucio, cabalgaban a través de los olivos, subiendo y bajando las cuestas de la sierra Mágina y ateridos del frío de las mañanas de diciembre. Vieron a lo lejos grupos de lugareños afanados en la recogida de la aceituna y, en llegando a su altura, nuestro buen caballero los saludaba levantando su lanza y escudo como si de plebeyos y súbditos se tratara, vociferando a voz en grito:

—¡Tengan a bien saludar a vuesa merced, el excelentísimo caballero don Quijote de la Mancha!

A lo que los aceituneros miraban asombrados unos, burlándose e increpándole otros, y los que más respondían de manera malsonante.

Sancho sobre el Rucio, siguiéndole los pasos a su señor, intentaba disuadirlo para que se callara y le decía:

—Sepa, señor, que no valen dos maravedíes como sirvientes, que son aceituneros y campesinos de estas tierras de aceitunas y que salen por los cerros de Úbeda, como dice el dicho, con lo que no debe molestarse con sus injurias ni tomárselas en cuenta. Y sepa también, mi señor, que de estos frutos se extrae el mejor jugo que pudieran degustar nuestros estómagos.

Y en hablando de esto sintió un retortijón propio del hambre y llevándose la mano a la barriga voceó:

—Ha de saber, mi señor, que no comemos desde la víspera y esta tierra es de buen yantar y me estoy imaginando un guiso de garbanzos y un buen lomo de orza que por estos lugares preparan de rechupete.

Diciendo esto ponía los ojos en blanco y se relamía como si de verdad estuviera degustando un manjar.

A lo que don Quijote respondió:

130

—Mi buen amigo Sancho, no has de preocuparte por esas minucias. Tengo yo en esa villa que se avista de nombre Úbeda, plaza antigua de grandes caballeros y lugares sagrados, a un buen amigo, famoso por su valor y sus batallas, que estoy seguro que tendrá a bien ofrecernos techo y sustento. Mira, Sancho, que Úbeda es ciudad principal y están recién acabadas las fiestas de Nuestra Señora de Guadalupe, con lo que mi buen amigo el duque de Arjona, con el que he compartido mil batallas, nos agasajará encantado.

Y en diciendo esto, desde la loma en la que se encontraban, avistando la hermosa villa de Úbeda, vieron una escena que a don Quijote sorprendió, llamando al punto su atención, y a Sancho le hizo rascarse la barriga y oír cómo rugía su tripa, soñando con una suculenta comida que tendría que dejar para mejor momento. Un zangalitrón vareaba un frondoso olivo cuajado de frutos, mientras que a una distancia próxima una moza del lugar se sonaba los mocos y se frotaba las manos aterida del frío que caía en el valle del Guadalquivir en aquella fría mañana de diciembre.

—¡¡¡Repardiez, Sancho!!! Mira lo que han visto mis ojos de caballero andante, que no puedo echar en saco roto. Esa ingenua y tierna doncella está siendo apaleada y maltratada por

ese caballero, que mal nombre lleva, que está desahogando su ira con ese pobre árbol. ¿Cómo un caballero de mi categoría puede permanecer impasible ante tal afrenta?

Sancho, cayéndosele la baba, siguió a su señor, que la emprendió a galope colina abajo y gritando:

—¡Mire usted, vuesa merced, que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en casa ajena, que yo creo que la moza y el zangalitrón están recogiendo las aceitunas y a vuesa merced no le han dado santo en este entierro y no ha de meterse en camisas de once varas!

Y don Quijote a Sancho le dijo:

—Mira, Sancho, que no está en tu razón entenderlo, pero un caballero de honor ha de defender siempre la justicia, mal que nos pese y nos traiga pesares. ¿Es que no ves qué está ocurriendo, pobre necio? ¿Cómo permanecer impasible ante tal atropello?

Sancho continuó gritándole que no se metiera en tal entuerto, pero don Quijote no le oía y la emprendió a lanzadas con el pobre aceitunero, que esquivaba los golpes como mal podía con la vara y se escondía detrás del árbol para evitar los envites, a la vez que gritaba:

—¡Guadalupe! ¡¡Escóndete detrás del olivo que este hombre está de atar y nos mata!!

Y se dirigía a don Quijote suplicándole que no le diera más golpes, que no volvería a robar más aceitunas, que solo eran para el consumo de mesa, que su mujer las hacía bien ricas en salmuera y que el dueño del olivar tenía muchos olivos y ganaba muchos maravedíes.

La moza, a la que llamaba Guadalupe, lloraba de verdad viendo la escena y gritaba a don Quijote que quién era, que qué quería y que qué mal habían hecho, que dejaban las aceitunas

que estaban robando, pensando que lo había mandado el dueño del olivar para darles un escarmiento.

Después de unos pocos mandobles más, don Quijote, a resultas de un varazo, acabó con sus huesos en el suelo golpeándose la cabeza y con un importante chichón, mientras que los dos labriegos seguían escondidos no fuere que fuese a levantarse, y pidiendo auxilio por si alguien los oía y podía detener a aquel loco que ahora yacía en el suelo entre las olivas.

132 Sancho, que por fin había llegado al lugar donde don Quijote yacía sin conciencia, resollaba, faltó de oxígeno por la carrera, se arrodilló ante el cuerpo de don Quijote, comprobó que no tenía conciencia y relatando sobre las locuras de su señor y la habilidad que tenía para meterse en líos, lo levantó del suelo como una pluma de tan flaco que estaba y lo subió a Rocinante, que había acudido tras Sancho. De tal guisa, que las manos del hidalgo iban arrastrando por el suelo al igual que los pies, agarró las bridas y sin mirar a los labriegos siquiera, emprendió el camino a Úbeda al hospedaje del que le había hablado su señor, en demanda de auxilio.

Entre tanto, la moza Guadalupe y el zagal permanecían escondidos detrás del olivo, no fuere que aquel caballero andante se recuperase y continuara con el ataque, tal era su locura.

Sancho Panza y su cargamento llegaron a las puertas de Úbeda dejando a su derecha el valle del Guadalquivir y enfrente la sierra Mágina, entraron en la ciudad por el camino de Linares, hacia el barrio de San Lorenzo y del alcázar, donde se hallaba el palacio de los Medinilla y la casa de las Torres, y no sabiendo el bueno de Sancho dónde se hallaba preguntó a un lugareño, que trabajaba en la almazara lavando las aceitunas, si conocía al muy noble caballero el duque de Arjona y cómo llegar a su morada.

El ubetense, rascándose la cabeza y mirando la carga con sorpresa, le contestó:

—No hace mucho pasó por aquí enjaretado de caza en dirección a la cima del cerro de Santa Catalina, por donde el Gualbullón, que es zona rica en vencejos y cernícalos, y verá si se le cruza algún jabalí en el monte, que ya se sabe que los nobles caballeros no tienen ocupación alguna si no fuere sus aficiones.

—¡¡Buen día tenga usted!! Para allá me dirijo en demanda de auxilio para mi señor.

Sancho, al que le seguía doliendo la barriga de purita hambre, continuó su camino con el reo detrás y, en llegando al lugar que se le había indicado, agarró la aldaba de la puerta y la golpeó con fuerza, rascándose la cabeza y pensando que tan ilustre señor debía tener un ama que le cuidase la casa y el sustento, si tan noble era y tan buena posición tenía.

Una moza rolliza, secándose las manos en un mandil que rodeaba una cintura voluminosa y terminaba en un importante trasero que a Sancho sugirió la importancia de la cocina de la casa, y que dijo ser la criada, abrió la puerta y preguntó:

—¿Quiénes sois y qué queréis? El amo no está en casa.

A lo que Sancho Panza contestó:

—Mira, hermosa, que mi señor don Quijote es buen amigo de tu señor y a él le placera que nos auxilies, ya que ha tenido un percance en el camino a su casa. Mi señor me ha contado cómo han luchado juntos en importantes batallas, siendo los dos caballeros nobles e ilustres, y ruego también, buena moza, tengas a bien proporcionarnos algún alimento, que no sé si mi señor está desvanecido o desfallecido del hambre que traemos, que no hemos comido desde la víspera.

El discurso, la facha de Sancho y el mal estado de don Quijote convencieron a la moza de dejarlos entrar y entre los dos

acomodaron a don Quijote en el suelo de la cocina, junto al fuego del hogar y, aunque don Quijote no daba señales de vida, Sancho revivió oliendo la olla de andrajos y perdices escabechadas que el ama tenía al fuego.

El ama, que decía llamarse Miguela, viendo cómo miraba la olla y cómo le salía la salivilla por la comisura de los labios, ofreció a Sancho un plato de andrajos.

134 En esto que don Quijote abrió los ojos, arrugó la nariz por los estupendos efluvios que destilaban los andrajos y, viéndose tirado en el suelo junto al hogar, pensó que estaba en su casa y asistido por su ama, y preguntó a la moza Miguela, que lo miraba embobada:

—¿Quién sois, buena mujer? ¿Y qué he hecho yo para ser merecedor de doncella tan bella? —Palabras que provocaron una enorme sonrisa de Miguela, que se sentía muy a gustito con aquellos visitantes y miraba a Sancho entre avergonzada y coqueta.

La moza, pensando que aquel caballero se merecía algo que comer de tan flaco que le veía, y viendo que el fuego se apagaba, le pidió a Sancho que le trajera del corral una cesta de orujillos, que son buenos para animar la lumbre.

Cuando realizaba esta tarea, se oyó la aldaba de la puerta y entró el duque. En el cinto le colgaban dos perdices y un par de conejos que tiró a un rincón de la cocina. Venía hambriento y cansado, atraído por el olor de los andrajos, que eran uno de sus platos favoritos. Díjole a la moza:

—¡Mira bien, Miguela, de tenerlos apañados para la cena!

Y viendo a don Quijote tendido en el suelo, junto al hogar, y a Sancho Panza comiendo a dos carrillos sin apenas tiempo de tragar, tal era su hambre, preguntó a la moza quiénes eran aquellos caballeros y qué hacían en la cocina de su casa, a lo que Miguela respondió:

—Amo, dícense amigos o conocidos suyos de batallas pasadas.

Don Quijote se incorporó y se arrojó a los pies del duque, abriendo los brazos y diciendo:

—¡Bienaventurados seáis, caballero y hermosa dama, que me habéis salvado a mí y a mi escudero de las garras del caballero malvado que extorsiona a las damas de por aquí! Con su lanza me ha tirado del caballo y me ha dejado malherido. Miren, vuesas mercedes, que esta es tierra de ladrones y de zangalitrones sin honor y honra, que no respetan a las damas. Una doncella estaba siendo maltratada, y mancillada su honra por ese hombre, que no todos los caballeros poseen la honra y el honor que se ha menester, y, viendo que yo iba en su auxilio, la emprendió a golpes y casi acaba con mi vida.

«He de agradecer que aún queden caballeros nobles que defiendan las causas justas que nos proporcionen el auxilio y el sustento que como caballeros debemos brindarnos, que, como dice el dicho, «hoy por vos y mañana por mí».

El duque, impresionado por la hidalguía, el valor y el honor que observaba en don Quijote, además de lo desfallecido que parecía, le escuchaba y hacía intentos de levantarlo del suelo.

Le abrazó y le dijo:

—Buen caballero, mi casa es la suya, que ya no quedan hidalgos como usted defendiendo las causas justas. Tengo a bien compartir la comida de mi casa y mis aposentos.

A lo que Sancho, que escuchaba, contestó:

—Ya decía mi señor que tenía buenos amigos por estas tierras, porque después de haberla emprendido a varazos con unos aceituneros allá en el monte, si no le han matado poco ha faltado, que mire vuesa merced que el mal que hacían era recoger aceitunas y la moza andaba muerta de frío calentándose

en la lumbre sin más, pero mi señor, que ve donde no hay y a todos los entuertos saca punta, hizo que corramos para no ser apaleados.

El duque reía ante la historia de Sancho, y todos comían con fruición, pero don Quijote contestó a Sancho:

—Mi buen amigo Sancho, tú siempre tan ingenuo, que no siendo caballero no puedes ver los peligros que nos acechan, que se ha de nacer y aprender, como he hecho yo, a lidiar con la maldad, los abusos, las intolerancias y el sentido del honor, ¡ay! Mi buen Sancho, se ha de nacer para entenderlo.

136

A lo que Sancho no respondió, que tenía cosas más importantes que hacer en ese momento, que aquel guiso estaba exquisito y muy bien regado con caldo de Valdepeñas de allí al lado.

Acabada la comida, pensaron en seguir camino hacia La Mancha, no sin agradecer al duque su amabilidad y hospitalidad.

—Vamos, Sancho, que aquí muy cerquita esta la villa de Torreperogil donde mi amigo Pepe, apodado el «ayudante del comendador», que vive en las torres oscuras, tendrá a bien saludarnos.

Partieron y Miguela, por orden del duque, cerró la puerta después de que ambos hubieron echado la última mirada a la figura de don Quijote, sobre Rocinante, y la de Sancho, sobre su Rucio, mientras ambos se alejaban y perdían en la distancia.

Capítulo XI

Rodeados del
mar Mediterráneo

CEIP Daoíz y Velarde
Ibiza

Tutora literaria
Ana Alcolea

Profesorado

Marta Carrasco Moreno
María del Mar de la Manzanara
Ruíz de Pascual

Alumnado

Marta Andrés Herráez
Pablo Ignacio Arranz Calleja
Goodluck Asonmwonriri
Aridia Barquilla Burgos
Miguel Blázquez Hermira
Rares Daniel Boban-Lazar
Emanuela Cristina Boja
Elena Cabrero Pérez
Alexia Andreea Cirstoiu
Roxana Elena Cioran
Ana Crespillo Quintanilla
Diego Daniel Dunca
Crismel Encarnación Rosado
M.^a del Mar García Pérez
Elsa García Vallejo
María Claudia Ghiuta
Sandra González Balagasay
Lucía Gutiérrez Cruz
Luis Franklin Herrera Castillo
Alba Ibáñez Revenga
Fátima Georgiana Iordache
Hanan Karroua
Sofía Malki García
Paula Montoliú Soria
Lorena María Neiconi
Nilay Nergizova Yuseinova
Gabriela Pasapera Reyes
Judit Plamenova Dimitrova
Mercedes Prieto Zuñig
Danylo Raba
Marian Rares Oana
Diego Tonda Alcalde
Jaime You
Darius-Georgian Zanzfir
Guillermo Zárate Núñez



lela Pasapera Reyes.

Capítulo XI

Rodeados del mar Mediterráneo

Ha sido un largo y caluroso día de verano en La Mancha. Otro día en el que Sancho echó de menos a Alonso Quijano porque él sabe mejor que nadie que no era locura lo de Quijano, era una imaginación desbordante, una imaginación que arrastró a los dos a las aventuras más nobles. Sancho se tumba en su cama, al principio le cuesta dormir, pero tras oír las doce campanadas de la iglesia de Santa María a medianoche, cae rendido en un profundo sueño.

141

Acto seguido se encuentra huyendo de Cartagena junto a su señor, el caballero don Quijote de la Mancha.

Andaban huyendo de sus antiguas aventuras con hidalgos caballeros de la península ibérica. Y embarcaron en un velero llamado El Dorado. Se adentraron así en las imponentes aguas del mar Mediterráneo, llamado por las antiguas civilizaciones *Mare Nostrum*.

Desembarcaron en una antigua isla que desde tiempos inmemoriales había sido conquistada por distintas civilizaciones: fenicios, púnicos, romanos, bizantinos, vándalos, árabes y cristianos.

Durante siglos y milenios, los ibicencos se sometieron a culturas diferentes y se defendieron ante los piratas y saqueadores.

Una vez que don Quijote y su escudero Sancho bajaron del barco se adentraron por Sa Portella (puerta musulmana) a través de las murallas en las estrechas calles de Ibiza, llamada por sus habitantes Eivissa. Las murallas impresionaron a don Quijote, que creía que entraba en un mundo diferente, fantástico y lleno de peligros. Estas murallas las mandó construir Felipe II a Giovanni B. Calvi en 1555, y se construyeron para defender este territorio, que pertenecía a la Corona española, de la amenaza de turcos y franceses.

142

Estaban don Quijote y Sancho descansando en las murallas de 1800 metros que rodeaban la ciudad, en uno de sus siete baluartes. Comiendo *sofrit pagès*, un cocido de carne, patatas, legumbres y fiambres típicos de la isla, y bebiendo frígola, un licor de hierbas.

Don Quijote dijo:

—¿Ves, Sancho, aquellos dragones en cada una de las esquinas de la muralla?

Sancho contestó:

—No son dragones, señor, son baluartes donde los soldados vigilan los mares.

Don Quijote añadió:

—¿Qué dices, insensato? ¡Si son dragones! Vayamos al castillo, seguro que tienen secuestrada a la princesa de estos lugares.

—Señor, señor —dice Sancho—, no se precipite, yo no veo ningún dragón y no creo que haya ninguna princesa.

Caminaron largo tiempo y llegaron al castillo que culmina la ciudad; de repente escucharon un gran estruendo y don Quijote pensó que eran dragones, pero en realidad eran las campanas de la catedral. En una estrecha calle se abrió una puerta y se vio al fondo el horno de leña de una vieja tahona, de allí

salía humo, calor y fuego. Eso hizo asegurar a don Quijote su idea de los dragones y Sancho casi se lo creyó, hasta que olió el aroma del pan payés recién hecho y solo pudo pensar a partir de ese momento en comer, como siempre solía hacer.

Apareció en una ventana alta una guapa muchacha, hija de un pescador, llamada Gadea. Tenía el pelo como la noche y los ojos como el cielo, y llevaba un vestido blanco como mandaba la tradición en su isla. Don Quijote, sin pensarlo dos veces, dijo que ella era la princesa que estaba atrapada en aquel palacio.

143

De pronto vio salir a un pescador con su caña, y creyendo que era un caballero con su lanza que le estaba retando, don Quijote embistió al pescador.

Sancho, que se dio cuenta del error, le pidió disculpas al pescador, que resultó ser el padre de Gadea, y en ese momento aparecieron media centena de corsarios que pretendían saquear la ciudad. Entraron en la tahona llevándose a Gadea ante los ojos de su padre, llorando desconsolado.

Don Quijote se dio cuenta de su error al acusar a los dragones de malvados y salió en busca de estos para pedirles ayuda y liberar a la que él creía que era una princesa.

Sancho dijo al padre de Gadea:

—No se preocupe, mi señor, el hidalgo caballero don Quijote de la Mancha liberará a su hija. Voy con él, porque ya se sabe que «cada oveja con su pareja».

El padre de Gadea le contestó:

—Si me ayudaran a liberar a mi hija, les prometo que no les faltaran nunca en sus despensas unos ricos *orelletes*.

Sancho preguntó:

—¿Qué son *orelletes*?

Y le contestó:

—Son dulces con forma de oreja hechos con huevos, harina, anís, azúcar y aceite.

Entonces Sancho, relamiéndose solo de pensar en los dulces, salió corriendo detrás de don Quijote para pedir ayuda a los dragones guerreros.

144

Al llegar frente a los baluartes, el caballero andante dejó de ver dragones y vio con claridad a los soldados de la ciudad, les pidió ayuda y, convenciéndoles con sus palabras, consiguió que veinte soldados le acompañasen a Cala Blanca para liberar a Gadea. Entonces don Quijote se dio cuenta que su caballo Rocinante no estaba con ellos y tampoco Rucio, el burro de Sancho. Hacía horas que los dos animales se habían marchado en busca de agua fresca que beber. Don Quijote mandó a Sancho buscar a Rocinante y a Rucio. Sancho se informó de dónde podían estar y un joven muchacho les habló del cauce del río de Santa Eulalia. El río era muy importante para la isla desde siempre, ya que los púnicos y los romanos cultivaban cerca de él olivos y viñedos y, más tarde, los árabes convirtieron esa zona en una importante zona de regadío. Luego los cristianos colocaron allí varios molinos harineros que funcionaban gracias al agua del río.

Sancho marchó a aquel lugar y fue viendo por el camino hermosos pinares y olivos centenarios. Cuando llegó cerca del río se percató del olor que desprendían varias plantas aromáticas que crecían de forma salvaje en aquellos parajes; olía a jara, a romero, a tomillo...

Y Sancho, pensativo, vio al caballo y al asno saciando su sed, cerca del Port Vell de Santa Eulalia.

Los cogió y los tres marcharon entre la rica vegetación hacia Cala Blanca, donde los corsarios tenían atracado su barco pirata.

En un punto medio del camino se juntaron con don Quijote, muy bien acompañado de los veinte soldados.

Sancho se adelantó para abrir camino y logró entrar al barco pirata sin ser visto por nadie. Su olfato le llevó derecho a las bodegas y allí vertió con sumo cuidado las hierbas en los toneles de vino.

Los piratas bebían y cantaban por igual. Don Quijote tardaba en llegar con los soldados.

Poco a poco los piratas repartían más y más jarras de vino.

Sancho llegó junto a su señor y le convenció de esperar al alba para atacar.

Cuando por fin comenzaba a amanecer, el vino estaba derramado por la proa y por la popa del barco, como si de sangre se tratase tras una batalla, y todos los piratas dormían profundamente a consecuencia de aquellas hierbas.

Después de una larga noche, don Quijote y los veinte soldados decidieron tomar el barco y rescatar a Gadea y al resto de los prisioneros.

Sancho decidió volver a las bodegas donde había visto grandes provisiones de alimentos, para coger algunas con las que llenar sus alforjas. Las llenó de *peix sec*, sobrasada, olivas, queso y pan payés.

Gadea y los demás prisioneros salieron de uno en uno del calabozo del barco y agradecieron a don Quijote que les hubiera salvado de aquel duro trance frente a los piratas. Mientras los piratas seguían su sueño largas horas más, todos regresaron contentos a la ciudad de Eivissa.

Don Quijote, el Caballero de la Triste Figura, apareció ahora más alegre y vivo que nunca cuando llevó a Gadea junto a su padre, el humilde pescador. El padre, muy agradecido, al igual que el resto de habitantes de Eivissa, decidieron homenajear a

don Quijote y Sancho celebrando al atardecer un gran festín con música tradicional de la isla de Ibiza y con ricos manjares típicos de esta tierra.

Quedaron todos citados, pues, en la playa de Sant Antonio de Portmany para ver la puesta de sol más bella de la isla.

Le dijeron a don Quijote que nadie se puede marchar de Ibiza sin ver esta puesta de sol, que quedará grabada en sus retinas para el resto de su vida.

146

Y así es... Cuando el caballero y su escudero llegaron ante las aguas cristalinas de esta playa, rodeada de pequeñas y hermosas calas, no dejaron de sorprenderse de la magia de un atardecer inigualable.

Y comenzaron a llegar hombres, mujeres y niños todos vestidos de blanco y colocaron mesas y taburetes en aquel idílico lugar.

Las mujeres trajeron *guisat de peix*, un delicioso guiso de patatas y marisco aderezado con ali-oli, trajeron también *borrida de rajada*, un plato elaborado con pez raya, patatas, huevos, perejil, ajo, pan frito, almendras tostadas y aceite de oliva.

Acompañaron los guisos con olivas y ali-oli, con sobrasada, pan payés y vino de la tierra.

Terminaron todos bebiendo ricos licores: el Palo y Herbes, licores de hierbas hechas con anís dulce. Y bailando descalzos sobre la arena blanca de esa playa al son de la música tradicional pitusa. Tambores, flautas, castañuelas... llenaban el aire, si bien aquí se llaman *bímbau*, *calatrec*, *castanyales* y *xevenies*.

Don Quijote y Sancho, tras una larga noche de fiesta, decidieron marchar al alba en busca de nuevas aventuras.

Después de un largo sueño Sancho se despierta en su cama de su casa manchega y se da cuenta de que todo ha sido un sueño, porque, como decía Calderón de la Barca: «La vida es sueño y los sueños, sueños son».

Capítulo XII

De lo que aconteció
a don Quijote en la ciudad
de Valencia

CC Escuelas Pías
Valencia

Tutor literario
Fernando J López

Profesorado

Salvadora Gómez Soto
M.^a Emilia Paris Herradas
Alberto Santamaría Fernández

Alumnado

Alejandro Aguilera Pérez
Paula Ioana Aschilean
Jorge Atienza Dorado
Lucía Atienza Marcos
Álvaro Benito Romo
Marina Bravo Pintado
Álvaro Burgos Moreno
Irene Cañas Pérez
Alicia Caamaño Moncada
Ainhoa Cabornero Rosa
Iratxe Callejas Lorente
Francisco Cano Rosero
Moisés Carrión Ramiro
Carlos del Castillo Crespo
Ignacio Corraliza Orzáez
Natalia Corredor Manzano
Jaime Criado Nieto
Marcos Corrochano Arroyo
Rocío Cubero Rodríguez
Alejandro Cuesta del Fresno
Ricardo Expósito Archilla
Sara Fernández Fernández
Andrés Fernández Salinero
Adrián Ferrando Tapia
Gabriela Patricia Florea
Samuel Flores Arana
Jesús García Lozano
Alberto García Olmedilla
Víctor Gómez Molina
Daniel Guillén Remiro
Manuel Gutiérrez Muñoz
Yue Hao Liu
Héctor Hernández Medina
Claudia Konig Torrejón
Itziar Lanzas Ranera
Eva Lepinette Molina

Sara Lepinette Molina
Alba López Asensio
Álvaro Lorenzo Alonso
Sara Maestro Rodríguez
Javier Martos Moral
Héctor Martínez Gómez
Daniel Medina Fernández
Daniel Montalvo Sierra
Celia Mora Ardura
Sergio Moreno López
Sofía Olmeda Nieto
María Otón Manso
César Paramio Mitulinskaya
Silvia Pérez Alhambra
Iván Pérez Orbaneja
Alba Pérez Llamas
María José Presedo Rina
Raúl Prieto Albacete
Jesús Ramiro Chavero
Lucía Ramos Calvo
M.^a del Carmen Ramos Moscoso
Sandra Resel Calle
Rafael Ríquez Conde
Alejandra Rodríguez Crespo
M.^a Ángeles Rodríguez Fernández
Natalia Rodríguez Gallardo
Javier Rodríguez Pérez
Eva Ruano Elvira
Julia Ruiz Torres
Rubén Sáenz Rivas
Hugo Sánchez Carrera
Daniel Sánchez Cubillo
Cristina Sánchez Pañero
Paula Sánchez Peñalver
Álvaro Sánchez Ruiz
Estela Sánchez Serrano

Sandra Santiño Blázquez
Valeria de Serdio Rivas
Gonzalo Silva Ardura
Aitana Tito Jiménez
Iván Vázquez Rincón
Elena Villapalos Rodríguez
Denisa María Vingarzan
Judy Yang Dong



Capítulo XII

De lo que aconteció a don Quijote en la ciudad de Valencia

Estaba lloviendo a cántaros en un día un poco gris, ya que se acercaba el invierno. Pero a don Quijote y Sancho esto no les importó y salieron por las calles de Valencia, una ciudad con mucha tradición, historia y cultura..., a la que habían llegado la noche anterior en busca de nuevas aventuras: luchar contra otros caballeros y ejércitos muy extensos, intentando proteger a los habitantes más desfavorecidos de aquella ciudad. Corría el siglo XVI.

151

Su primera aventura transcurrió en un prado y esto fue lo que aconteció: como ya había dejado de llover, los dos decidieron cabalgar con sus respectivos caballo y asno, llamados Rocinante y Rucio, cuando de repente se encontraron con un rebaño de vacas. Debido al sonido de los cencerros, don Quijote pensó que eran trovadores cantando cosas malas de su amada Dulcinea, y este les dijo a las vacas:

—¡Malditos trovadores! ¡Cómo os atrevéis! ¡Yo os maldigo!

—¡Muuuuu!

Mientras tanto Sancho gritaba:

—Mi amo, ¿usted está loco? ¿No ve que son vacas?

—Mentira, son trovadores que quieren herir a mi pobre Dulcinea.

Y en ese momento una de las vacas embistió a don Quijote y a Sancho, y los dos salieron corriendo, como alma que lleva el

diablo, y de esta guisa llegaron hasta el torreón de Miguelete, ya entrada la noche.

De pronto don Quijote se quedó mirando hacia lo alto y señalando dijo: «¡Mira, Sancho, hemos llegado a tiempo, es un incendio!».

—Señor, señor, yo creo que no, es un *parot* encendido.
—Pero don Quijote ni caso hizo.

—Mi buen Sancho, no discutas y vamos a socorrer a esas pobres gentes.

152

Así que dejaron a Rocinante y a Rucio debajo del torreón y se pusieron a subir muchas escaleras; por el camino, don Quijote empezó a desnudarse hasta quedarse solo en calzoncillos. Sancho no entendía lo que pasaba, pero lo que estaba bien claro es que no iba a hacer lo mismo que él.

—Sancho, venga, dame tus ropas y apaguemos de una vez este incendio. ¿No oyes cómo gritan estas gentes?

Mientras esos valencianos seguían desde el torreón alumbrando las fiestas de la plaza, reían y cantaban, ajenos a lo que estaba a punto de suceder.

Don Quijote entró con sus ropas en alto bramando: «¡Ya estoy aquí, no temáis, que el fuego no os consumirá!» y dando patadas y golpes a diestro y siniestro, ahora sí que consiguió derribar el *parot*. Y en verdad todo eran gritos de socorro... El lío ya estaba formado.

Habían estropeado las fiestas, y Sancho, intentando salvar a su señor, también salió malparado.

La gente decía:

—¡Fuera de aquí, necios!

Y echaron al fuego a don Quijote, quemándose así el trasero.

Sancho, como pudo, sacó a don Quijote del *parot*, diciendo:

—Menuda en la que nos hemos metido, amo, la próxima vez pasamos de largo.

Entre abucheos de la gente hacia don Quijote y su escudero Sancho, se largaron de allí. Cogieron a su caballo y a su asno y fueron hacia una taberna.

¡Claro, con tanto ajetreo se habían olvidado de comer y de beber!

Entraron y se dispusieron a pedir una jarra de vino del lugar y buen arroz. Pero había un problema, no tuvieron los suficientes ducados para pagar y el tabernero los echó de una patada.

153

Caminando llegaron hasta la playa, por lo que aprovecharon para descansar un poco. Pronto se quedaron dormidos. En su sueño Sancho se vio llorando a los pies de la cama de don Quijote, al cual creía muerto.

Pero, cuando don Quijote despertó, vio a Sancho llorando en sueños y lo despertó de tan terrible pesadilla, y este al verle siguió llorando, pero esta vez de alegría, al saber que su pesadilla no era real y que estaba vivo don Quijote.

—¡Ay, amo, no gano para sustos con usted! —decía Sancho sonriendo.

«Y que lo digas», pensó don Quijote, pues él por su parte había soñado con un árbol con cabezas reducidas... ¿Qué significaría esto? Era demasiado horrendo para él.

Por esta razón don Quijote se levantó y se dirigió a la orilla de la playa para darse un baño y no pensar en ese sueño.

—¡Vamos, Sancho, ánimo y date un baño! El agua está buenísima, así aprovechamos para asearnos un poco —le decía don Quijote mientras saltaba las olas.

Sancho cedió y, mientras metía los pies en el agua, don Quijote le salpicaba y le animaba a meterse más, aunque el agua estaba muy fría. Estaban disfrutando del baño cuando de

repente don Quijote se acercó a Sancho despacio y le dijo señalando a lo lejos:

—¡Piratas!

—¡No, amo! No son piratas, son pescadores.

Pero don Quijote no lo escuchó, pues ya había salido del agua en busca de su espada.

—¡Ay, madre! —decía Sancho—. Ya se va a volver a liar. —Mientras, salía corriendo del agua para intentar convencer a don Quijote, sabiendo que no le iba a poder parar.

154

Y así era, don Quijote empujaba una barca para meterla en el agua.

—¡Vamos, Sancho, ayúdame! ¡Tenemos que detener a esos piratas!

Sancho remaba dirigiéndose hacia los pescadores y don Quijote, en pie en la barca y con la espada en alto, gritaba:

—¡Deteneos! ¡No vais a escaparos, malditos! ¡Yo os voy a hacer pagar por todas las atrocidades que habéis cometido!

Los pescadores miraban atónitos la sorprendente situación y para defenderse les lanzaban los peces que habían pescado.

—¡Agáchate, Sancho! ¡Retrocede! Nos están lanzando cañones y van a hundir nuestra barca —decía don Quijote mientras era golpeado por unos lenguados que le hicieron caer al mar.

—¡Socorro! ¡Sancho, ayúdame! Me han alcanzado y estoy herido —gritaba don Quijote.

Sancho le agarró del brazo y le metió en la barca, mientras don Quijote sollozaba y le decía:

—¡No me dejes morir aquí, por favor! Cúrame estas graves heridas, pues pocas personas sobreviven a un ataque pirata.

Sancho negaba con la cabeza y se decía a sí mismo:

—¡Está más loco que una cabra! —Mientras, cogía un trozo de red de pescar de la barca y le vendaba la cabeza.

Para tranquilizar a don Quijote se le ocurrió una idea, cogió una alga del mar y le dijo:

—Amo, le voy a poner un poco de medicina en su herida y tendrá que tomarse esta planta medicinal.

Don Quijote aceptó y comió un trozo de alga, por lo que se quedó tranquilo, momento en el que aprovechó Sancho para remar de vuelta a la orilla. Y allí pasaron la noche.

Y en el transcurso de la misma Sancho se imaginaba que ataba a don Quijote a una silla y que, con un palo mágico, no se le ocurrió otra cosa, golpeaba a este en la cabeza y volvía a sus cabales, y con esa ilusión se quedó dormido.

Al poco tiempo de despertar, apareció un viejecillo que les aconsejó que se acercaran al palacio del Marqués de las Dos Aguas, pues algo importante requería de su presencia.

Sancho no se lo podía creer, ¿esto era una broma o qué?, y, además, pensaba Sancho que a lo que don Quijote llamaba aventuras, enmendar entuertos, eran más bien desventuras y desastres, pero en ese momento, al ver el rostro iluminado de su amo, no pudo decir que no, y así recogieron sus caballos y armaduras y se dirigieron hacia el palacio.

Yendo pues hacia allí, vieron como se acercaba una silueta de un joven alto y fuerte.

—¡Buenos días, señores! Tengan buen día —saludó alegremente el joven.

—Pues no sé yo que decir, joven, llevamos unos días de lo más alegres...

—¿Puedo ayudarles? —se interesó el joven.

Don Quijote en ese momento lo miró de arriba abajo y pensó que fuerte sí que era, pero esos libros que llevaba amarrados al burro mostraban que era un hombre de letras por lo menos.

Rápidamente don Quijote sentenció.

—Nosotros necesitamos un caballero y tú pareces un estudiante.

—Pues sí ha acertado, señor, estoy estudiando en Valencia Teología; bueno, acabo de terminar mi estancia de un año, ahora me dirijo a finalizarla a Alcalá de Henares.

Sancho empezó a impacientarse.

—Amo, sería mejor que nos marchásemos ya, igual el joven tiene prisa, pues con ese burro se le va a echar pronto la noche y ya sabe vuestra merced la de peligros que ella esconde.

156

—Tienes razón, pero antes me gustaría saber cómo se llama usted, ilustre estudiante.

—José de Calasanz, para servirle a vos.

—Yo, Sancho, ¡ea! Y él, don Quijote, caballero...

—No seas bruto, Sancho, yo sé solo presentarme y, sí, estamos aquí en Valencia para ayudar a todos los desdichados o no que lo precisen.

José le miró y muy seriamente dijo: «Me parece muy apasionante lo que vos y vuestro escudero hacen; además, veo en ello una forma de servir a Dios».

—Pero qué dices, muchacho, si siempre acabamos apaleados, mofados y metidos en líos.

José, ante los comentarios y aspavientos de Sancho, se rio con ganas al mismo tiempo que pensaba: «¡Vaya dos personajes más peculiares!», y, sin más, se despidió de ellos. No obstante, una duda embargó su alma, y él había encontrado verdaderamente la forma de servir a Dios.

Por fin llegaron ante el palacio, las puertas se abrieron y ellos con montura y todo entraron en el patio de armas. En ese momento el rostro de don Quijote se ensombreció y, mirando a su fiel escudero, dijo:

—Sancho, ¿sabes? Estoy algo cansado, creo que es mejor que volvamos a casa.

—Pues yo estaba pensando lo mismo.

Con buen ánimo salieron del palacio, sin saber que allí dentro los valencianos del torreón de Miguelete les habían preparado una emboscada. Estos no habían olvidado que les habían agitado la fiesta el día anterior.

Sancho, aquella noche a las afueras de Valencia, recostado en un árbol, pensó que su amo y señor se había mostrado cuerdo y sensato al rechazar esa última aventura; sin embargo, su tristeza no le gustó porque en verdad quería a su señor.

Capítulo XIII

Don Quijote y los piratas

CEIP García Lorca
Tarragona

Tutora literaria
María Menéndez Ponte

Profesorado

Esther Hernández Martínez

Borja Palomares Montes

Alumnado

Nassima Aoulad-Yahya Talhaoui
Lorena Dorina Balaceanu
Alba Bautista Domínguez
Nerea Blanco de la Osa
Vesna Borjabad Malinar
Sofía Borreguero Mateos
Rejan Bregu
Miguel Cano García
Azahara Canorea Prieto
Nicolás Daniel Carrasco García
Lucía Cobo San José
Ainhoa Diez Díaz
Carlos Adrián Doda
Javier Andrei Dutu
Pilar Fernández Cabra
Ismael Fuente Parra
Jesús Gallardo Haro
Sergio García Cruz
Miriam García García
Pablo García García
Stoyan Vasilev Georgiev
Eduardo Gómez García
Paula Gómez Esteban
Miriam González Carballes
Paula González Pérez
Michael Andy Idehen
Elizabeth Igbinedion Mavis

Robert Florín Mecleneanu
Natalia Morato Raya
Raúl Navarrete Santander
Gabriel Nowosielski Krot
Marina Lozano Márquez
Rodrigo San Segundo Elvira
Hugo Sánchez Álvarez
Lydia Zarcero Lujan
Desiree Molina González
Elora Murias Alovera
Favour Okosun
Manuel del Olmo Paniagua
Diego Ortega Pérez
Sergio Pascual Piñero
David Pérez Tejero
Daniel Presedo Rodríguez
Javier Rivas Santamaría
Paula Robles Egido
Guillermo Ruiz González
Marcos Ruiz González
Sergio Ruiz González
Antonio Sánchez Felipe
M.^a Pilar Sotodosos Avi
Vicente Soto Peral
Miguel Valdés Sánchez
Sergei Varahash



Capítulo XIII

Don Quijote y los piratas

Después de varios días descansando, partieron don Quijote y Sancho Panza desde Valencia camino de Barcelona. El Caballero de la Triste Figura, a lomos del flaco caballo Rocinante, había decidido que quería tener cerca de él a su amada Dulcinea y, como ella no podía acompañarle en sus numerosas aventuras, pensó en grabar el rostro de su enamorada en su armadura. Para ello, acompañado de su fiel escudero Sancho Panza y su borrico Rucio, partieron en busca del más famoso orfebre de todo el reino de España, que trabajaba en Barcelona.

Los caminos por los que viajaban eran de tierra y había mucho polvo. Durante el trayecto se cruzaban o adelantaban a gente a caballo, a pie, en carroza o en carros tirados por bueyes y el camino se hacía más entretenido.

Sancho estaba siempre hambriento, pero su caballero nunca veía el momento de parar a comer. Menos mal que el escudero escondía, entre sus ropas, un gran pedazo de pan, un trozo de queso y la bota de vino para calmar su hambre y su sed. De esta manera soportaba las largas jornadas de camino. Únicamente descansaban cuando Rucio y Rocinante necesitaban agua y paja.

Al final de la tarde, llegaron a una posada que había a la entrada de una gran ciudad. El tabernero los saludó diciéndoles:

«Bienvenidos a Tarraco, la ciudad de la muralla». Don Quijote respondió: «Muchas gracias, posadero. ¿Por qué está tan protegida la ciudad?». El tabernero le contó que sufrían frecuentes ataques de piratas y que necesitaban defenderse.

Antes de cenar, don Quijote y Sancho Panza decidieron ir a ver el mar. Cuando llegaron a la orilla, don Quijote dijo a su escudero:

—¡Aquí, amigo Sancho! Parece que unos malvados piratas han raptado a una sirena curiosa que se asomó a la playa.

164

Y, señalando los restos de un pez que brillaban al sol del atardecer, afirmó:

—¡Ahí están sus bellas escamas anaranjadas que perdió al intentar zafarse de sus agresores! Y, ¡mira!, a uno de los piratas se le cayó su garfio.

—Pero, vuestra merced, lo único que ven mis ojos es la raíz de un árbol y un pescado pudriéndose al sol —contestó Sancho.

—Además, debía ser una princesa entre las sirenas porque se le cayó la corona. ¡Mírala allí! —dijo don Quijote.

—Solo es un abanico que alguien debió dejar tirado —suspiró Sancho Panza.

—Graves son estos hechos, amigo Sancho. Pero el sol se está poniendo. Pronto caerá la noche. Volvamos prestos a la posada y mañana decidiremos qué hacer —concluyó don Quijote.

Al volver a la posada se les ofreció paja y agua para los animales y un estupendo plato de escudella para nuestros amigos. Una vez que terminaron de cenar, Rucio y Rocinante descansaron en el establo. Don Quijote y Sancho compartieron habitación, el caballero en la cama y su fiel escudero a sus pies, en la alfombra.

A la mañana siguiente, don Quijote se despertó temprano y se fue a dar un paseo por los alrededores. A lo lejos, junto a la playa, vio un barco, se acercó un poco y comprobó que en el mismo había varios hombres que parecían vestir botas altas, grandes sombreros y amplias chaquetas. Algunos portaban largas lanzas en sus manos. El barco parecía armado con varias filas de cañones. Nuestro caballero estaba convencido de que eran los piratas que habían secuestrado a la princesa sirena. Espoleó a su caballo Rocinante y corrió a buscar a la gente de la ciudad para que ayudara en su rescate.

165

Pasó gritando por el templo de Augusto, por la puerta de la catedral de Santa Teresa, y atravesó el acueducto de Los Ferres y finalmente llegó a la playa siguiendo el acueducto del Francolí, pero, aunque él insistía a voces: «¡Ayuda, los piratas han secuestrado a la princesa de las sirenas!», ningún tarracónense se inmutó y todos miraban con sorpresa a nuestro caballero.

Cuando Sancho se despertó, su amo ya no estaba en la habitación. Salió a buscarlo y no lo encontró ni en la posada ni en los alrededores. Rocinante tampoco estaba en el establo. Sancho preguntó al posadero si había visto a su amo y este le contestó: «El loco de su amigo ha salido corriendo como una bala en dirección a la playa gritando algo sobre piratas». Sancho, muy asustado, le preguntó al posadero: «¿Nos atacan los piratas?», y el tabernero le explicó que en la playa solo había barcos de pescadores y que no entendía de dónde ha sacado su amo la idea de que había un barco pirata en la playa.

Sancho montó a lomos de su buen Rucio y, siguiendo el mismo camino que había seguido don Quijote, se acercó a la playa a ver qué estaba ocurriendo. Cuando llegó a la playa escuchó a su amo increpar a unos pescadores que trajinaban en su barco:

—¡Piratas del diablo, soltad a la indefensa sirena que habéis capturado! ¡De lo contrario, mi lanza os dirá unas cuantas palabras!

Los presuntos piratas seguían en su faena sin inmutarse ante los gritos del caballero.

—¡Piratas del diablo! —insistió don Quijote.

Mientras tanto Sancho se mostraba incrédulo ante semejante situación.

—Mi señor, son pescadores, no piratas, solo están recogiendo sus redes.

—¿Acaso no veis los cañones que el barco tiene a estribor? ¿Acaso no veis la bandera pirata flamear en el mástil? ¿Acaso no veis los parches en los ojos de aquellos indeseables? ¿Acaso no escucháis las canciones piratas que cantan con botellas en la mano? —preguntó exaltado don Quijote.

—Pero, señor, lo que vos creéis cañones son simples escotillas. Lo que os parece una bandera pirata es una vieja vela llena de parches. Lo que pensáis que escucháis es una famosa canción de piratas catalanes.

Mientras Sancho trataba de convencer a don Quijote y aproximarle a la realidad, los pescadores seguían trabajando sin descanso fondeados frente a la orilla.

—¡Sancho! ¿Ves eso?

—¿Qué? Mi señor.

—¡Es la sirena, esos despreciables hombres la tienen colgada boca abajo! No podemos permitir tal humillación.

—Se trata de un pescado, posiblemente un atún, lo están preparando para llevarlo al puerto. ¿Veis cómo se acercan las gaviotas?

—Definitivamente estáis ciego, amigo Sancho, tenéis suerte de estar a mi lado. ¡A las armas!

El hidalgo descabalgó, se desprendió de su pesada armadura y se lanzó al mar. Con grandes esfuerzos logró acercarse al barco. Los pescadores, mientras tanto, se asustaron al ver a aquel pobre anciano que parecía pelear por su vida. Dejaron lo que estaban haciendo y le ayudaron a subir al barco. Una vez allí, exhausto, don Quijote desenfundó su espada y mostrándose amenazante exigía que los pescadores soltasen a la presunta sirena que en realidad era un atún.

Los pescadores, atónitos ante semejante locura, trataron de calmarle. Sin embargo, don Quijote, ya harto de exigir, mostró su espada a los pescadores, y lo hizo con tal vigor que el arma resbaló de sus manos y salió disparada justo hacia la cuerda que sujetaba el pez, con el acierto de cortarla y enviar la presa al mar.

Estos hechos dejaron sin palabras a los pescadores, que nada fueron capaces de decir, pues, además de esto, don Quijote se permitió el lujo de perdonarles la vida.

Ya en la playa dijo:

—Visteis eso, amigo Sancho, yo solo, ante treinta y dos fieros piratas, he sido capaz de liberar a la princesa sirena.

—Sí, mi señor, sois el hombre más valeroso que existirá jamás —dijo tratando así de apaciguar los ánimos del hidalgo.

Orgullosa de su hazaña, don Quijote decidió seguir su viaje dejando ahora sí atrás la ciudad de Tarragona.

Capítulo XIV

De cómo don Quijote
y su fiel escudero Sancho
llegaron a Barcelona

CEIP Alicia de Larrocha
Barcelona

Tutora literaria
Concha López Narváez

Profesorado

Mercedes Abad Rivas

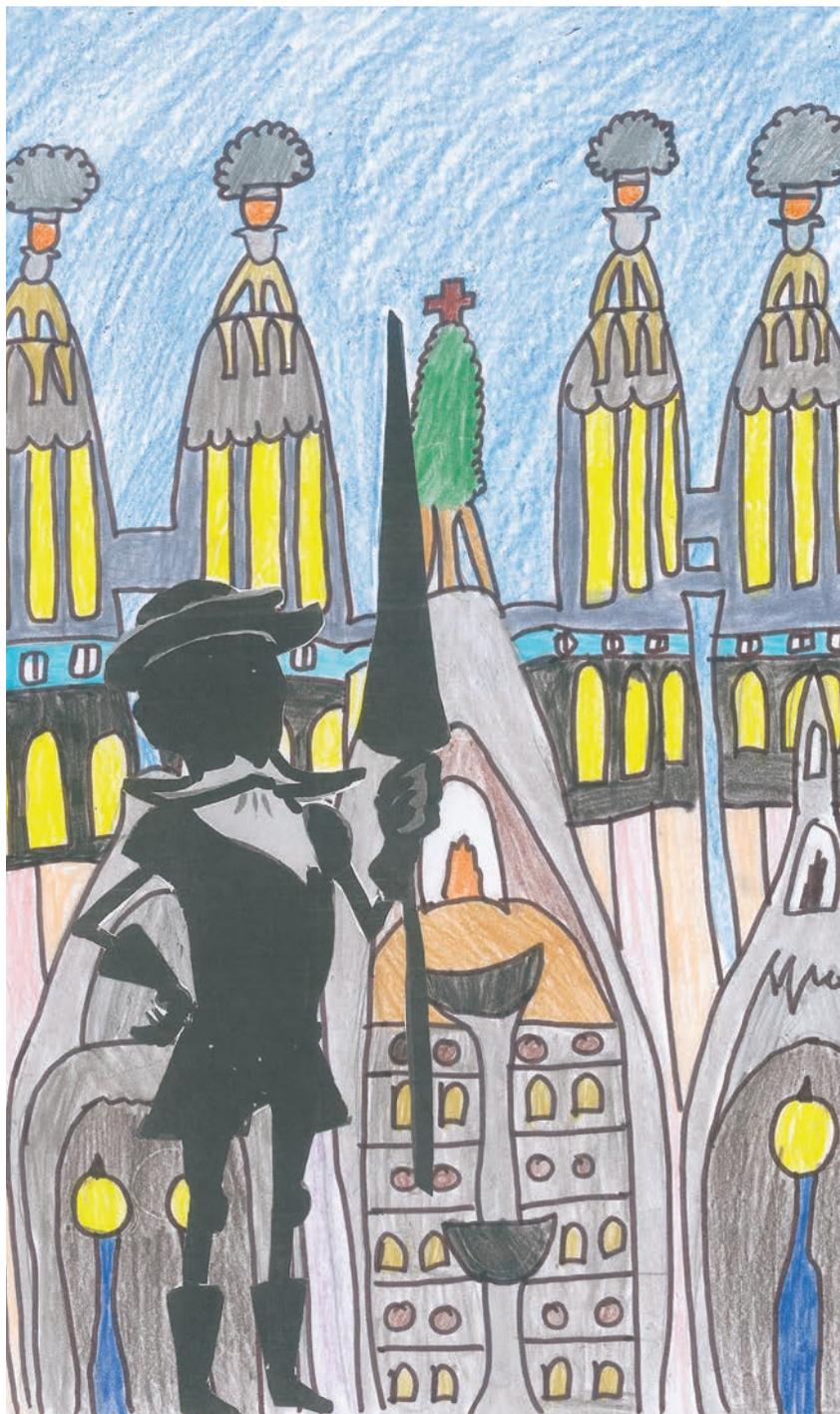
Ana Fernández Rodríguez

Antonia Lourdes Jiménez Gómez

Alumnado

Diana Okiri Amos
Sandra Conde López
Daniel Díaz Fernández
Shirel Díez del Coso
Babacar Diocou
Anabel Osayuki Edosomwan
Ehimudiamen
Charifa El Jamal El Harim
Sofía Escribano Sánchez
Sergio Estecha Barcojo
Darío Ernesto Fernández Caballero
Lucía Fernández Marín
Daniel Fernández Ros
Laura García Arquero
Francisco José García Bravo
Paula Herrera Tapia
Héctor Ignacio Sedano
Daniel Lancha Arévalo
Ismael Marichal Prada
Alejandro Martín Morato
Ainhoa Miguel Hurtado
Ionela Alina Mone

Diego Murillo Moreno
Laura Nalepa
Judith Navas Rodríguez
Santiago Jesús Peñas Suarez
Leyre Pérez Ruiz
Óscar Prieto Rubio
Paula Redondo Mazadiego
Pedro Rico Rodríguez
Ruan Víctor Rodrigues Pereira
Cristina Sánchez Baquero
Sergio Sánchez Molinos
Paula Sánchez Vallejo
José Antonio Septiem Esteban
Lucía Gabriela Serdean
Francisco Simón Izquierdo
Iván Soriano Rodríguez
Narcisa María Toma
Sandra de la Torre Mariño
Oscar Velles Vaz
Alejandro Verduras Sanabria
Alejandro Zuya Martínez



Capítulo XIV

De cómo don Quijote y su fiel escudero Sancho llegaron a Barcelona

Tras el largo camino, el hidalgo don Quijote y su escudero Sancho Panza llegaron a Barcelona. Tan cansados se encontraban que se quedaron dormidos a la sombra de un árbol. En el sueño vencido, don Quijote comenzó a soñar sin saberlo con cómo sería Barcelona... en 2016.

—¡Mi señor, mi señor! Hemos llegado a nuestro destino —díjole Sancho—. Allá a lo lejos se ve la ciudad de Barcelona. Creo que esa inmensa llanura azul es el mar.

—Acertaste, mi querido escudero. Bien recuerdo el mar de nuestro viaje por estas tierras —contestó don Quijote.

Continuaron viaje hasta entrar en la ciudad, quedándose ambos sin palabras.

—¡Mirad, Sancho! ¿Qué ven mis ojos? ¿Una carroza sin caballos? —dijo don Quijote señalando un coche que pasaba por delante.

—Mi señor, no parece una carroza... —repuso Sancho—. Más bien diría yo que es cosa de brujería.

—Extraño lugar este al que hemos llegado... Bien dices cuando afirmas que las apariencias engañan —contestó don Quijote.

Siguieron su camino alucinados de tantas cosas raras como veían a su paso.

Las gentes que se encontraban en su camino murmuraban y se reían de su apariencia.

Anduvieron largo rato de acá para allá, y se encontraron con la torre Agbar.

—¿Veis lo mismo que yo? —exclamó don Quijote—. ¡Madre mía, qué altura! ¡Este castillo toca el cielo con sus almenas!

Con el calor de julio golpeando en su armadura siguieron su rumbo, cansados y sedientos.

En el camino por la ciudad encontraron una máquina de refrescos...

174

—Ved, amigo Sancho, una despensa muy fría —dijo don Quijote.

—Es verdad que es fría, pero ¿cómo podremos alcanzar las botas que a buen recaudo se hallan, mi señor? —contestó Sancho.

Acercose a ellos una señora que por allí pasaba.

—Disculpen, ¿les puedo ayudar? —les preguntó la señora amablemente.

—Agradecidos le estaríamos, si vuesa merced tuviera a bien darnos un botijo con agua para refrescar nuestros gaznates —dijo Sancho.

—Tienen que echar un euro y poner el número de la bebida que quieran —contestó la señora.

—Gracias le doy de nuevo, hermosa dama, pero disculpe vuesa merced mi ignorancia. ¿Qué es un euro? —dijo Sancho.

A lo que la señora le contestó: «Un euro es esta moneda, con ella puede comprar lo que necesite».

—¿Valdría un ducado? No porto otra moneda —dijo Sancho.

—Jaja, jaja, jaja —rio la señora—. ¡Qué graciosos son, ducados! No, los ducados no sirven desde hace siglos. No puedo que-

darme más tiempo o perderé el metro y llegaré tarde al trabajo. Tomen el euro y compren la botella. —Y se despidió de ellos.

—Muchísimas gracias. Qué buena gente es vuesa merced —contestó Sancho.

Dirigiéndose a su señor don Quijote le dijo: «¿Os dais cuenta, mi señor, de que quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija?».

Cogieron su «bota» de agua y siguieron andando por toda la ciudad....

Sancho llamó la atención de su señor, que andaba tan sorprendido que no reparó en el tiempo.

—Mi señor, la noche nos apremia —dijo Sancho.

—Razón hallo en ello; no pasa nada, iremos en busca de posada. Tomaremos unas viandas y reposaremos del largo camino —intervino don Quijote.

De camino al albergue, se encontraron con las fuentes del Montjuic, que llenaban de luz, color y sonido toda la plaza. Don Quijote se quedó otra vez sin palabras y preguntándose qué sería eso que veía y oía. Hasta que dijo a su escudero: «¡Sancho, algo se quema! ¡Corre, corre, está ardiendo!».

Sancho repuso: «¡Tranquilícese, mi señor, solo son luces de colores, no es fuego!».

—¡Créeme, amigo Sancho, eso solo puede ser fuego del infierno! —contestó don Quijote.

—¡Que no, mi señor, que no! Venid conmigo, vamos a otro sitio... —indicó Sancho

Sin dar tiempo a que Sancho reaccionara vieron sus ojos cómo don Quijote arremetía contra las fuentes y quedaba maltrecho como un pato mojado en medio...

—¡Veis lo que os decía... No era fuego, sino agua..., mi señor! Menos mal que este calor pronto secará vuestra armadura

y vuestros ropajes! —Y, ayudando a don Quijote, le sacó de las fuentes ante la diversión de los que por allí andaban.

En su camino por la ciudad volvieron a pasar cerca de la torre Agbar, pero esta cambió de color, y don Quijote exclamó:

—¡Mi querido escudero, este lugar me suena... Ya sé, es el castillo gigante...! No, es UN MAGO gigante. ¡Es el mago Copérnico!

A lo que Sancho contestó:

—Mi señor, ¿cómo va a ser Copérnico?

176

—¿No ves que antes estaba de otro color?

—Sí, pero... No, no, no... ¡Mi señor!, atienda a razones, por Dios. Mejor vamos a descansar los huesos en esa posada y mañana veremos las cosas de otro modo.

—¡El mago Copérnico no me vencerá. Lucharemos en sin par batalla y que gane el mejor! —gritó don Quijote fuera de sí.

—¡Cuidadooooooooo, mi señor! —dijo Sancho.

El golpe fue tremendo y don Quijote quedó maltrecho y dolorido en la acera.

—No os preocupéis, mi señor. Iremos a descansar a alguna posada. Ya os decía que no era el gran mago Copérnico..., sino una torre.

Sancho y don Quijote preguntaron a un señor que por allí pasaba y les indicó un hotel donde hospedarse esa noche.

Cuando llegaron todo lo que les rodeaba les pareció muy extraño.

—¡Posadero! —dijo Sancho—. Mi señor y yo buscamos albergue para pasar la noche.

—Buenas noches —contestó el recepcionista—. ¿Desean una habitación doble o dos individuales los señores?

—Mejor será que vele a mi señor esta noche. Venga, entonces una habitación —contestó Sancho.

—Son 50 euros —indicó el recepcionista.

—Cóbrese vuesa merced lo que se le adeuda —repuso Sancho.

—¿Desean los señores que el botones les acompañe a su habitación? —dijo el recepcionista.

—Si fuera tan amable de mostrarnos el aposento, le estaríamos muy agradecidos —contestó Sancho al ofrecimiento.

Ya en la habitación...

—Sancho, nunca vi tamaño disparate... Una silla con agua —dijo don Quijote.

—¿Una silla con agua, mi señor? ¿En el excusado?... De verdad que es todo muy extraño —le contestó Sancho—. Debemos descansar, hoy ha sido un día muy largo, y no sabemos qué nos deparará mañana.

—Ayúdame, pues, con la armadura y descansemos, mi fiel escudero —dijo don Quijote.

Y ambos cayeron rendidos.

A la mañana siguiente don Quijote y Sancho se encaminaron al centro de la ciudad...

—¡Pardiez! —dijo don Quijote—. ¿Qué ven mis ojos? ¿Qué es este lugar?

Un zagal que por allí pasaba le oyó gritar como un loco.

—Ah del castillo. ¿Quién es el señor de esta villa? —dijo don Quijote.

—Señor, ¿qué le pasa?, ¿necesita ayuda? —le preguntó el chico.

Don Quijote se quedó muy sorprendido y le respondió enojado:

—Yo soy un hidalgo de La Mancha y me dedico a desfacer entuertos y salvar a bellas damas en apuros... Y vos, ¿quién sois?

El chico cogió su móvil y sin dudar lo llamó al 091 y dijo: «Hola, les informo de que en la plaza de Cataluña hay un señor vestido con una armadura, diciendo que es un hida... no sé-qué de La Mancha y que pregunta por el alcalde... Creo que deberían venir».

Le respondieron: «Muchas gracias por el aviso, de inmediato se personará allí una patrulla de los *mossos*».

Llegaron una ambulancia y una patrulla al lugar, y salieron varios enfermeros que cogieron a don Quijote a la fuerza y se lo llevaron al hospital de Sant Pau.

178

—¡Deteneos, bellacos! ¿Dónde ha mi Rocinante? ¡Soy hidalgo y caballero andante! —dijo don Quijote.

Los enfermeros no entendían lo que decía. Llegaron al hospital. Sacaron a don Quijote de la ambulancia y le llevaron a terapia. El psicólogo no sabía qué hacer con él, así que le trasladaron a una habitación donde se quedaría un tiempo en observación hasta que le hicieran un diagnóstico.

—¡Sacadme de esta torre, malandrines! ¡Voto a bríos que vengaré esta afrenta! —gritaba don Quijote.

Cansado del ajetreo se quedó dormido un rato sobre un cojín que había en la cama.

Cuando despertó se dio cuenta de que pasaba por allí una enfermera rubia muy guapa.

Don Quijote pensó que se trataba de su amada Dulcinea del Toboso. La bella dama de sus sueños. Pero detrás de ella aparecieron dos médicos especialistas que iban a invitarla a un café. Y se fueron con ella.

Don Quijote, al verlo, pensó que eran unos facinerosos que se la llevaban prisionera. Y se enfrentó a ellos diciendo: «No huyáis, malandrines! ¡Salvaré a la sin par Dulcinea, y os atravesaré con mi lanza y toda mi furia!».

Con su lanza rompió la puerta y salió como una bala a salvar a su dama, pero se metió en un ascensor con dos señoras.

Se cerró la puerta y las señoras le preguntaron: «¿A qué piso va?».

—Mis señoras, voy al castillo en el que tienen presa a mi bella Dulcinea, ¡abran la puerta que me impide salvar a mi dama!
—contestó don Quijote.

Las señoras, haciendo caso omiso a las palabras de don Quijote, dieron al botón del segundo piso. La puerta se abrió, y don Quijote salió desesperado hasta una puerta en la que se encontró con la enfermera y los dos médicos tomando un café mientras veían las noticias en la televisión.

—¡Malandrines, soltad a mi dama en este preciso instante!
—gritó don Quijote.

—¿Pero a usted qué le pasa? —dijo uno de los médicos.

—¡Estoy perfectamente! Pero... ¿qué es esa pintura hechizada? —dijo refiriéndose a la televisión.

Los médicos se dieron cuenta de que era el loco que estaba encerrado temporalmente en observación en la habitación y le llevaron a una sala donde darle una sedación.

Don Quijote se hallaba tan ilusionado como desesperado. Le ilusionaba el encuentro con su amada Dulcinea. Pero el entendimiento no le daba para comprender por qué le mantenían preso.

Sancho estaba muy enfadado porque no dejaban a su señor en libertad. Entonces se le ocurrió la idea de distraer a los enfermeros y aprovechar la ocasión para ayudar a don Quijote a escapar de tal entuerto.

—¡Enfermeros, enfermeros! —gritó Sancho Panza haciendo muchos aspavientos—. ¡El paciente de la 6 se escapa!

Los enfermeros acudieron prestos a la habitación. Al descuido, Sancho entró en la habitación y le dijo a don Quijote:

«¡Mi señor, mi señor!, ¿se encuentra bien, vuesa merced? ¡Aprovechemos para escapar!».

Don Quijote le contestó: «Estoy bien. Gracias, mi fiel escudero».

Salieron por la puerta de emergencias a la calle sin ser vistos. Pero al llegar allí se dieron cuenta de que estaban perdidos y no reconocían el lugar.

—¿Qué vamos a hacer, amigo Sancho? —dijo don Quijote.

—Tranquilícese, mi señor, preguntaremos a aquel caballero —le respondió Sancho.

—Disculpe, vuesa merced. ¿Le importaría indicarnos un lugar donde saciar nuestra hambre y descansar nuestros maltrechos huesos? —preguntó Sancho.

—A la vuelta de la esquina hay un mesón donde se come muy bien y no es caro —contestó muy amablemente el hombre.

Pero, antes de que Sancho se diera cuenta, don Quijote estaba dirigiéndose hacia un semáforo atraído por los cambios de luz.

—Mi señor, ¿dónde vais? —inquirió Sancho.

—¿Qué conjuro es este? ¡Una serpiente que cambia de color! ¡A por ella! ¡No permitiré que sus ojos confundan a los carros! —dijo don Quijote.

Don Quijote la emprendió a espadazos contra el semáforo.

Una chica que pasaba por allí empezó a reírse al ver la escena.

—¿Cómo osáis reiros? ¡Pagaréis duro la afrenta! —le dijo don Quijote.

Pero Sancho llegó a tiempo para calmarle.

—Mi señor, llenemos la panza para que no se le nuble mas el entendimiento —díjole Sancho.

—Razón no os falta, mi escudero. Que son muchos los entuertos y mis huesos no me sujetan —respondió don Quijote.

Y acercándose al mesón comieron y pasaron la noche.

La siguiente mañana amaneció lloviendo. Cuando salieron a la calle se cruzaron con una señora.

Sancho, muy dispuesto, se acercó y le preguntó: «Disculpe, vuesa merced. ¿Le importaría decirnos qué es el ave que vemos en el cielo?».

—Es un avión. No es un ave —repuso sorprendida la señora.

—Extraña brujería lo mantiene suspendido en el aire —gritó don Quijote.

—Que no, que no... No es brujería, buen hombre —le dijo la señora—. Es la ciencia. Es una forma rápida de transporte. Ahora tengo que dejarles, me voy a llevar a los niños al colegio. En el Prat de Llobregat hay un aeropuerto, si quieren ver más aviones o viajar pueden ir allí.

Sancho y don Quijote se pusieron en camino... Entonces les paró un taxi y les preguntó adónde se dirigían y se ofreció a llevarlos.

Cuando llegaron, el ruido de los aviones era tan grande que don Quijote volvió a enloquecer. Con el juicio perdido arremetió contra las alas de un avión.

—¡Ese dragón devora a esa pobre gente! ¡No permitiré mi espada esta afrenta! —gritó don Quijote.

—¡No lo haga, mi señor, no ve que no es un dragón! Tenga cuidado, vuesa merced —imploró Sancho.

Nuevamente don Quijote quedó maltrecho y tendido en el suelo de la pista de aterrizaje.

Sancho lo levantó del suelo y se lo llevó.

Perdidos y maltrechos vio Sancho a un camionero.

—Buenas tardes, caballero, nos preguntábamos si podría vuesa merced llevarnos en la carroza —dijo Sancho.

—Los acercaré a una hacienda y allí podrán descansar y reponer fuerzas —repuso el camionero.

—¡No montaré en una carroza sin caballos! —se resistió don Quijote.

Pero entre los dos consiguieron subirle al camión.

Al llegar allí don Quijote se puso a investigar por la hacienda y encontró un establo, con muchos caballos.

182

Al fondo del establo había un botón que ponía «encender». Don Quijote sin pensarlo lo tocó y se abrió un portal. Al oír un ruido corrió hacia dentro y la luz se apagó de repente.

Entonces notó cómo alguien le empujaba y le decía: «Mi señor, se ha hecho tarde. Nos hemos dormido y el frío arrecia. Comamos algo del morral y continuemos el camino, que el sueño que hemos vivido ya ha sido suficiente aventura».

—Bien decís, amigo Sancho, que las aventuras sucedidas en Barcelona y los entuertos vividos han sido cosa del mismísimo diablo.

Y de este modo continuaron viaje don Quijote y su fiel escudero Sancho Panza en busca de más aventuras por otros lares.

Capítulo XV

El Quijote entra en Zaragoza

CEIP Beatriz Galindo
Zaragoza

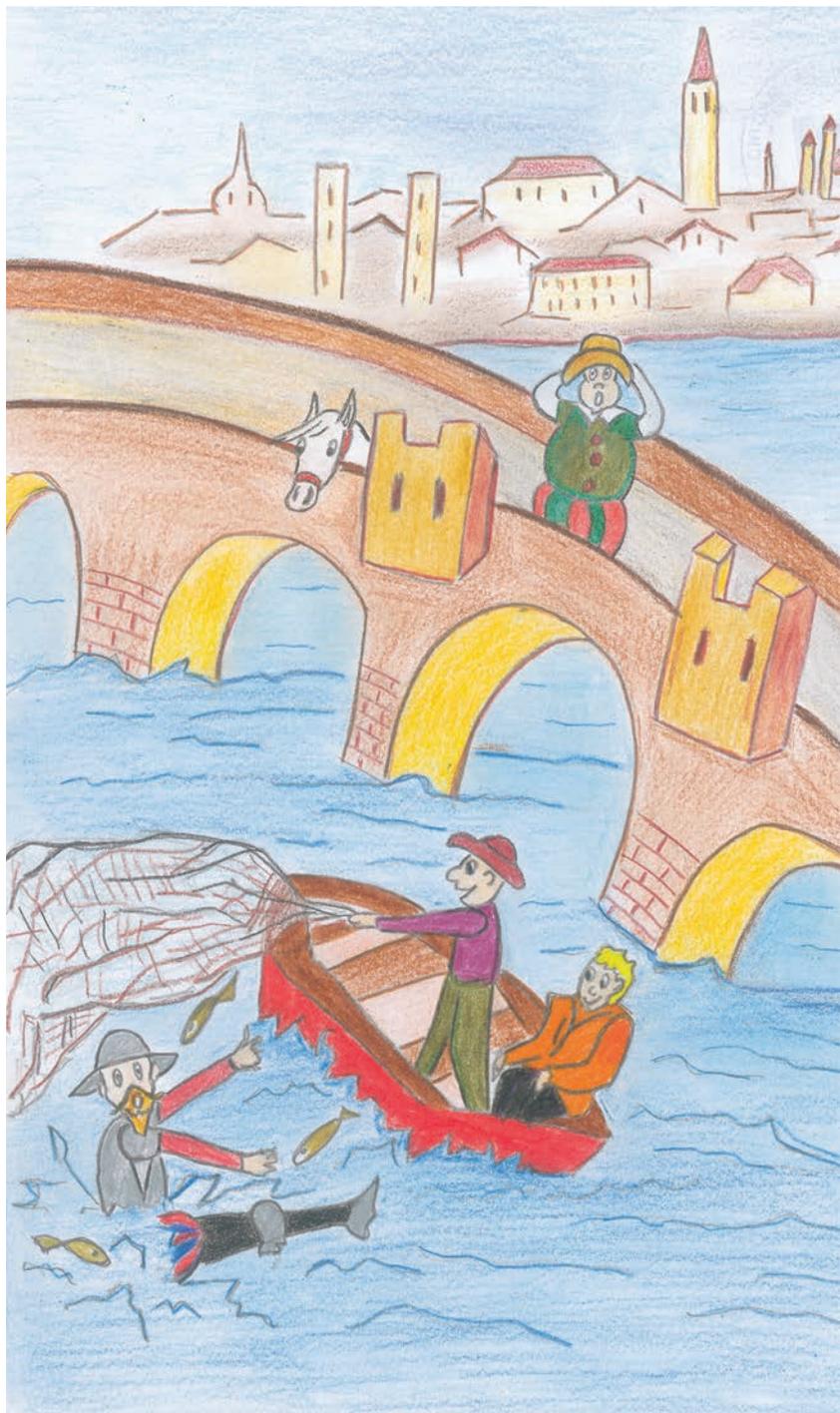
Tutor literario
David Lozano

Profesorado

M.^a Milagrosa Moyano Muñoz
José Luis de Perosanz Almajano
Juan José Sánchez Alcázar

Alumnado

Leslei Naomi Cotacachi Males
Nicole Duda
Natasha Alexandra García Martín
Andrea Daniela Glinta
Paula Gutiérrez Pardo
Leslye Viviana Ibáñez Gómez
Irene López López
Andra Mihaela Luca
Alicia Martín Jiménez
María Millán Gómez
Yuliya Mruts
Lucía Muñoz Alcázar
Hugo Orozco González
Alexia Rodrigo Montes
Aitana Valencia Díaz



Capítulo XV

El Quijote entra en Zaragoza

El sol brillaba alto en un día frío y ventoso en las cercanías de Zaragoza cuando por el camino aparecieron dos viajeros montados en cabalgaduras. Uno alto y delgado, vestido con armadura, yelmo y lanza sobre un desgarrado rocín, y otro bajito y rechoncho, tapado con una manta hasta las orejas y con una gruesa boina calada, a lomos de un fuerte asno.

187

La noche anterior, en la Venta del Cachirulo, de Alfajarín, se enteraron gracias a unos comerciantes de lana que, en pleno Carnaval de Zaragoza, iba a acontecer el enlace real entre la infanta Catalina, hija de su majestad Felipe II, y el duque de Saboya.

—¡Ánimo, Sancho, que ya nos falta poco para llegar a la ilustre villa de Zaragoza! —dijo don Quijote, el más alto, soportando el frío cierzo que soplaba ese día.

—Ya, ya, mi señor don Quijote. Tanto mi borrico Rucio como yo estamos helados. A ver si llegamos y metemos algo caliente en el estómago.

—Y ya sabes, Sancho amigo, que a esa ceremonia asistirán los personajes más importantes del reino, incluidos los reyes, los padres de la infanta. ¿Cómo voy a faltar? Siendo miembro de la ilustre Orden de la Caballería Andante tengo derecho a asistir a los enlaces sin que nadie me invite —contestó don Quijote colocándose bien sobre la silla de montar.

Sancho se arropó un poco más con su manta de viaje para protegerse del viento y, mirando al caballero con gesto de duda, le dijo:

—No sé, vuestra merced, ¿estáis seguro de lo que decís?

—¿Dudas acaso de mi palabra, ignorante escudero? —replicó el caballero indignado.

Anduvieron varias leguas sin dirigirse la palabra y así llegaron a la ribera del Ebro y enfilaron el paso por el puente de Piedra.

188

Había allí unas mujeres lavando ropa en el río y unos pescadores en sus diminutas barcas de madera echando las redes. Sin embargo, nuestro caballero andante confundió a las lavanderas con damas de la corte que estaban siendo atacadas por unos horribles monstruos que no eran sino las humildes barcas.

—Mira, Sancho, parece que esas bellas damas están en apuros —dijo don Quijote—. Escucha sus gritos de auxilio.

—¿Qué decís, mi señor? No son sino pobres mujeres lavando ropa y barcas de pescadores —aseguró Sancho.

Don Quijote no hizo caso de las advertencias de su escudero y, espoleando a su caballo Rocinante, se lanzó en rápido galope para salvar a las que él creía damas en apuros. Quiso la mala fortuna que su rocín, agotado por el largo viaje, tropezara con un adoquín que sobresalía del resto. Esto provocó que el caballero saltara por encima de las orejas del caballo cayendo con enorme estrépito al agua.

Las lavanderas, al ver esta situación, comenzaron a gritar y a reírse con fuertes carcajadas. El pobre Sancho, asustado, gritaba pidiendo auxilio y el pobre Rocinante relinchaba por el golpe recibido.

Don Quijote se salvó gracias a una oportuna red de una pequeña barca en la que se quedó enganchado al caer al agua.

—¡Menuda pesca has hecho, Melquiades! ¡Con armadura y todo! Ja, ja, ja —coreaban los pescadores ante el regocijo de las lavanderas.

Maltrecho y medio ahogado, lo echaron sobre un carro lleno de peces y lo introdujeron en la ciudad. Esa fue la famosísima entrada de don Quijote en Zaragoza.

La ciudad estaba adornada con banderas y pendones que cruzaban las calles de lado a lado. A la celebración del enlace se sumaba que eran los días de Carnaval y por las calles iban grupos de máscaras diciendo coplas y lanzando huevos rellenos de agua perfumada a las damas que se asomaban a las ventanas. El ambiente era de fiesta y los comerciantes ofrecían sus productos en los puestos situados a los lados de las calles principales y en las plazas de la ciudad.

Sancho Panza guiaba la carreta del pescadero por la calle del Sepulcro, bordeando la catedral de la Seo. Al atravesar la plaza, un grupo de músicos y acróbatas repararon en la presencia del maltrecho caballero, acostado sobre un lecho de peces y empapado hasta los huesos, y comenzaron a reírse de él y a recitarle la siguiente copla:

*Mirad qué pez ha pescado / Melquiades el pescador.
Con esa barba tan fina / más parece una sardina.
Lo encontró muy empapado / y con truchas en la mano.
Del río Ebro lo sacó / porque casi la palmó.*

Con este jaleo llegaron a la plaza de San Bruno, donde se hallaba la posada El Ternasco Jugoso, en la que tenían pensado alojarse.

A la mañana siguiente don Quijote, que había tomado una jarra de bálsamo de Fierabrás elaborado con su propia receta,

se encontraba restablecido de sus magulladuras. Junto con Sancho salió a pasear por la plaza y oyeron las sonoras campanas agitadas por un pregonero que anunciaba el siguiente pregón:

Se hace saber a todos los vecinos y visitantes de la ilustre ciudad de Zaragoza que a partir del mediodía de hoy, y con motivo del próximo enlace de la infanta doña Catalina Micaela, se celebrarán justas y torneos entre los principales caballeros que se hallen en la ciudad. Los duelos tendrán lugar en el palacio de la Aljafería.

190

—¿Has escuchado, mi buen Sancho? —exclamó don Quijote muy animado—. Mi deber es participar en esas justas para honrar a la sin par Dulcinea. Dirijámonos presto a ese lugar.

—Mire, vuestra merced, que después del costalazo de ayer no tendrá el cuerpo para justas o torneos. Y que ese palacio está muy lejos de aquí. Por no hablar de que hace un frío del demonio para andar por caminos.

—¡Ni frío ni calor podrán detenernos en esta emocionante aventura! Dulcinea debe saber que todo lo hago por su fama y honra.

Y dicho esto enfiló hacia los establos para recoger a Rocinante y emprender camino hacia el palacio de la Aljafería.

Como Sancho había sido gobernador de la ínsula de Barataria y conocía algo la ciudad de Zaragoza, supo guiar sin ningún problema a su señor hasta el palacio.

Al cabo de un buen rato divisaron las torres circulares del castillo y las almenas puntiagudas que las coronaban. El gentío se apiñaba a la entrada, pues todos querían contemplar las justas que iban a tener lugar. En la explanada que daba a la puerta principal se encontraban las tiendas de los principales

caballeros con sus estandartes y los escuderos se afanaban en brillantar las armaduras, las lanzas y las espadas de sus caballeros. El fuerte viento que soplabá hacía ondear los coloridos pendones largos y estrechos y se llevaba el humo de las hogueras donde los vendedores ambulantes asaban ternascos y cerdos para los visitantes.

Sancho Panza aspiró el aroma de la carne asada y dijo a su señor:

—¿No creéis, mi señor don Quijote, que para participar en estas aventuras es mejor tener la tripa llena? Que luego nunca se sabe cuándo se puede comer. Además, las puertas todavía no están abiertas y habrá que hacer tiempo para entrar.

191

Y echó a correr hacia uno de los puestos regresando poco después con una larga ristra de salchichas, una hogaza de pan y una jarra de vino. Así se sentaron y comenzaron a almorzar con buen apetito arrimados a la muralla para abrigarse del fuerte viento que soplabá.

—Tienes razón, mi buen Sancho —decía don Quijote—, que las ricas viandas que comemos me darán fuerza para que todos conozcan la inigualable fuerza de mi brazo. ¡Y que estas salchichas están buenas, pardiez!

Y así dieron buena cuenta de las salchichas y del vino y se quedaron amodorrados un buen rato hasta que los gritos de los espectadores que contemplaban las justas los despertaron sobresaltados.

—Mi señor don Quijote, creo que nos hemos quedado dormido un rato y la competición ya ha comenzado. Si queréis participar será mejor que nos acerquemos a la puerta para entrar.

Y dicho esto se acercaron a la puerta que estaba custodiada por un guardia que los miraba sin interés alguno. Don Quijote montaba a Rocinante y vestía su armadura abollada. En la

cabeza llevaba la bacía de barbero a modo de yelmo y en su brazo derecho su lanza larga y amenazante. Viendo el guardia que nuestro caballero quería acceder montado al recinto y con armas de combate, le dijo:

—¿Dónde creéis que vais así vestido y a caballo? Si queréis ver las justas, debéis dejar el caballo y las armas fuera.

—¿Es que no reconocéis al famoso Caballero de la Triste Figura? —exclamó indignado don Quijote—. Apartad si no queréis que os ensarte con mi lanza. Unas justas como estas no pueden celebrarse sin mi participación. Los caballeros andantes tenemos libre acceso a estos acontecimientos.

192

—¿Qué caballeros andantes ni qué tonterías de tristes figuras decís? —contestó enfadado el guardia—. Largaos o tendré que daros un buen mandoble.

Ya Sancho se temía lo peor e iba a intervenir cuando vio que don Quijote alzaba la lanza y la dejaba caer con todas sus fuerzas sobre el casco del guardia, el cual, cuando recibió el impacto, quedó con los ojos en blanco y cayó despatarrado al suelo.

—¡Ay, mi madre! ¡Ay, mi madre! —lloraba Sancho—. Que ya estamos metidos en otro lío.

Don Quijote, sin escucharle, entró muy dignamente en el recinto y se dirigió hacia la explanada de las justas. Cuando llegó se estaba celebrando la llamada competición del anillo, que consistía en ensartar con la lanza un anillo suspendido en una cuerda a medio camino entre dos contendientes. Ni corto ni perezoso enfiló don Quijote hacia la salida y quedó enfrenado con un caballero que vestía armadura dorada con unas vistosas plumas azules que coronaban su yelmo. A la orden del juez, el caballero dorado salió disparado hacia el anillo, mientras el pobre Rocinante bastante tenía con amagar un suave trotecillo que provocó las risas y burlas de los espectadores:

—¡Mirad, si parece un esqueleto! ¡Si hasta le suenan los huesos! ¡Vaya jamelgo! —gritaban desde las gradas llenas de gente.

Como era de esperar, el caballero dorado ensartó limpiamente el anillo cuando don Quijote no había llegado ni siquiera a mitad del recorrido. Con el anillo en la lanza se dirigió a nuestro caballero diciéndole:

—Seguidme hasta mi tienda porque tengo un encargo para vos.

Y así lo hizo don Quijote. Siguió al caballero dorado hacia la salida, donde vio al guardia todavía en el suelo atontado por el golpe recibido. Sancho aprovechó para colocarle bien el casco y siguió corriendo tras los pasos de los dos caballeros. Llegaron frente a una lujosa tienda con un pendón real en la puerta y allí tomaron asiento. El caballero dorado habló a don Quijote:

—Como ya sabéis, al haber sido derrotado en justa lid, debéis obedecer el encargo que os haga.

—Así lo haré —contestó don Quijote—, y daré cuenta de este servicio a mi amada Dulcinea, por la que emprendo todas mis aventuras.

—Pues, veréis —continuó el caballero dorado—, en realidad yo guardo un gran secreto.

Entonces se quitó el yelmo y dejó al descubierto un largo cabello rubio.

—Pero ¡sois una dama! —exclamaron Sancho y don Quijote a la vez.

—Sí, soy Ana Isabel Alonso, dama de compañía de la infanta Catalina Micaela, que, como sabéis, se va a desposar dentro de unos días con el duque de Saboya. Mi padre siempre consideró que yo debía conocer el arte de montar a caballo y manejar

las armas, por eso he podido derrotaros en la justa, pero ahora necesito de vuestra ayuda.

Don Quijote y Sancho la miraban con cara de bobos. Tenían las bocas abiertas aún del asombro y no acertaron a contestar, de modo que Ana Isabel continuó con su explicación.

—Catalina y yo somos muy amigas desde pequeñas. Mi padre siempre ha acompañado al rey en la corte y nosotras hemos compartido muchos juegos. Hace dos días sucedió algo terrible. Estaba yo en mis aposentos cuando apareció chillando Chispa, el mono de Catalina, del que no se separaba desde que se lo regalaron hace un año. Estaba muy nervioso y excitado y llevaba en la mano un trozo de tela azul. Cuando pude quitárselo reconocí que ese trozo era del vestido que la infanta llevaba puesto ese día, así que me asusté. —En ese momento del relato los ojos de Ana Isabel se llenaron de lágrimas y continuó su historia entre sollozos—. Así que fui a su habitación y encontré signos de lucha y una ventana rota de la que todavía colgaba una escala.

194

—¡Qué barbaridad! —exclamó Sancho—. ¿Es que esa muchacha no sabía salir por la puerta?

—No has entendido nada —intervino don Quijote—. Creo que lo que Ana está intentando decirnos es que a la infanta alguien la ha secuestrado, ¿no es así?

—Efectivamente —continuó llorosa Ana Isabel—. Sospecho que quieren impedir la boda con el duque de Saboya causando un grave disgusto a la familia real. La boda se celebrará en pocos días y es necesario encontrarla antes de que los reyes lleguen a Zaragoza para evitar la tremenda confusión que provocaría este suceso.

—¡Maldito sea el villano que así obra! —exclamó con furia don Quijote—. ¿Sospecháis de alguien, mi bella dama?

—¡Claro que sospecho! ¡Me parece evidente! Veréis —se explicó Ana Isabel—. El rey de Francia, Enrique III, no tiene hijos, y al parecer no los tendrá, y quería que su primo Enrique de Navarra se casara con Catalina Micaela, la hija pequeña de nuestro rey Felipe II. Las negociaciones no fueron bien y ahora me temo que quieren impedir la boda con el duque de Saboya raptando a la infanta. Yo no sabía a quién acudir porque no quiero que se arme un escándalo con este asunto, así que me colé en las justas buscando un caballero que me ayudara discretamente y... aparecisteis vos.

—¡Pues voto al cielo que esos malandrines no han de quedar impunes! —gritaba exaltado don Quijote.

—Hablad más bajo, caballero —interrumpió Ana Isabel—, pues nadie debe enterarse de este suceso.

Sancho mientras se rascaba la cabeza metiendo los dedos bajo su viejo sombrero.

—¿Y decís que la infanta tiene un mono? —preguntó el escudero a Ana Isabel.

—Sí, se llama Chispa —contestó la dama—, y eran inseparables. Siempre buscaba a mi señora para que le diera trozos de fruta confitada en azúcar. Era su golosina preferida. Desde que ha desaparecido no hace más que intentar escaparse de sus aposentos.

—Sancho —dijo don Quijote—, deja que los caballeros nos ocupemos de estos asuntos porque tú no estás preparado para resolverlo.

—Mi señor don Quijote —dijo la muchacha—, oigamos lo que vuestro escudero tiene que decirnos que a veces la gente llana sabe ver lo que a los caballeros se les esconde.

Calló don Quijote y lanzó una severa mirada a Sancho invitándole a hablar.

—Pues veréis —comenzó el escudero—. Tal vez podamos utilizar a Chispa para llegar hasta la infanta. Le dejamos toda la tarde y toda la noche sin comer y seguro que nos lleva hasta ella. Seguro que la busca para recibir sus golosinas.

—¿Y cómo vamos a seguirlo? —exclamó desesperada la dama—. Es mucho más ágil y rápido que nosotros, no podremos alcanzarlo.

—Vos por eso no os preocupéis —reía Sancho—. Le atamos un cordel largo a su collar y lo vamos siguiendo sin problema. Pero hemos de asegurarnos de que tiene hambre; si no, no buscará a su ama.

—Por eso no os preocupéis —contestó Ana Isabel—. El pobrecillo está tan triste que lleva sin probar bocado desde que la infanta desapareció. No acepta comida de nadie más.

—Pues andando —ordenó don Quijote—, que parece que antes de que acabe el día daremos por concluido el rapto de nuestra infanta y pondremos a buen recaudo a esos malandrines.

Y así lo hicieron. Don Quijote y Ana Isabel montados en sus caballos y Sancho en Rucio fueron cabalgando desde el castillo de la Aljafería hasta el palacio de los Condes de Morata, donde se alojaba la infanta con su séquito. Tras un buen rato de cabalgar soportando el frío cierzo que soplabá, avistaron la portada con las estatuas de los gigantes Hércules y Teseo y pasaron al interior.

Allí encontraron a Chispa muy decaído y tendido sobre unos almohadones.

Buscaron un ovillo de gruesa lana y se lo ataron al collar de cuero que la infanta le había puesto. Ana Isabel le mostró un vestido de la infanta y le pidió que buscara a Catalina Micaela.

Los ojillos del mono parecieron brillar como entendiendo lo que se le pedía y salió disparado por la puerta que habían dejado abierta.

Menos mal que Sancho estaba preparado y sujetó con fuerza el ovillo de lana y lo fue dejando desenrollar. Llegaron al patio y montaron en sus cabalgaduras para seguir al mono, que olisqueaba nervioso en medio de la calle. Al fin pareció orientarse y se lanzó a toda velocidad hacia la plaza de la Seo, y allí giró hacia el puente de Piedra que tan bien conocían don Quijote y Sancho por su aventura a la entrada de Zaragoza.

197

Al cruzar el puente el mono siguió corriendo otro buen trecho hasta llegar a un montecillo en el que se veía la entrada oscura de una cueva. Como ya comenzaba a anochecer se veía brillar dentro la luz de una hoguera.

Chispa quería dirigirse hacia allí, pero Sancho se lo impidió recogiendo el hilo que tenía atado al cuello.

—Miren, vuestras mercedes —susurró Sancho—, yo creo que los ladrones tienen a la infanta en esa cueva esperando a que lleguen refuerzos para llevársela. Debemos actuar cuanto antes.

—Yo iré a buscar a los alguaciles para informar de que se requiere su presencia aquí con la mayor discreción mientras don Quijote libera a la infanta —dijo Ana Isabel—. Necesitaremos a alguien que se haga cargo de los secuestradores.

—No os preocupéis y marchad tranquila que la sin par Dulcinea guiará mi brazo para acabar con estos maleantes —afirmó don Quijote con seguridad—. Id presto, que hay que resolverlo antes de que caiga la noche.

Y así hicieron. Ana Isabel cabalgó rápidamente para buscar a la justicia, mientras que Sancho y don Quijote planeaban sus siguientes pasos.

—Es menester —comenzó Sancho— que busque un buen garrote para dar cuenta de alguno de esos bribones. Vos podéis usar la lanza como habéis hecho con el guardia del castillo, pero necesitamos algo que les haga salir. Esperad un momento, que quiero comprobar cuántos son.

Dicho esto, dejó a don Quijote, a las caballerías y al mono, que cada vez estaba más nervioso porque percibía la proximidad de su dueña. Agarró una gruesa rama de la base de un gran roble y se acercó sigilosamente al amparo de la cada vez más creciente oscuridad

198

Como hacía ya bastante frío, Sancho estaba seguro de que los secuestradores se hallaban dentro al abrigo del fuego y por ello pudo asomarse y comprobar que había dos hombres y una mujer amordazada.

Regresó silenciosamente hasta donde estaba don Quijote con las cabalgaduras y el mono y le contó su plan.

—Mire, vuestra merced, que en estos asuntos de villanos debéis confiar en mi criterio. Lo mejor es que atemos al mono con una cuerda que le permita llegar hasta la puerta de la cueva y seguro que esos malandrines salen a ver quién arma alboroto. Cuando se asomen les aplicamos el mismo tratamiento que al guardia del castillo, y los dejamos durmiendo hasta que llegue Ana Isabel con los alguaciles.

Y así lo hicieron. Ataron a Chispa con una cuerda corta y ellos se colocaron a ambos lados de la entrada de la cueva. Cuando soltaron el cordel, Chispa corrió como una centella hasta la entrada de la cueva y comenzó a chillar para llamar la atención de su ama.

Cuando los dos secuestradores se asomaron a ver qué pasaba, recibieron un buen estacazo en la cabeza cada uno, dejándolos turulatos y despatarrados en el suelo. Entonces don

Quijote entró en la cueva y liberó a la infanta de sus ataduras. Esta los miraba asombrada sin saber qué pensar.

—A vuestro servicio, alteza —decía don Quijote—. Vuestra dama de compañía, Ana Isabel, está a punto de llegar con los alguaciles para encerrar a estos bellacos. Todo se ha llevado a cabo con mucha discreción y nadie está enterado de nada. Vuestra boda podrá celebrarse sin que vuestro real padre se vea disgustado.

La infanta abrazó muy alegre a don Quijote y a Sancho Panza y fue corriendo a liberar a Chispa, que seguía chillando y brincando.

En esos momentos llegaron los alguaciles con Ana Isabel. Los secuestradores fueron llevados al calabozo, donde pasarían algunos años de su vida, y las dos amigas se abrazaron saltando y riendo.

—Pues habrá que pensar en cenar —exclamó Sancho—. Con tanta agitación me ha entrado un hambre...

Al día siguiente don Quijote y Sancho Panza fueron conducidos hasta el edificio de la Lonja, donde se hallaba el lugarteniente general de Aragón, que era el padre de Ana Isabel, junto con el arzobispo de Zaragoza. Entraron en una hermosa habitación de altas columnas y techos llenos de bóvedas con estrellas y se acercaron hasta el estrado, donde les esperaban las autoridades. Entonces don Alonso, el lugarteniente aragonés, dijo con gran solemnidad:

—Muy ilustre señor don Quijote, escudero Sancho Panza, acercaos para que podamos agradecer el secreto trabajo que habéis llevado a cabo. Esta es una aventura que, cuando se sepa, enriquecerá la ya mucha fama que tenéis en todas las tierras de España. Solo de vuestras muchas luces podría esperarse una solución tan rápida y acertada a este caso. Por ello

recibid estos collares de oro, que os distinguirán como hijos predilectos de Aragón, y este cachirulo, que reconocerá el servicio que a este reino habéis prestado.

Entonces comenzó a sonar un himno maravillosamente entonado por los infantes del célebre coro del colegio Beatriz Galindo, de la muy famosa ciudad de Alcalá de Henares, que hasta allí se habían desplazado para cantar en la boda de la infanta real.

200 Y así acabó la más famosa de las aventuras que don Quijote y Sancho tuvieron en Zaragoza.

Capítulo XVI

De lo que les sucedió a
don Quijote y Sancho en la
ciudad del Cid Campeador

CC San Francisco de Asís
Burgos

Tutora literaria
María Menéndez Ponte

Profesorado

M.^a Lourdes Martín Merino

Alumnado

Rosa María Alcázar Castillo
Lucía Gabriela Alfaro Palomino
Helena Benito Campos
Juliano Beveni Kalumbo
Álvaro Bustabad Hernán
Lucía Cercadillo Sánchez
Lucía Yanlan Expósito Calvo
Daniel García Navarro
M.^a Victoria Gordillo Valentim
Diego Hernández Gámez
Sergio Herráez Narváez
Andrada María Hojú
Jorge Magro Jadraque
Hermenegildo Molo Akapo
Alba Olmeda Jurdado
Javier Rodríguez Borrego
Adrián Sánchez Sánchez
Bryan Alexander Shuguli Laguna
Sergio Soletto Barrientos
Esther Qiong Ci Torres Garza
Saray Utrera Montejano
Diego Valenzuela Sotodosos
Denis Varvoreanu



Capítulo XVI

De lo que les sucedió a don Quijote y Sancho en la ciudad del Cid Campeador

205

Caminaban don Quijote y Sancho por la meseta castellana y al fondo se divisaban unas altas torres que parecían querer tocar el cielo y, a lo lejos, en lo alto se veía un majestuoso castillo.

—Mira, Sancho, hacia allí. ¿Qué crees que son aquellas crestas que se ven en lontananza?

—Parecen las almenas de una muralla. Digo yo, mi señor, que encerrarán algún castillo.

—¿Un castillo dices, Sancho?

—Sí, señor. Estamos en Castilla, tierra de castillos, y nos acercamos a la ciudad de Burgos.

—Burgos, Burgos... Pues ¿no son las tierras de ese héroe que llamaban el Cid Campeador?

—Así es, señor. Hace ya unos cuantos siglos que en estas tierras nació el gran caudillo castellano.

—Pues tengo gran interés en conocerlas, Sancho. Pongamos rumbo a Burgos.

Y hacia allí se dirigieron los dos en sus respectivas monturas. Iban al paso, despacio, recorriendo poco a poco el camino que los iba acercando a Burgos y uniéndose a grupos de caminantes que también se dirigían a la ciudad.

Entre estos grupos se encontraban unos cuantos peregrinos que llamaron la atención de don Quijote.

—Mira, Sancho, cómo van vestidos estos caminantes: capa, sombrero, zurrón y bordón con calabaza.

—Son peregrinos, señor, y se dirigen a Compostela a venerar al santo, pues Burgos es parada del Camino de Santiago.

—¿Del Camino de Santiago, dices? Pues en cuanto veamos Burgos y conozcamos las tierras del Cid sería bueno que pusiéramos rumbo a Santiago para así nosotros también honrar al apóstol.

206

—Todo se andará, señor. Por ahora tendremos que preocuparnos de buscar alojamiento, pues con tantos peregrinos y entrando ya la tarde que está... ¡No tengamos que pasar la noche al raso!

Entraron don Quijote y Sancho, cruzando el río Arlanzón por el puente de Santa María, y por la puerta del mismo nombre llegaron a la plaza del Rey San Fernando donde se yergue la catedral y, girando a la derecha por la calle de la Paloma, se internaron en la ciudad de Burgos a buscar alojamiento.

Bullía la ciudad de Burgos de peregrinos que se dirigían a Santiago y les costaba a don Quijote y Sancho encontrar donde pasar la noche. Por fin en un pequeño tugurio les dieron alojamiento y pudieron también dejar en la cuadra sus cabalgaduras.

Una vez arreglado el alojamiento se lanzaron de nuevo a la calle en busca de un lugar donde poder cenar algo, pues después de todo el día cabalgando ya era hora de llenar sus estómagos. Se dirigieron hacia la plaza Mayor, que tenía muchos establecimientos de comidas y muchos peregrinos y lugareños estaban rondando por allí buscando también un sitio donde cenar.

—Mira, Sancho, allí se dirigen todos, algo bueno habrá pues. Hacia allá vamos.

—Sí, mi señor, será difícil pues somos muchos, pero nos haremos un hueco.

Y así lo hicieron. Entre un grupo de peregrinos se colocaron en una larga mesa con una jarra de vino entre medias y un plato de carne, y entablaron conversación con ellos.

—¿Qué os trae por estas tierras, caballero? Vos no parecéis peregrino —le preguntó uno de ellos a don Quijote.

—Decís bien, no soy peregrino sino caballero andante en busca de aventuras y quiero visitar estas tierras que me dicen que son las de otro gran caballero, el Cid Campeador.

—Pues sí, muy cerca de aquí, en un pueblecillo que llaman Vivar nació este caballero.

—¿No sabíais que aquí en Burgos tiene una estatua? —le dijo otro de los peregrinos de la mesa.

—Pues no, no sabía tal cosa. Pero a fe mía, Sancho, que mañana en cuanto salga el sol iremos a ver esa colosal estatua.

Terminaron de cenar en silencio; don Quijote, muy pensativo, apenas habló con Sancho mientras se dirigían a la posada para pasar la noche. Una vez que llegaron allí le dijo don Quijote a Sancho:

—Sancho, mañana en cuanto nos levantemos irás a preguntar dónde se encuentra la estatua del Cid para que, nada más desayunar, nos dirijamos a verla.

—Así lo haré, señor. En cuanto salga en sol saldré en su busca.

Y sin más se dirigió cada uno a su camastro para pasar la noche.

A la mañana siguiente se levantó Sancho en cuanto vio asomar la primera luz y tras preguntar al tabernero se internó por la ciudad para buscar la estatua del Cid. Una vez localizada, volvió a la posada a tomar el desayuno y a buscar a don Quijote. Cuando llegó, este ya le estaba esperando ansioso por salir.

—Vamos, Sancho, ¿ya sabes dónde se encuentra la estatua?

—Sí, señor, pero esperad a que tome el desayuno pues desde que me levanté no he comido nada.

—Déjalo para después, Sancho, tenemos prisa.

—Pues no será tanta la prisa que la estatua no va a cambiar de sitio y yo no puedo guiaros bien si no he llenado la barriga después de pasar la noche.

—¡Vamos, vamos! Ya comerás después. Tengo que ver cómo es la estatua, pues estoy pensando que igual a mí me podrían hacer una en el pueblo, ya que soy caballero igual que el Cid.

208

—Bueno, salgamos a ver la dichosa estatua, pero no piense que le van a hacer a vuestra merced una igual en el pueblo. Esta del Cid es magnífica, hecha en piedra y sobre un pedestal en actitud de lucha con su espada, que llamaban Tizona, en ristre.

—Pues si quiere pelea, que no dude que este caballero se la dará.

Y así diciendo subió a su caballo, enarboló la lanza y se lanzó al galope por las calles de Burgos. Sancho iba detrás de él dándole grandes gritos y guiándole por las calles hacia la plaza donde se encontraba la estatua. Cuando llegó allí y la vio, se paró en seco, se echó un poco hacia atrás para tomar impulso y sin pensárselo dos veces cabalgó rápidamente hacia la estatua para luchar contra ella.

El estruendo que se oyó al chocar la lanza de don Quijote contra la estatua del Cid fue tremendo. La piedra no sufrió ningún daño, pero la cabeza de don Quijote sí. El golpazo fue tan grande que el casco de la armadura no fue suficiente para que la piedra le golpease fuertemente en la cabeza y le tirase del caballo. Sancho llegó con la lengua fuera a socorrerle y se encontró a su señor en el suelo y sangrando por una herida en la cabeza. Se oían también carreras de gente que se acercaba a

ver qué había ocurrido, y Sancho, temeroso de que les pudieran acusar de algo, se apresuraba a levantar a don Quijote para llevárselo de allí.

—¡Déjame, Sancho, déjame, que no va a poder conmigo este caballero! ¡Si quiere pelea, a fe mía que la tendrá!

—¡Levantaos, señor! ¡Con tanto estruendo seguro que los aguaciles vienen a detenernos por haber causado daños a la estatua!

—¿A detenernos, dices? Pues no he hecho otra cosa que retar a este caballero, y él no ha querido bajar a luchar conmigo y, erguido en su estatua, me ha dejado para el arrastre con el golpe que me dado con la piedra

—¡Vamos, vamos, señor! ¡Ya oigo a los caballos de los aguaciles y en un momento estarán aquí para detenernos!

—¡Te hago caso, Sancho, porque no quiero que me detengan, y en cuanto me recupere de este golpe volveré para pedir cuentas de nuevo a este caballero, pues don Quijote no se retirará de una batalla!

Dicho esto cogieron las riendas del caballo de don Quijote y corrieron por las calles de Burgos buscando la posada donde habían pasado la noche.

Extraviados por las callejuelas, buscando las más estrechas para buscar refugio y no ser atrapados, desembocaron en la plaza de Santa María, en la fachada principal de la catedral.

—¡Vamos, señor, refugiémonos aquí que seguro que en este lugar no se les ocurre buscarnos!

—Decís bien, Sancho. Deja allí en aquel saliente a Rocinante y vamos hacia dentro.

Cuando entraron en la catedral estaban dando las doce y, en ese momento, el Papamoscas comenzó a accionar el badajo de la campana y a resonar por toda la nave el sonido de las

horas. Don Quijote se quedó pasmado mirando hacia arriba el ingenio que iba dando las campanadas.

—¡Sancho, Sancho! ¡Nos ataca desde lo alto ese malandrín! ¡Mira, viene a lanzarse hacia nosotros!

—No, señor, es un artilugio mecánico que lo único que hace es dar las campanadas de la hora.

—¡Que no, Sancho, que no! ¿No ves que tiene medio cuerpo fuera y ya está preparado para lanzarse sobre nosotros?

210 —Ya os digo que no, señor. Busquemos un sitio donde escondernos no vaya a ser que al final los aguaciles nos encuentren aquí y nos pidan cuentas por los destrozos de la estatua.

Era tal el escándalo que estaba armando don Quijote queriendo lanzarse de nuevo a luchar contra el Papamoscas, que los monjes de la catedral salieron asustados a ver qué ocurría. Allí estaba don Quijote, con la lanza en alto intentando alcanzarlo. Sancho, al ver llegar a los monjes, se asustó mucho y comenzó a tirar de don Quijote para sacarle de allí.

Al final, tras muchos esfuerzos logró que su señor saliera de la catedral y los monjes se quedaron más tranquilos al ver que Sancho le sacaba de allí.

—Vamos a aprovechar el momento, señor. Parece que ahora está todo tranquilo y hasta aquí no han llegado nuestros perseguidores.

—Decís bien, Sancho. Aprovechemos el momento y salgamos de estas tierras, pues ya veo que no hay en ellas espacio para dos caballeros de talla tan grande como somos el Cid y yo, así que habré de conformarme con ser de La Mancha, que es mi lugar de origen como lo es Burgos del Cid.

Y recogiendo a Rocinante se dirigieron a la posada a por el Rucio de Sancho Panza y, cruzando el Arlanzón por el puente de San Pablo, salieron de la ciudad de Burgos.

Capítulo XVII

Donde se cuenta lo que le
sucedió a don Quijote yendo a
Bilbao a buscar la flor de
cristal y lo que allí aconteció,
digno de ser relatado

CEIP Antonio de Nebrija
Bilbao

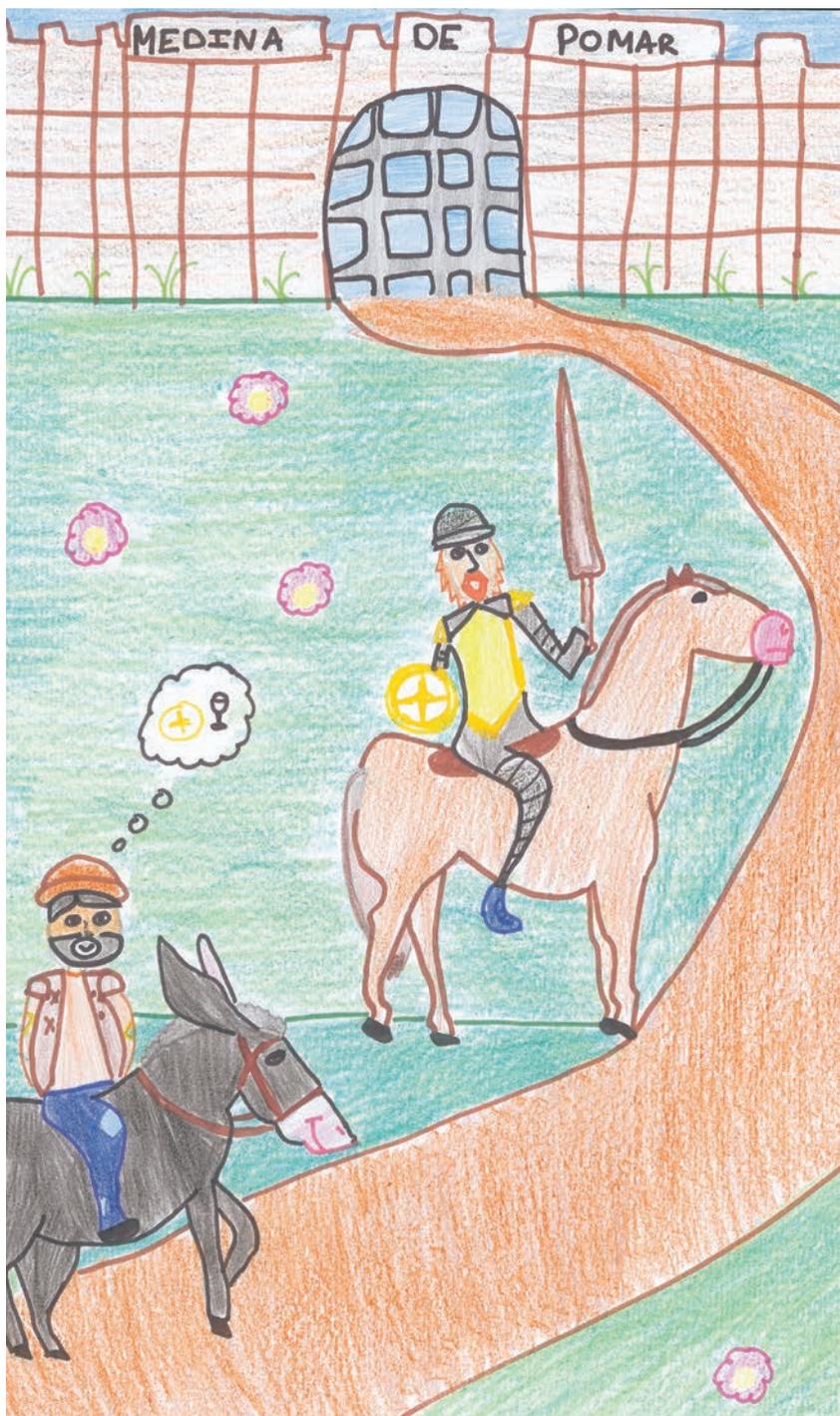
Tutora literaria
Mónica Rodríguez

Profesorado

M.^a Luisa Alonso Holguín
Demetria Reyes Santos

Alumnado

M.^a Anastasia Adam
David Ballano López
Rubén Barrios García
Mohamed Ali Bouchakourt
Stefan Constantin Craciun
Marco Díaz Redondo
María Escriche Hernando
Mirel Ionut Francu
Guillermo García Herranz
Irene García-Abad Bermejo
Isaac Hervías Pérez
Sara Jordán Rodríguez
Irene Laguna Villarejo
David López López
Imanol Losada Lourido
Osarumen Mathew Ojo
David Nicolás Mitrica
Felicia María Nelea
Aarón Orozco Arribas
Silvia Parras Pereira
Paula Pastor Valero
Tania Pérez Fuentes
Jorge Andrés Pinargote Gamboa
Manuel Pitarch García
Jorge Planelló Vicente
Óscar Ramos Martín
Álvaro Andrés Ruiz Tique
Laura Sánchez Lavín
Daniel Sánchez Ortega
Sonia Sanchís Cagigal
Sonia Singh Aranda
Ioan David Stanjinel
Adrián Suárez Collantes
Carlos Torresano García
Lydia Vaquerizo Pérez
Freddy Michell Valladares Curillo



Capítulo XVII

Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote yendo a Bilbao a buscar la flor de cristal y lo que allí aconteció, digno de ser relatado

Tras dejar atrás Burgos y lo allí acontecido, don Quijote y Sancho se encaminaron al norte. Al acercarse a Medina de Pomar vieron sus altas y formidables murallas y don Quijote decidió que debía rendir pleitesía al muy honorable condestable de Castilla.

215

Entraron en la ciudad por la puerta de Oriente, también llamada de la Cadena, y se dirigieron a una posada para cenar y pasar la noche. Allí les sirvieron una torta de pan y una jarra de vino y, mientras daban cuenta de la cena, oyeron a unos viajeros sentados en una mesa cercana a la suya hablar de Bilbao, de la que decían que era villa antigua. Les prestaron más atención cuando empezaron a hablar de las maravillas que obraba la flor de cristal, pues se decía que quien la tuviera estaba libre de todo mal.

Sancho se dirigió a don Quijote:

—Mi señor, mire lo que dicen esas gentes de la flor de cristal. Yo no tengo buen recuerdo del bálsamo de Fierabrás, que me dejó las tripas revueltas y el cuerpo angustiado, pero, como seguimos de aventura en desventura y tenemos más cardenales que en la corte del papa de Roma, estaría bien que tuviéramos un remedio para aliviarlo de los golpes y las zurras.

—¿Cómo puedes decir que pones tu fe en una flor desconocida y no confías en el bálsamo de Fierabrás?

—Mi amo, no es cuestión de fe, es que gato escaldado del agua fría huye, y como a perro flaco todo son pulgas... Voy a enterarme de dónde encontrar esa flor.

Sancho cogió la jarra y el vaso y se fue a la mesa de los viajeros, dispuesto a compartir su vino para averiguar más detalles de la flor de cristal y de dónde hallarla. Entre vaso va y jarra viene, le dijeron que la flor estaba en poder del corsario Tolomeo de las Rosas, que solía frecuentar el puerto de Bilbao. También le dijeron que al corsario le gustaban mucho el oro y la plata.

216

Esa noche, don Quijote soñó con que volvía a su tierra y le ofrecía la flor de cristal a la hermosa Dulcinea en señal de su amor por ella. Como Sancho había dado buena cuenta de su jarra de vino y había catado también de la de los viajeros, la cama le daba tamañas vueltas que, en una de ellas, creyó ver al misterioso corsario llevando la flor en la mano izquierda y su espada en la derecha, reclamándole los tesoros de la ínsula donde había sido gobernador. Sus voces resonaron por toda la posada, despertando a don Quijote y al posadero, que entró alarmado por el escándalo.

Los zarandeos que le dieron para despertarlo le terminaron de revolver las tripas y soltó por su boca lo que había cenado, comido e incluso lo que había desayunado en su infancia, poniendo al posadero perdido. Esto le terminó de enfurecer y les dijo que debían abandonar su posada en los albores del día y salir de la ciudad sin perder más tiempo.

Al amanecer se pusieron de nuevo en camino, don Quijote decidió dejar la visita al condestable para otra ocasión en la que acudir con un escudero de presencia más digna que la que llevaba Sancho aquella mañana.

Iban cabalgando, cada uno sumido en sus propios pensamientos, puesto que Sancho seguía con el estómago maltrecho por la agitada noche, cuando vieron a lo lejos una negra nube que más parecía boca de lobo y que se les acercaba cual veloz corcel. Al poco empezó a descargar semejante chaparrada que caláronse las ropas y hasta los huesos. Las gotas de lluvia rebotaban en el yelmo de don Quijote y su repiqueteo retumbaba en la cabeza de Sancho, que se sentía como un santo al que estuvieran martirizando tirándole piedras a la cabeza.

Apenas podían ver el camino cuando oyeron unas voces que parecían llamarlos. Se dirigieron hacia ellas y llegaron a la entrada de una cueva en la que estaba un hombre de edad indefinida, barbudo y con un hábito raído.

—Acercaos, que os daré comida y refugio —dijo el ermitaño.

—¿Qué hacéis vos aquí, en un lugar como este? —preguntó don Quijote.

—Llevo viviendo en esta cueva casi veinte años. Era tripulante de un barco que transportaba a Flandes la lana de Castilla, y en uno de los viajes nos atacó un corsario inglés que nos robó toda la carga y echó a pique nuestra nao. Me hicieron preso, pero conseguí escapar y, aunque pasé muchas penalidades, llegué hasta aquí para refugiarme y pasar el resto de mis días dando gracias por haber salvado la vida.

—¿Cómo se llamaba el tal corsario que os atacó? —preguntó Sancho.

—Era el temible Tolomeo de las Rosas, famoso por su fiereza y su avaricia. Las gentes que pasan por aquí procedentes de la costa cuentan historias sobre él y sus andanzas y correrías.

—Pues si es gente de esa calaña tendré que hacerle entrar en razón para que deje de asaltar y robar y dedique los días que le quedan de vida a ayudar a los desvalidos.

—Veo, mi señor, que no estáis escarmentado y que vamos a ir a buscar lana y podemos salir trasquilados. Esperemos que, por lo menos, podamos conseguir la flor de cristal.

El ermitaño les indicó un atajo para evitar un bosque frecuentado por bandidos y poder llegar a Bilbao lo antes posible, así que se pusieron en camino.

218

Según se aproximaban a la ciudad, vieron que había buenos pastos y cultivos y un puente para pasar el río. Cuando llegaron a las primeras casas, encontraron que estaban levantando varias que habían sido presas del fuego en el gran incendio de unos años atrás. También vieron edificios deteriorados y con marcas de humedad hasta bien alto de las paredes.

—Amigo Sancho, parece que esta villa ha sufrido varias desgracias y ha tenido épocas adversas. Ojalá su fortuna haya cambiado y nos encontremos prosperidad. Tengo oído que su puerto es muy importante para los negocios.

—Mi señor, esperemos que así sea, porque no hay mal que cien años dure, aunque siempre es la capa del pobre la que se pierde.

Hicieron algunas indagaciones por el puerto, donde el trasego de gentes y mercancías dejó asombrado a Sancho, que miraba con ojos muy abiertos y no entendía aquel galimatías de lenguas. Les indicaron una casona cercana como residencia de Tolomeo de las Rosas. Don Quijote mandó a Sancho a que anunciara su presencia.

Abrió la puerta un hombre de aspecto tosco y mal encarado, con una cicatriz que le recorría toda la cara.

—Mi señor don Quijote quiere conocer en persona al señor Tolomeo de las Rosas para tratar de un tema importante.

—Mi amo no puede atender a nadie. Lleva dos días enfermo porque ha comido pescado podrido. Yo me llamo Gañano, y estoy a su servicio cuidándole, pero no mejora.

—Pues mi señor tiene un bálsamo y él dice que sana todos los males.

—Ve a buscar a tu amo y dile que traiga pronto ese remedio.

Sancho volvió donde estaba don Quijote:

—El criado Gañano me ha contado que su señor Tolomeo lleva días malo por comer pescado pocho. Yo le he dicho que vuesa merced tiene una cura que le puede sanar.

—Yo no voy a luchar con un adversario enfermo. Prepararé el bálsamo de Fierabrás y después podré desafiarle a un duelo para hacerle entrar en razón y que deje de hacer el mal.

Don Quijote y Sancho fueron a la casa del corsario, y le dijeron al criado Gañano que trajera aceite, vino, sal y romero para preparar el bálsamo.

Tolomeo estaba en su cama y sentía que se iba a morir. Don Quijote le dio a beber el bálsamo y...

—¿Pero qué diantres es esto? —El corsario creyó estar en medio de una tormenta en el mar. Su barriga empezó a temblar y a hacer ruidos y lo que vino a continuación..., se lo imaginan vuestras mercedes.

Cuando terminó el temporal de sus tripas, Tolomeo se sintió muy agradecido con don Quijote y le dijo que le podía pedir lo que quisiera. Don Quijote quería que cesara de asaltar y robar y que dedicara lo que le quedara de vida a ayudar a los indefensos.

El corsario, que en el fondo de su corazón era noble, reconoció a don Quijote como el caballero del que había leído tantas aventuras y, como estaba en deuda con él, se lo prometió.

Sancho le recordó que habían venido buscando la flor de cristal. Entonces Tolomeo de las Rosas echó una risotada y les contó que todo había sido una invención para que los capitanes

y tripulaciones de los barcos que asaltaba le tuvieran miedo y poder quedarse con las mercancías y así conseguir ser rico.

Al día siguiente don Quijote y su escudero salieron de Bilbao con rumbo a Santander, donde vivirían otros sucesos dignos de ser contados. En el horizonte se estaban formando unos nubarrones que desazonaron a Sancho y le hicieron azuzar al Rucio para que avivara el paso alejándose de allí.

Capítulo XVIII

En busca de la corona perdida

CEIP Cristóbal Colón
Santander

Tutor literario
Blue Jeans

Profesorado

César Mencía Fernández

Fátima Rivillo Doncel

Alumnado

Alfonso Alonso Pérez

Lucía Álvarez Laguna

Raúl Bintintan

Icíar Contor

Sara Fernández Álvarez

Álvaro Jiménez Martínez

Laura Martí Arribas

Haydee Merino Torres

Luis Sánchez Segovia

Gabriela Suarez Mera

María Adina Risteiu

Álvaro Toral Luque



Capítulo XVIII

En busca de la corona perdida

225

Después de mucho andar por terrenos escabrosos Sancho Panza y don Quijote llegaban a Santander. El camino fue tan largo que pararon en una posada a descansar y a tomar unos churros y sobaos.

Para descansar, pidieron una habitación con dos camas. Al posadero le pareció extraño ya que venía Sancho Panza solo.

Al buscar la habitación, Sancho encontró un acertijo en la pared: «¿Qué animal anda por la mañana a cuatro patas, por la tarde a dos patas y por la noche a tres?».

Sancho se acostó pensando en el acertijo sin parar de darle vueltas. Quería adivinarlo y descubrir lo que se escondía tras esa pared.

Antes de que aparecieran los primeros rayos de sol, don Quijote le dio la solución a Sancho: «El hombre». Entonces, salieron los dos corriendo hasta donde se encontraba escrito el acertijo y Sancho gritó: «El hombre». De repente, se abrió un hueco en la pared y vieron un túnel largo y oscuro. Al final, algo brillaba mucho. Era un gran tesoro repleto de oro.

Se quedaron perplejos por lo que tenían delante de sus ojos. Cuando salieron de su asombro, aprovecharon para coger el mayor número de piezas de oro que sus humildes ropajes les

permitían. Una vez abastecidos, siguieron el largo camino que tenían por delante.

Andando y andando empezaron a ver una luz diminuta al fondo del tenebroso túnel.

A cada paso que daban la luz se hacía más grande y al final hallaron la salida.

Era un gran prado, conocido como parque de Cabárceno, lleno de animales, en el que destacaba el color verde de las praderas y el azul del cielo. Dieron una vuelta por el terreno para investigar qué había allí.

226

Al cruzarse con unos comerciantes oyeron que hablaban de que alguien había robado la corona de la reina del palacio de la Magdalena. A Sancho Panza y don Quijote no les faltó tiempo para salir corriendo y ayudar a la reina a recuperarla.

A las puertas de Santander, sin previo aviso, aparecieron tres bandidos rodeándolos.

Don Quijote luchó contra ellos, pero los bandidos no sentían nada, ya que don Quijote era solo producto de la imaginación de Sancho Panza. El escudero se sumó a la disputa de su amo y con un poco de fortuna logró vencerlos, aunque quedó malherido. Los bandidos, escarmentados, se dieron a la fuga, pero Sancho no tenía energías para seguirlos.

Tras un rato de aturdimiento, Sancho logró recuperarse y junto a don Quijote retomaron el camino, dispuestos a recuperar la corona de la reina del palacio de la Magdalena.

Después de muchas vueltas, llegaron al palacio de la Magdalena, un precioso y monumental edificio con todo lujo de detalles que los dejó asombrados. Una vez allí, llamaron a la puerta y les abrió un guardia preocupado. Ellos pidieron que la reina les concediera una audiencia, ya que estaban dispuestos a ayudarla y encontrar la corona robada.

El guardia los dejó a la espera y, tras un largo lapso de tiempo, les ordenó pasar.

Recorrieron un larguísimo pasillo y subieron más de cien escalones de mármol hasta llegar a una gigantesca puerta de roble macizo.

En la puerta había dos guardias con sus lanzas entrelazadas impidiendo el paso. Al verlos, separaron sus armas para permitirles continuar y las pesadas puertas se abrieron.

Una vez que las atravesaron, se encontraron en los aposentos de la reina.

227

Allí estaba su majestad muy preocupada y desconsolada.

Sancho Panza y don Quijote se acercaron a ella para que les contara lo sucedido con todo lujo de detalle:

—Buenos días, majestad, mi amo y yo nos hemos enterado de que vuestra corona ha sido robada. Nos gustaría ayudar a recuperarla.

—Sí, mi corona fue robada hace dos días, por la noche, mientras dormía. Cuando fui a ponerme la corona para un acto que tenía, no estaba. Es muy valiosa ya que está hecha de platino. Además, tiene un gran valor sentimental porque era una herencia de mi tatarabuela. Agradezco vuestra ayuda, aunque mi guardia real lleva dos días buscándola y no ha encontrado ninguna pista.

—Su majestad, nos gustaría inspeccionar la zona donde sucedió el robo.

—¿Nos? ¿Vuestro amo vendrá después? Bueno, seguidme y os enseñaré el lugar de los hechos.

La reina, acompañada de uno de sus guardias, los guio hasta la habitación en la que se había cometido el robo.

—¿Hum? ¿Arena? —dijo don Quijote.

—Tienen que estar en alguna playa cercana, ya que la arena está todavía mojada —observó Sancho—. ¿Tenéis algún mapa de la zona? Nos gustaría conocer el terreno para tener mayor conocimiento y no dar palos de ciego.

Después de inspeccionar el mapa con detenimiento, averiguaron que en los alrededores del palacio había varias playas que podían ser el refugio de los malhechores.

Al cabo de unas horas investigando las playas como la del Sardinero, la del Camello o la de los Molineros, llegaron a la playa de los Peligros, donde encontraron un barco sospechoso anclado a pocas millas de la orilla.

Pensaron que allí podría haber alguna pista que los llevara al lugar en el que se encontraba la corona.

Decidieron esconderse entre los matorrales hasta que la noche cayese y fuese más fácil infiltrarse en el barco sin ser vistos desde la cubierta.

Aprovecharon una vieja balsa abandonada para poder alcanzar el barco amparados por la oscuridad de la noche.

Lanzaron una cuerda desde la balsa y con gran agilidad subieron a la cubierta.

Una vez que llegaron arriba, oyeron ruidos y se escondieron detrás de unos barriles. Allí descubrieron que los causantes del jaleo eran los bandidos que encontraron de camino a Santander.

Estaban festejando con copas de oro. Aprovecharon que estaban despistados para colarse en la bodega.

En ella encontraron un cofre que contenía joyas, piedras preciosas, monedas de oro... Don Quijote supuso que todo aquello provenía de los hurtos de los bandidos.

Entre tanto brillo y tanto oro atisbaron la corona de platino de la reina. La cogieron y se la guardaron en un saco para que nadie la viera.

Salieron sigilosamente de la bodega, pero, cuando llegaron a la cubierta, la tripulación los descubrió. Sancho y don Quijote saltaron a su barca y huyeron.

Al llegar a tierra, recorrieron el camino de vuelta lo más velozes que pudieron, ya que algunos bandidos iban tras ellos. En mitad del camino, cuando comenzó a amanecer, se toparon con el mercado de la plaza, que estaba comenzando a ser montado. Sancho y don Quijote tuvieron que andar esquivando a la gente para pasar, pero les vino bien para camuflarse entre los mercaderes y despistar a los bandidos.

229

Una vez que vieron que estaban a salvo se dispusieron a regresar al palacio de la Magdalena con el fin de entregarle a la reina lo que le había sido robado, pero antes se pararon a tomar un pequeño tentempié para recuperar las fuerzas tras la alocada aventura recientemente vivida.

Se detuvieron en una taberna con muy buen aspecto y no dejaron escapar la oportunidad de probar el rico cocido montañés que Santander les ofrecía.

Al cabo de un rato, en el que pudieron disfrutar de manjares típicos de la zona, como unas exquisitas anchoas de Santoña o el ardiente, pero a su vez afrutado, Orujo de Potes, aparte del cocido montañés anteriormente citado, se dispusieron a recorrer el último tramo que los separaba del palacio de la Magdalena.

Al llegar, encontraron que la reina estaba en sus establos, recién llegada de Santillana del Mar, y al ver a Sancho fue corriendo para conocer las nuevas que le traía.

Sancho le entregó su reluciente corona y ella se emocionó tanto que le plantó un gran beso en los labios al robusto muchacho, que le hizo ruborizarse.

Esa noche se celebró una gran cena de gala en el palacio como homenaje al héroe encargado de recuperar el más valioso

de los tesoros de su majestad, con la ayuda de su amo don Quijote. En la cena pudieron disfrutar de todo tipo de manjares llegados de todos los rincones de Cantabria, mientras Sancho contaba, enorgullecido, su hazaña vivida durante esos dos días.

A la reina le resultaba extraño que Sancho siempre hablara en plural, al desconocer que el valeroso don Quijote solo se encontraba en la imaginación del buen escudero, pero no le dio importancia debido a su gran felicidad.

230

Tras una tranquila y placentera noche, en la que disfrutó de un buen colchón de plumas de oca, llegó el momento de partir en busca de nuevas aventuras. Pero Sancho y don Quijote no se fueron con las manos vacías de Santander. La reina, para demostrar su gratitud, les dio mil monedas de oro. Esto hizo que su partida fuera aún más feliz, tras el trabajo bien hecho y la recompensa a su esfuerzo. Y, repletos de felicidad, abandonaron la bella Santander y tomaron el camino con dirección a Gijón, donde les aguardaba otra hazaña.

Capítulo XIX

De cómo don Quijote y Sancho
llegan a Gijón a solicitar
el Título de Caballero Andante
ante don Miguel de Cervantes

CC Calasanz – Escolapias
Gijón

Tutor literario
Andrés Guerrero

Profesorado

M.^a Carmen Ramos Sanz

Alumnado

Jorge Adán Hidalgo
Antonio Amat Magrazó
Pablo Barahona Nicolás
Guillermo Carmena García
Sofía Cuenca Bravo
Ainhoa García García
Sara Girol Galán
Esther Gonçalves García
Carla Gutiérrez Díaz
Lucía Ortega Pérez
Ainhoa Peláez Padilla
Jimena Vicente Granero
Paula Vidriales Grandes
Paola Zeballos Bragado



Capítulo XIX

De cómo don Quijote y Sancho llegan a Gijón a solicitar el Título de Caballero Andante ante don Miguel de Cervantes

Sancho y su señor don Quijote, cansados, llegaron a una pequeña hacienda, ya no muy lejos de Gijón, tras un largo viaje desde Santander.

—¡Mi señor, pasemos esta lluviosa noche aquí y ya mañana seguiremos con nuestras andanzas, buscando conseguir el «Gran Título»! —dijo Sancho al también exhausto don Quijote, que asintió sin oponer resistencia alguna.

Después de aquella noche llena de sueños, al salir de la hacienda, se fijaron en un cartel que apenas se podía apreciar y que parecía decir: El Gijonero. Fue cuando se dieron cuenta de que su destino estaba cerca. Al llegar a la aldea más próxima, Sancho escuchó cómo su tripa y la de su señor rugían de hambre y preguntaron en el lugar dónde encontrar sitio para alimentar sus vacías barrigas y las de sus dos fieles animales.

Anduvieron hasta llegar a una taberna y, una vez allí, quedaron asombrados. Ante sus ojos solo había cuatro tablas de madera con un cartel astillado que decía: La Paradita. Pensaron que no tenía pinta de ser muy acogedora, pero lo prefirieron antes de continuar con el largo camino. Aun sabiendo que no llevaban consigo monedas para el pago de sus disfrutes culinarios, ya que lo habían perdido todo en anteriores aventuras entre luchas y batallas, decidieron parar allí, pues

el hambre ya hacía mella y sus animales parecía que iban a desfallecer sin tardar mucho. Una vez dentro, el tabernero les dio alimento con un buen plato de fabes y chorizo, todo ello regado con una buena sidriña del lugar y, quedando así satisfechos, cuando fueron a pagar...

—Son veinticinco reales, amigos míos —les dijo uno de los taberneros.

236

Sancho no sabía por dónde salir, estaba asustado. Por un momento se le ocurrió que podría escapar, pues sabía que no llevaban real alguno con el que poder pagar su deuda, pero dándose cuenta de que aguantaría poco corriendo, y que sería injusto abandonar de ese modo a su señor, desechó la idea y salió de la venta intentando conseguir los reales.

Mientras, don Quijote conversaba con el tabernero, al que le contaba cómo seguirían el camino más allá de la playa de San Lorenzo y que los llevaría hasta el cerro de Santa Catalina, donde en un maravilloso prado se encontraba el palacio encantado, afirmaba don Quijote, en el que residía el ilustre don Miguel de Cervantes.

Fue entonces cuando Sancho, a lo lejos, vio como algunos niños del lugar jugaban a echar carreras de caballos por la orilla de la playa mientras sus padres los observaban felices; ello le recordó a sus hijos, cómo les encantaba dar paseos sobre Rucio y, así, decidió montarles un ratito sobre el animal a cambio de los reales necesarios que los padres gustosamente darían y que le servirían para poder pagar las viandas que habían tomado. Con suerte pudieron saldar así su deuda y, aun sobrando algún real, Sancho aprovechó para que el dueño de aquella taberna le vendiera algunas prendas de ropa algo más adecuadas para su pronta presencia ante don Miguel de Cervantes.

Habiéndose ya despedido de los taberneros del lugar, don Quijote y Sancho se dirigieron hacia el cerro de Santa Catalina, desde donde ya podían divisar el palacio que era residencia de don Miguel.

—Sancho, mi fiel amigo y escudero, he aquí donde tendrá lugar la celebración de la entrega del Gran Título de Caballero Andante. Mi reconocimiento se ve próximo, y es por eso que mi corazón salta de júbilo e inquietud.

Sancho, contento, imaginando ya el feliz desenlace, decidió adelantarse ante los guardias de palacio para pedir que los dejaran entrar como si de cortesanos se tratara. Con mucho esfuerzo y, sobre todo, tesón pudo Sancho convencer a los extrañados y sorprendidos guardeses, que, más por pena que por razones convincentes, permitieron la audiencia de estos dos extravagantes personajes ante el ilustre don Miguel de Cervantes.

Tras ser informado don Miguel de la presencia en palacio de don Quijote y Sancho, mandó este hacerlos llegar ante él para escuchar el motivo de tan inesperada visita; fue entonces cuando, disponiéndose a pasar por el vestíbulo principal, don Quijote avista una doncella vestida con cofia blanca y delantal impecable y que, con una bandeja de plata entre sus refinadas manos, desapareció tras una elegante corredera acristalada. Sancho, que rápidamente imaginó lo que a su señor le estaba rondando por su fantasiosa cabeza, intentó tirar de él para llegar ante don Miguel de Cervantes.

—¡Vamos, mi señor, no se vaya ahora a detener en tan delicado instante, pues ya don Miguel nos aguarda con impaciencia, que más vale pájaro en mano que ciento volando!

Pero don Quijote, que había quedado impresionado ante la visión de la doncella, con los ojos clavados en la cristalera y

abiertos como si con dos palillos se los hubieran sujetado, dijo susurrando:

—¡Calla, Sancho! El destino ha querido que el reencuentro con Dulcinea haya sido en tan apropiado lugar y en tan apropiada situación. Esta vez no fallaré en romper su cautiverio, pues está presa de ese ilustre don Miguel y, ¡válgame Dios!, no tardaré en tomarla entre mis brazos y llevarla hasta Rocinante para darle su merecida liberación y emprender juntos el nuevo camino hacia León.

238

Mientras todo esto relataba don Quijote, ya Sancho se había apresurado a presentarse ante don Miguel, conociendo de antemano que alguna locura estaba a punto de suceder a manos de su señor. Sin querer demorarse demasiado en su intención, expuso brevemente el motivo de la visita que los había llevado hasta allí y, quedando don Miguel boquiabierto ante la inesperada solicitud del Título de Caballero Andante, decidió que la mejor manera de quitarse de encima a ambos personajes sería haciéndole creer que el tan noble título que Sancho pedía para su señor se lo haría llegar a su próxima parada en León.

Es así como Sancho, sin sospechar de ni una sola palabra de las que el ilustre don Miguel había pronunciado, salió haciendo las reverencias más divertidas que jamás este había visto y, sin más, le invitó a abandonar el palacio acompañado por algunos de los guardias.

Sancho se moría de ganas de ver a su señor don Quijote para contarle cómo él mismo había conseguido negociar con el ilustre don Miguel de Cervantes la concesión de tan preciado e importante título, y seguro estaba de que su señor se lo sabría agradecer con la concesión de alguna ínsula o...

En esto estaba pensando el buen Sancho cuando se le acercaron dos de los guardias con discurso algo socarrón y, con

más guasa que pena, le instaron a recoger a su señor, que parecía haber quedado sobreseído por alguna extraña visión y andaba dando voces por palacio llamando a una tal Dulcinea.

Sancho, que ya imaginaba lo que había pasado, corrió a buscar a su amo y logró convencerle de que la dama a la que había visto pasar por la cristalera, su bien amada Dulcinea, iba ya camino de León en una majestuosa carreta como solo ella merecía. De esta manera consiguió Sancho sacar de palacio a don Quijote y, con más pena que gloria, los dos cabalgaron sus animales para continuar camino a tierras leonesas.

Capítulo XX

De las aventuras de don Quijote
en el barrio de Santa Ana,
del alboroto en el palacio de
los Guzmanes y de las cosas
que les acontecieron camino
de la catedral de Santa María

CC Gredos San Diego Alcalá
León

Tutora literaria
Mónica Rodríguez

Profesorado

Mercedes Domínguez Núñez
Cristina García Sáez
Javier Gámez Cuellar
Sonia del Río Lorden
Inmaculada Sancho Bravo

Alumnado

Belén Abad Zúñiga
Álvaro Andrés Camacho
Fernando Archilla Vega
Ángela Armenteros Rodríguez
Mario Barbero Campillo
Yasmin Barello Fernández
Alexandra Barnéoud Rousset Padilla
Adriana Bascuñana Cagigas
David Bello Martín
Andrea Blanco Malato
Víctor Burón Moreno
Guillermo Cabrilla Vázquez
Álvaro Carracedo Camacho
Lucía Castro Rubio
Rubén Clemente Rodríguez
Ana Collado Paisano
Elena de Lucas Caballero
Sofía del Álamo de Pedro
Diego Díaz Estévez
Teresa Fernández Díaz Cesó
Sara Fernández Lumbreras
Diego Fernández Ramos
Alejandro Gallego García
Nuria García Alén
María García García
Inmaculada García Martínez
Óscar García Martínez
Aarón Garrido Ortega
Guillermo Gil Llorens
Naira González Robles
Marta Guillén Lobato
Paula Gutiérrez Velasco
Alejandro Hidalgo Lucía
Gadea Hierro Salvador
Gabriel Jiménez Alonso
Luna Jiménez Cinta

Carlos Jiménez Sojo
Paula Jodra Torrecilla
María Juanas Morán
Martín Josue Kugler Domínguez
Cloe Lamy Hernández
Hugo Lazuen Mateo
Marta Lope Abadía
María López Cerezo
Carmen López Rey
Diego López Valverde
Iván Mansilla Martín
Irene Marco Blázquez
Nerea Marco Blázquez
Lucía Martínez de Prado
Hugo Medina Gutiérrez
Alejandro Molina Herrera
Ariadna Molinillo Vaquerizo
Sara Molleja González
Adrián Montero Amor
Ainara Moreno Gardel
Bárbara Moreno López
Lydia Muñoz del Álamo
Victoria Muñoz Muñoz
Diego Ninahualpa Guerra
Luna Núñez Escribano
Alba Oliva Olive
Gorka Olza Mengual
Víctor Pérez Lodo
Manuel Pérez Pascual
Fernando Pinilla Delgado
Marco Rabanal García
Iván Ragel Núñez
Mabel Rodríguez Cuenca
Emma Rodríguez Fontenla
Francisco Ruiz Alonso
Marta Sastre Hervás

Diego Elías Serrano Muñoz
Miguel Antonio Tejada Benito
María Tenorio García
Paula Timón Lozano
Lorena Tiscar Contreras
Alicia Tomás Díez Canseco
Marta Tomás Guijarro
Amanda Torrecilla Rodríguez
Daniela Torres González
Andrea Soledad Valero Canosa
Adrián Varela Pérez
Ana Villapun Castejón
Irene Viñambres Aguilar

En busca
de la
Princesa



Capítulo XX

De las aventuras de don Quijote en el barrio de Santa Ana, del alboroto en el palacio de los Guzmanes y de las cosas que les acontecieron camino de la catedral de Santa María

Sancho Panza y don Quijote emprendieron un largo viaje de Gijón a León; cuando llegaron preguntaron a un buen hombre dónde podían encontrar agravios que desfacer y desventurados que ayudar. El hombre les dijo que se dirigieran a la basílica de San Isidoro. Cuando llegaron vieron que era un templo cristiano de estilo románico.

245

En el templo había una piedra tallada que ponía: «En este templo están enterrados los fallecidos de san Isidoro».

Había una persona con un candelabro, y don Quijote pensó que le iba a quemar, entonces sacó su espada y empezó a luchar. El hombre, tan inocente, apagó el candelabro y se quedaron a oscuras. Don Quijote pensó que era un truco para matarle e intentó buscar la salida. Cuando consiguió escapar vio a Sancho Panza comiéndose un trozo de pan y le dijo:

—¿Qué haces, tú comiendo y yo sufriendo?

—Tenía hambre, mi señor, no es bueno que un hombre pase hambre, que quien hambre tiene en pan piensa, y que el hambre es mala consejera, eso todo el mundo lo sabe, y que no han de tomarse decisiones con el buche vacío, también.

—Sancho, levántate y camina y deja ese pan para los pobres, que tenemos aún muchos desfavorecidos que socorrer.

Hizo Sancho lo que su amo le dijo y continuaron su camino. No muy lejos de allí toparon con un hombre que iba cargado con un barril de cerveza. Don Quijote lo confundió con un toro bravo y le dio con su puntiaguda espada y dijo:

—Mira cómo sangra el condenado.

Y dirigiéndose al hombre:

—Más os vale que le contéis este acto de valentía a mi bella Dulcinea.

246

Caminando, caminando llegaron a unas calles estrechas de esta bella ciudad de León. Según le contaron unos vecinos, era el barrio de Santa Ana y descubrieron que era un sitio con mucho alboroto.

Para poder apagar su sed, después del incidente con el señor del barril de cerveza, Sancho Panza entró en una taberna y bebió... y bebió... y bebió. Pero no había manera de quitarse la sed. El dueño de la taberna quiso cobrar, pero Sancho no llevaba dinero. El tabernero le agarró por la camiseta y empezó a amenazarle.

—Dame todo lo que tengas.

Don Quijote, al ver esta escena, corrió a socorrer a su fiel escudero y se embarcó en una nueva pelea, esta vez con el dueño de la taberna.

El pobre tabernero huyó corriendo de los muchos palos que le dio don Quijote mientras le gritaba:

—Ni se te ocurra volver sin haberle dicho a mi Dulcinea esta nueva hazaña.

Don Quijote y Sancho Panza siguieron su recorrido por el barrio de Santa Ana en busca de una posada muy famosa que les habían recomendado, pero cuando llegaron encontraron la posada vacía. Aun así, Sancho Panza, que tenía mucha hambre (como siempre), vio encima de una mesa un plato de ancas de

rana y se lo ofreció a don Quijote. Al primer bocado don Quijote exclamó:

—Esta es la encarnación del demonio, ¡que me traigan al cocinero!

El posadero le dijo que eso no podía ser, pero don Quijote se levantó y fue derecho a la cocina. Al ver a todos aquellos hombres con delantal blanco, don Quijote los confundió con un rebaño de ovejas y, cogiendo un cucharón de madera y una cuerda intentó sacar a todos los cocineros a la calle como si fueran un rebaño de ovejas que van a pastar al monte.

247

Sancho Panza, harto un poco de las locuras de su caballero y viendo que anochecía, fue en busca de otra posada, pues siendo ese un barrio de tabernas y posadas debía de haber más de una. Pero al llegar a la puerta de una nueva posada el caballero don Quijote volvió a las andadas.

En la puerta de la posada estaba sentada una anciana apoyada en su bastón. Nublado por sus locuras, don Quijote creyó que era su amada Dulcinea del Toboso. La viejecita, molesta por las declaraciones amorosas, a la vez que enrojecida de vergüenza y un poco asustada, le dio un bastonazo a don Quijote tan fuerte que pudo recobrar el sentido y dejar de ver sus alucinaciones.

Después de dormir profundamente toda la noche, don Quijote se levantó temprano para iniciar nuevas aventuras. Al salir a la calle se encontraron con Genarín, un borracho muy famoso de León, y con él se fueron nuevamente de cervezas por el barrio de Santa Ana, acercándose hasta la plaza de San Marcelo. Allí se encontraron un palacio.

—¡Oh! ¡Qué precioso palacio! —dijo don Quijote.

—Es el palacio de los Guzmanes —informó Genarín, antes de poner pies en polvorosa, que no le gustaba el rey que vivía allí.

Don Quijote y Sancho, gustosos de buscar nuevas aventuras, llamaron a la puerta.

—No hay nadie —dijo Sancho Panza.

—Cáspita, seguro que tiene que haber alguien. ¡Sancho Panza, tira la puerta!

—Está bien.

Así que cogió carrerilla y empezó a correr con su burro. En el último momento vio a alguien abrir la puerta, era el rey Crispulo.

248

—¡No puedo parar...! —gritó Sancho Panza.

Entonces don Quijote se puso en medio para intentar pararlos, pero no lo consiguió. Se chocaron con el rey y empezaron a rodar. En medio estaban dos guardias e intentaron detenerlos, pero no lo consiguieron, así que también se chocaron con ellos.

Fueron escalera abajo a la habitación principal y en ella estaban la reina Rufina y un mensajero hablando de un paquete muy importante.

De repente oyeron un estruendo que venía de la planta superior. Subieron las escaleras y se encontraron con don Quijote, Sancho Panza, el rey y los dos guardias. Al ver lo rápido que venían empezaron a correr y a gritar, pero también se estrellaron. La habitación estaba llena de vidrieras, así que se chocaron con la más grande y cayeron por la ventana.

Por suerte un médico pasaba por allí y les ayudó. Don Quijote se rompió la muñeca, Sancho Panza rebotó con la barriga y no le pasó nada, los dos guardias no sufrieron ninguna herida porque llevaban su armadura, la reina se partió el cúbito y el radio, y el mensajero se clavó la corona de la reina en el ojo izquierdo. En fin, un caos total y además don Quijote y su fiel escudero Sancho Panza se tuvieron que quedar en el palacio de los Guzmanes una semana, hasta sanar sus heridas.

La habitación de Sancho Panza era grande y tenía una cama con dosel. La de don Quijote era más pequeña, pero más bonita, tenía vidrieras y también tenía cama con dosel. Allí desayunaban, almorzaban y cenaban grandes banquetes con todo tipo de comidas.

Un día los reyes les enseñaron la parte de arriba del palacio, su habitación, la cocina... Cuando llegaron al desván se encontraron unos sacos de chorizo colgados del techo. Don Quijote se imaginaba que los sacos de chorizo eran gigantes.

—¡Hay gigantes! —exclamó don Quijote.

—No son gigantes, mi señor —dijo Sancho Panza.

—Pardiez, Sancho, ¿es que acaso no los ves? ¡Son gigantes!

—¡Nooooooo...!

Don Quijote clavó la espada en todos los sacos de chorizo y la grasa del chorizo parecía la sangre de los gigantes. Con el alboroto llegaron el rey Crispulo y la reina Rufina y, viendo el desaguisado con los chorizos, echaron a palos a don Quijote y Sancho Panza de su castillo. Amo y señor continuaron camino montados en su corcel y su jumento hacia la catedral de Santa María. Don Quijote y Sancho Panza iban cabalgando en silencio cuando Sancho Panza dijo:

—¡Tengo hambre!, ¡tengo hambre, pardiez, que mi buche ruge como cien leones de la sábana!

—Deja de quejarte, y sé un caballero —le contestó don Quijote—. Y se dice sabana, Sancho, sabana.

Don Quijote y Sancho Panza siguieron cabalgando en silencio, aunque Sancho iba por detrás más despacio, porque su asno tropezaba todo el tiempo con las piedras del camino.

Cuando se dieron cuenta estaban delante de la catedral de Santa María, y como no sabían muy bien qué hacer, y quedaba un buen rato para que anoheciera, decidieron ir a dar un

paseo. Tomaron un camino muy estrecho rodeado de grandes piedras.

De repente, don Quijote paró su caballo y gritó a Sancho Panza:

—¡LEONES!

Y corriendo fue a luchar contra ellos, pero no eran leones, sino unas piedras del camino, y su espada se rompió de darle golpes contra las piedras.

Sancho Panza, asustado, corrió detrás de don Quijote gritando:

—¡Señor, no son leones, son piedras!

Recogieron la espada rota y volvieron al pueblo a buscar una herrería donde poder arreglar la espada.

Preguntaron a varios vecinos dónde estaba la herrería y les dijeron que había una al lado de la catedral. Dejaron la espada para que la arreglaran, y don Quijote y Sancho decidieron entrar a la catedral a rezar al Cristo, y le pidieron una choza para pasar la noche, porque no tenían donde dormir.

Cuando salieron de la catedral, unas monjas que venían de misa, los vieron un poco perdidos y se acercaron a ellos.

—¿Qué les trae por aquí? —preguntaron las monjas.

—Venimos de viaje y hemos decidido pasar la noche aquí —contestó don Quijote.

—¡Y tenemos mucha hambre y sed! —aseguró Sancho Panza.

Las monjas les dieron un poco de pan y algo de vino, y don Quijote y Sancho buscaron un sitio donde dormir. Cerca de la catedral encontraron una choza abandonada, perfecta para dormir y dejar a los animales.

Al día siguiente, se acordaron de que tenían que pasar por la herrería a recoger la espada rota de don Quijote y después continuar con su viaje.

Al llegar a la herrería, se dieron cuenta de que no tenían con qué pagar la espada. Intentaron convencer al herrero para que se la diera, pero no funcionó.

—Si no me pagas, no te la devuelvo.

—Es un gran honor para ti haber arreglado la espada del más valiente y esforzado caballero andante, ¿y pretendes aun así que te la pague? —preguntó don Quijote, airado.

—Pues claro. Y si vuestra merced, valiente caballero andante, no quiere pagarme, los cinco herreros de mi herrería le harán cambiar de idea.

Salieron del edificio cinco hombres como cinco molinos.

—Peléate tú, Sancho —dijo don Quijote—. Yo voy cogiendo el Camino de Santiago de Compostela, que allá nos esperan cientos de desventurados que socorrer y no puedo hacerlos esperar.

—Pues creo que yo voy con usted —gritó Sancho, temblándole las piernas —, y que estos señores se queden con su espada.

Y de este modo señor y amo tomaron las de Villadiego hasta los caminos que salen de León y se dirigen a las montañas del norte.

Capítulo XXI

La aventura de los caracoles
de oro

CC Minerva
Santiago de Compostela

Tutor literario
Santiago García-Clairac

Profesorado

Pablo de Moya Alba
Susana Rubio Álvarez

Alumnado

Carolina Adarve Sobrino
David Álvarez Fagúndez
Naomi-Ana Bogacz
M.ª Vitalina Burian
Francisco Javier Cabrejas Sevilla
Javier Camarero Silverio
Ana Valeria Carranza Berreondo
Guillermo Crespo Esteban
Iván Cuadros Rubio
Victoria Alejandra Curieses Ruiz
Iván Embi Nicolás
Izan Encabo Cruz
Carmen Fresneda Pomada
Jesús García Abad Nogueras
Marta García Montejano
Laura García Rodríguez
Adriana García Valdivieso
Laura Grodecka
Miguel Ángel Herrera Bastida
Flavio Ippoliti
María Soria Martín de la Fuente
Daniel Moreno Guisado
Ricardo Onetiu
Ángel Jesús Ormeño Sanchidrián
David Ortega Campoamor
Walter Pineda Sarti
Vanesa Predica
Lucía Rodríguez Bejarano
Lain Rodríguez Carrasco
Andrea Ruiz Cordón
Samira-Penélope Samillan Berrocal
Lara Sáez Jiménez
Sergio Sánchez de la Cruz
Rober-Paul Simbotelecan
Andrea Tirado Ferrero
Sara Tudela Serrano



Capítulo XXI

La aventura de los caracoles de oro

En estas que Sancho, holgazaneando, se levantó y se dirigió a una vieja tasca en la calle del Laurel. Se sentó agotado, dejando su barriga reposar sobre su asiento. Se pidió unos duelos y quebrantos y un buen vino de casa. El hostelero, mientras se limpiaba sus manos en el delantal, hablaba a voces con un viejo platero, que ya a horas tempranas no podía ni siquiera tenerse en pie.

257

—Yo soy de de Santiago de Compostela, maese. Años hace ya que no voy por esos lares. La última vez que marché de allí muchos labradores se encontraban en sus bosques buscando caracoles de oro —gritaba desde su banqueta.

—¿Caracoles? ¿De oro? Don Milto, deje el vino de buena mañana, que no se da cuenta usted que dice cosas que no tienen sentido —le contestó el hostelero.

—Diantres, mal rayo me parta. Cuenta la leyenda que «un labriego de Santiago que estaba de militar en África escuchó hablar a dos hombres. Este se acercó y uno de los hombres le contó que en la rúa do Villar había una fuente repleta de caracoles de oro. Escuchó con atención que cerca de la fuente había una pequeña cueva, donde, gracias a la humedad y las características mágicas del agua bendita del apóstol Santiago, podrían encontrarse caracoles de oro. El caballero con curiosidad fue a

dicha calle, a dicha fuente, y allí estaban la fuente y la pequeña apertura; entonces el labriego encontró los dorados caracoles y se fue a su casa con los bolsillos llenos de oro».

A don Quijote, que escuchaba atentamente las pláticas del maestro platero, se le iluminaron los ojos, se le erizó el bigote, y se dirigió a Sancho con mucho ímpetu:

—¡Sancho! Es hora de que ayudemos a la madre patria. A nuestro rey, que pleitos acomoda y al que las guerras le ahogan, le vendrían muy bien esos caracoles. Prepara los caballos, las armaduras y los bártulos, que es hora de marchar a ayudar a la patria.

258

—Pero, mi amo, ¿cómo vamos a encontrar tales caracoles?

—Fácil, querido Sancho. El apóstol Santiago guiará nuestros pasos hasta el oro por el camino que lleva su nombre. Seguiremos el camino de los peregrinos.

Y así fue, Sancho preparó a Rocinante y Rucio, sus bártulos y marcharon.

Llegando a tierras de Santiago después de largas caminatas, vieron de lejos a un joven zagal. Alto, con los ropajes nuevos y con una mirada maliciosa. Con un sirviente a su lado, bajito, encorvado y gordo. Sus ropajes estaban sucios y rasgados y su cara era un poema, pero de terror, raro y abstracto; el pobre era bizco, no tenía ojo izquierdo y le faltaban los dos paletos delanteros. Sin pensárselo dos veces se dirigieron hacia ellos, y Sancho con cara de susto dijo:

—Per per perdone..., forastero, ¿sabe usted el camino a seguir para llegar a la rúa do Villar?

El extraño señor dirigió su difusa mirada hacia Sancho, y soltando una pequeña carcajada dijo entre dientes:

—Ves ese camino del fondo... Pues bien, ese no, el de al lado, tiras para la derecha todo recto y tiras después recto, hasta llegar a un gran árbol. A su lado derecho hay un camino, *pos* ese es.

Sancho, mirando a don Quijote con asombro y los hombros encogidos, le dijo:

—Señor, ¿se ha enterado usted de algo? O es cosa mía, que mis despistes escolares no me dejan seguir tales pláticas.

Don Quijote cogió su lanza y se puso firme:

—Pues claro que sí, insensato, está clarísimo, iremos por allí y hasta ese árbol al lado de nuestro camino.

—Señor..., disculpe..., pero no creo que sea buena idea seguir las indicaciones de esos señores, pues su único ánimo a mi parecer es el perdernos por estos bosques.

—¿Me estás tachando de inculto? —contestó malhumorado don Quijote—. ¿Quién ha leído más libros en su vida? ¿Quién sabe más de malhechores y villanos? Querido Sancho, no hay prior que se me iguale.

—Sí, sí, señor, sabemos, que usted. —Sancho se acercó y se fueron por el camino; los campesinos se quedaron riéndose, mientras a lo lejos veían a nuestros protagonistas acercándose, sin saberlo, al bosque de las meigas.

Anduvieron largo rato, por el oscuro y húmedo camino de piedras, tanto que se les echó la tarde encima. El glotón de Sancho pronto comenzó a notar cómo sus tripas le rugían de hambre.

—Pero ¿qué tienes en el cuerpo, amigo Sancho? Oigo tus leones internos desde aquí —dijo don Quijote sorprendido.

—¡Ay, señor! Tengo tanta hambre que me comería una sopa de riquísimas piedras —dijo relamiéndose mientras señalaba las piedras del camino, haciendo referencia al famoso postre con el mismo nombre.

—No seas borrico, y ten paciencia, porque esta noche cenaremos divinos manjares —intentó tranquilizar don Quijote a Sancho.

—Sí, como siempre —dijo con resignación e ironía Sancho, sabiendo que como de costumbre no comerían nada.

Continuaron caminando hasta que vieron aparecer una figura entre las sombras. Sancho sintió pavor, pero su hambre hablaba por él, así que mascullo para el cuello de su chaleco:

—Disculpe, buen hombre. ¿Sabría usted de alguna tasca donde tomar algo caliente? —dijo Sancho.

—Lejos estás, muy lejos. Pero creo que puedo ofrecerte un queso de oveja que me hizo ayer la Tomasa, mi mujer —le contestó él.

—No sabría cómo agradecerérselo buen hombre. —Mientras Sancho decía esto, el forastero desapareció, lo que le sirvió a don Quijote para comenzar con sus majaderías, repitiéndole a Sancho que aquel forastero no era otra cosa que un secuaz de las meigas y que su único objetivo era desviarlos de su camino.

Sancho, sin creer una palabra o por el hambre que tenía, se engulló el queso en cuatro bocados.

A la media hora de continuar su andadura, Sancho comenzó a dar quejas de su estómago, a lo que don Quijote con tono severo le regañó, puesto que él ya le había avisado de los peligros que podía suponer. Sancho, dolorido, le dio la razón a su amo, aunque en su interior solo pensaba en encontrar un árbol donde aliviar sus problemas estomacales.

Sancho bajó de su borrico y corrió hacia un haya gigante al final del camino. En esos momentos comenzó una gran tormenta, por lo que don Quijote decidió ir en busca de su fiel escudero. Al llegar al final del camino vio a un inmenso gigante moviendo sus brazos a un lado y a otro. Sin dudarle, se armó con su lanza, apretó las riendas de Rocinante y corrió a batallar.

—¡Maldito gigante, suelta a Sancho! —Todo su ímpetu se frenó de golpe al chocar de pleno contra la corteza del árbol, y cayó malherido al suelo.

Sancho, al oír el estruendo, se levantó corriendo con los pantalones a medio poner y fue a socorrer a su amo en el suelo.

—Señor, ¿qué ha ocurrido?

—Sancho, te saqué de las fauces de un terrible gigante, pensé que te había perdido, pero al verte mis heridas ya no me causan dolor.

—Señor, si yo solo estaba...

—Calla, querido amigo, y prosigamos el camino.

Días después llegaron a Santiago de Compostela a pesar de los problemas del hidalgo don Quijote. Sancho notaba emoción en el corazón, pues al fondo se veía la grandiosa catedral y sentía que su aventura por fin estaba cerca del final. Había escuchado tanto la historia de los caracoles que casi se la creía y confiaba en encontrarlos.

—Mi amo, ¿no cree que si encontramos los caracoles sería de recibo quedarnos alguno para resolver nuestros problemas en la hacienda de su merced?

—¡Sancho! Qué barbaridades dices, la patria es lo más importante que tiene una persona, ella le guía y es de honor que una persona cuide su patria.

—Señor, pues pienso yo que eso no es del todo así. Acaso no sería nuestra patria la que debiera cuidar a las personas en necesidad.

—Eso nunca lo verán tus ojos.

—Pues insisto en que no nos vendría mal un caracol dorado, al menos el que el rey usará para un banquete. —Casi de casualidad, llegaron con su animada charla a la rúa do Villar. La plaza estaba llena de aldeanas cocinando y preparando

queimada. Don Quijote, en su delirio, veía meigas preparando algunas pócimas, brujerías para despistar a los viajeros. Sin mediar palabra, comenzó a dar golpes a las pobres ancianas; en esto, el hijo de una de ellas sacó un garrote y le golpeó en la cabeza. Horas después don Quijote se despertó en casa de una aldeana. La casa parecía una cueva y de casualidad estaban cocinando unos caracoles. Don Quijote, medio inconsciente al despertar, vio la cazuela llena de caracoles y, sin pensárselo dos veces, cogió la cazuela y salió pitando de la finca. Sancho, al verle, le siguió. Se subieron a sus monturas y se marcharon sin despedirse ni agradecer la hospitalidad recibida.

Unas millas más adelante, don Quijote se paró y miró su cazuela.

—Diantres, Sancho, esas brujas nos han engañado y no nos han dado caracoles dorados, siendo ahora caracoles normales.

—Bueno, señor, al menos podremos llenar nuestros estómagos.

Así, nuestros queridos amigos con la tripa llena y los bolsillos vacíos prosiguieron su camino.

Capítulo XXII

En el que se cuenta la animal
y graciosa historia del elixir
del amor eterno y otras
aventuras

CC San Ignacio de Loyola
Salamanca

Tutora literaria
Mónica Rodríguez

Profesorado

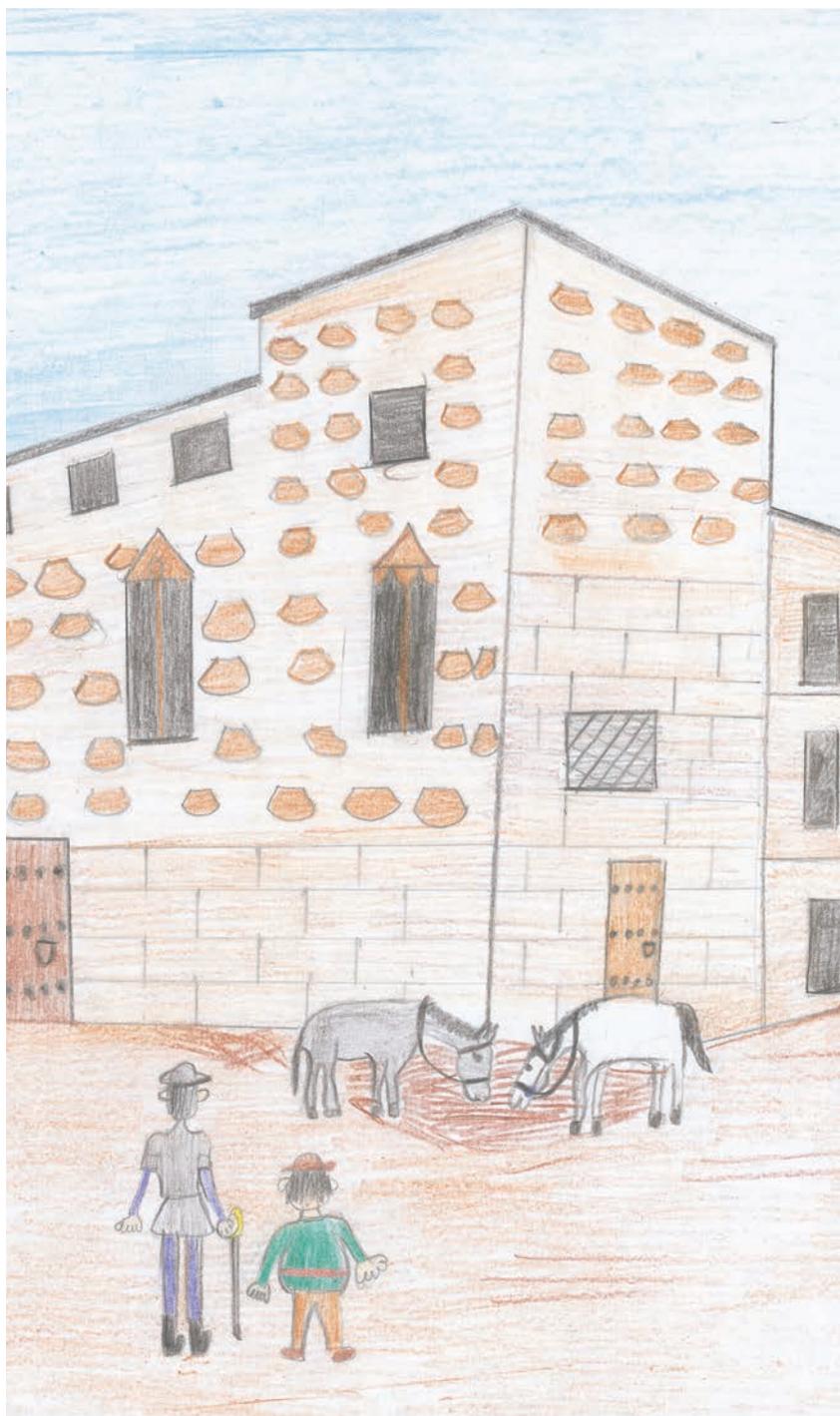
Julia Martínez Sánchez

Laura Medel Veguillas

Alumnado

Sergio Aguayo Morales
Óscar Barbero Marcos
Daniel Blaya Ríos
Ignacio Cambronero Mariño
Félix Campos Sotoca
David Manuel Calvo Mora
Adrián Carballo León
Alejandra Cardenal Villa
Rubén Cárdenas Martínez
Claudia Carrasco Abelenda
Adrián de Diego Martínez
Carla de las Heras Fernández
Francisco Javier de la Torre López
Guillermo de la Torre López
Adrián de la Peña Díaz-Salazar
Olga Catalina Esono Engó
Lucía Flores Brazo
Javier García Cobo
Pablo García Cobo
Sandra García Fernández
Diego García Sánchez
Uxue García-Olano Pérez
Paula Gómez Posadas
Marcos González Sarmiento
Pablo Jiménez de las Casas
Celia Hervás Remartínez
Víctor Lahita Pulpillo
Ester Llamas Mora
Aitana Ledesma Ceciliano
Lucía Lucas Rodríguez
Jaime Mahiques Sanz
Blanca Martínez Rodríguez
Ángel Morales de Oliveira
Paula Morro Muñoz
Cristina Nadador Crespo
David Paz Guzmán

Laura Pérez Remón
Alonso Pinel Díaz
Estrella Poza Delgado
Pilar Sofía Ramírez Orellana
Sara Redondo Palomo
Guillermo Enrique Rodríguez
Martínez
Lucía Rojo Ballesteros
Mario Serrano de Lucas
Diego Silva Domínguez
Rocío Soria Porras
Alba Vera Ramírez
Pablo Zafra González



Capítulo XXII

En el que se cuenta la animal y graciosa historia del elixir del amor eterno y otras aventuras

Después de las aventuras vividas en Santiago, Sancho y don Quijote encaminaron sus pasos a la culta y sabia Salamanca. Al atravesar el puente romano, don Quijote exclamó:

—¡Cuánta gente! ¿Qué hacen los barcos llenos de flores?

—Mi señor, hoy es «lunes de aguas». La fiesta está por todas partes —aclaró el escudero.

—Sancho, bien sé que las fiestas no son oficio de caballeros, pero, tras tantas aventuras y tantos palos, creo yo que nos vendría bien unirnos a ella.

—No, mi señor, tenemos que ir a por el elixir del amor eterno. Lo que vemos son amores muy fugaces. Acuérdense de que por el camino el licenciado aquel tan mal encarado, por no llamarlo feo, que si lo fuera más, sería diablo, nos habló del elixir aquel del amor que usted bien desea tenerlo para su hermosa y lejana Dulcinea, y que hallábase en la buena ciudad de Salamanca, en la cueva de la iglesia de San Marcos. Pero también le digo que quien va de romería se arrepiente al otro día, y mejor no vamos.

—De acuerdo, Sancho, vayamos a descansar, que ha sido un día muy duro.

Ya en Salamanca, don Quijote y Sancho encaminaron sus pasos hacia la empinada cuesta llamada Tentenecio, al final de

la cual había una posada. Esta era muy rústica, tenía ventanas pequeñas y un gran portón de madera.

Al dejar a los animales en la cuadra, no los ataron correctamente. En un descuido, estos salieron corriendo hacia la casa de las Conchas.

—Pero, Sancho, ¿dónde están los animales, si los habíamos atado?

—Señor, las cinchas están tiradas por el suelo —comentó Sancho.

268

—¡Sancho, Sancho! Como no seas más cuidadoso no conseguirás ser gobernador ni tener una ínsula.

Los dos compañeros salieron corriendo en busca de sus corceles.

—Mi señor, los animales rondan por la catedral vieja cerca de la torre del Gallo. ¡Sigámoslos!

Siguiendo a los animales, recorrieron la culta y sabia Salamanca hasta llegar al palacete llamado la casa de las Conchas, porque su fachada estaba repleta de conchas de piedra. Además, contaba con un gran portón de madera y sus ventanas profusamente decoradas. Los animales encontraron en una esquina un montón de heno con el que se alimentaron. Don Quijote y Sancho llegaron con premura y detuvieron su paso bruscamente ante la imponente fachada.

—¡Oh, Sancho! ¿No es una de estas hermosas conchas el recipiente perfecto para el elixir del amor eterno? —exclamó el hidalgo.

Sancho intervino:

—Mi amo, no podemos llevarnos ninguna porque esta sin duda es la residencia de alguien.

—¡Pamplinas!, ¿no se merece mi amada el más bello recipiente?

Sin más espera, don Quijote, con un gran espadazo, arrancó una de las bellas y pétreas conchas.

Al momento la calle empezó a llenarse de campesinos, clérigos, lazarillos...

Sancho agarró la mano de su amo.

—Rápido, mi señor, huyamos con premura. Aquí va a armarse la marimorena.

Después de esta gran adversidad, llegaron a la iglesia de San Marcos, en la cual se contaba que se hallaba la cueva en cuyo interior se encontraba el elixir del amor eterno.

269

Don Quijote todavía se estaba colocando los brahones con la esperanza de conseguir su ansiado elixir. El hidalgo, con ímpetu, intentó abrir el gran portón de madera, pero no pudo, así que Sancho le ayudó con sus regordetas manos, y consiguieron abrirlo provocando un estrepitoso crujido. Los animales huyeron al oír el fuerte ruido, pero Sancho les mostró un manojito de heno que había cogido de la casa de las Conchas y regresaron junto a sus amos.

Los ataron cuidadosamente; entraron con sigilo y descubrieron con sorpresa que la iglesia era redonda. Se dirigieron hacia el altar.

—¡Sancho! ¿Qué serán esos libros? —preguntó extrañado el hidalgo.

—¡No lo sé, mi señor! Estarán de adorno.

—¡Coge aquel que tiene las tapas doradas! —ordenó don Quijote.

Sancho se acercó, lo cogió y, ¡PUUUMMMM!, se le resbaló de las manos.

En ese momento...

—¡Córcholis! Mi señor, aquí hay un agujero más grande que el pozo de la entrada de mi pueblo.

—¡Sancho, creo que por tu curiosidad acabamos de descubrir la cripta escondida donde se encuentra el elixir que tanto busco para mi querida Dulcinea! —dijo don Quijote.

—¡De hora a hora, Dios mejora! —comentó Sancho.

270 Nuestros queridos personajes entraron en la mítica cueva de Salamanca. Era una inmensa y profunda cueva. A la derecha había una gran cocina de piedra con grandes hornos en la que cocían todo tipo de hierbas para crear los elixires y las pócimas; al fondo se encontraban unos ancianos con túnicas oscuras descifrando libros secretos. A la izquierda, una gran bóveda llena de signos y símbolos desconocidos, y justo en el centro, en lo alto de una pequeña columna resplandeciente, como la más hermosa estrella, dentro de un frasquito de cristal con un tapón de metal decorado con piedras preciosas, se encontraba el que era sin duda el elixir de amor.

Se acercaron con paso blando, embelesados con esa maravillosa visión. Tan suave era el paso y tan entretenidos estaban los ancianos descifrando esos libros que no cayeron en la cuenta de la presencia de los dos extraños que habían entrado en su cueva.

Don Quijote dijo en voz baja para no ser oído:

—¡Sancho, apresúrate y coge nuestro ansiado elixir!

Y Sancho, tartamudeando, exclamó:

—Pe... pe... pero, señor, si me piernan las tiemblas.

Sancho, de espaldas al frasquito, miró a don Quijote. Este, enfurecido ante la inmovilidad de su siervo, le pegó un solemne empujón, lo que provocó que perdiera el equilibrio y su cabeza chocara contra la columna. La columna tambaleó con tan mala suerte que el frasco cayó sobre la cabeza de Sancho, y parte del líquido se derramó en su boca. El resto se vertió al suelo y fue absorbido por la tierra de la cueva; don Quijote

enfureció ante lo que él creyó que era una torpeza de Sancho que había provocado que perdiera su ansiada pócima.

—¡Necio! Has destruido mi oportunidad de enamorar a Dulcinea, ya que jamás podré romper el encantamiento que la aleja de mí. La malvada hechicera que me maldijo por mofarme de ella llamándola bruja desabrida, en aquel antiguo viaje nuestro, se saldrá con la suya y ya ni mis hazañas de gran caballero andante podrán enamorarla. ¡Pagarás por lo que has hecho!

Ante los estruendos de la caída y los gritos de don Quijote, los dos ancianos se volvieron y descubrieron a los intrusos.

271

Uno de ellos con voz muy grave preguntó:

—¿Quién osa perturbar la calma de nuestra cripta?

Temerosos de que los ancianos los hechizaran, pusieron pies en polvorosa y abandonaron raudamente la misteriosa cueva. Salieron tan rápido que Sancho no se percató de la presencia de los animales atados fuera de la iglesia y chocó contra Rucio. La luz del sol y el golpe contra el pollino hicieron que Sancho tuviera que frotarse varias veces los ojos para recuperar la visión. Por lo que su primera imagen de vuelta a la realidad fue su dientudo y orondo corcel. Como Sancho había bebido parte del elixir del amor no vio a su burro, sino que lo confundió con una joven y lozana moza. Sancho, trastornado, se enamoró de esa desconocida.

Don Quijote, desconocedor de los sentimientos de su compañero, le ordenó que continuara su camino, pero Sancho, atontado ante la visión de la hermosa campesina, no le escuchó y le preguntó a Rucio, cogiéndole la pezuña:

—¿Cuál es su nombre, mi señora?

Como no se trataba de una mujer sino de un burro, volvió a preguntarle moviendo la pata:

—¡Necesito saber cuál es su nombre!

El burro se asustó y le pegó una coz en la frente. El pobre Sancho perdió el conocimiento.

272 Cuando recuperó la conciencia se dio cuenta de que estaba en otro lugar. Notó en su cara el frescor de la hierba, escuchó el relajante sonido de una corriente de agua y cuando abrió los ojos vio un bonito manantial. Sancho, sediento, se lanzó a beber agua del manantial situado en las cercanías de la iglesia de San Juan de Sahagún, sin saber que su amo le había llevado allí porque era la única manera de liberarle del hechizo, o al menos eso le dijeron los dos ancianos cuando el amo, preocupado por su lacayo, regresó a la cripta en busca de solución.

Sancho al despertar recuperó la cordura y recordó todo. Exclamó:

—¡Oh, mi señor, gracias por devolverme al mundo real!

—Sancho, nos alejaremos siempre de los saberes ocultos y fantásticos. Mi querido escudero, nos dirigiremos hacia la verdadera fuente del saber que sin duda se encuentra en los libros que los eruditos custodian en este gran templo del conocimiento que es la Universidad de Salamanca —comentó don Quijote.

—Sí, mi señor, busquemos la Universidad de Salamanca. A pesar de que soy un burro que no estudió ni tocó un libro, nunca es tarde si la dicha es buena, y más vale tarde que nunca, que el que nada alcanza es el que nunca empieza.

Encaminaron los pasos hacia la culta y sabia universidad. Por el camino vieron a un grupo de zagales jugando al cangrejo que se empezaron a mofar de Rucio y Rocinante.

—Mi señor, estos muchachuelos tienen poco conocimiento, prosigamos hacia la universidad, que es nuestro interés —dijo Sancho.

Por el camino vieron las paredes llenas de vítores recordando a los estudiantes graduados.

Nuestros dos protagonistas se dirigieron a la universidad en busca de la rana que se encuentra en la fachada de la misma y de la cual cuenta la leyenda que, si la encuentras, te convertirás en un hombre culto que será capaz incluso de hablar en verso.

—¡Ojalá encuentre la rana para ser tan culto como usted y ser un noble caballero de honor! —dijo el escudero.

—Mi querido Sancho, en mis pasos junto a vos también he aprendido cosas importantes para la vida.

Nuestros amigos buscaron y buscaron en la hermosa fachada de la universidad. El tiempo pasaba y la rana no aparecía...

—Mi señor, la noche cae, prosigamos el camino —propuso Sancho.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué espléndida visión! Sobre una calavera vi y una misteriosa rana descubrí —exclamó don Quijote.

—Discúlpeme, vuestra merced, pero, sin ánimo de ofender, la rana no va a aparecer.

—Necio, ¿acaso dudas de mi palabra? Fíjate bien en la parte derecha de esta plateresca fachada; si tu colosal cabeza permite tu vista alzar, en lo alto de una calavera la has de encontrar.

—¡Mi señor, hela ahí! Por fin la encontré. Convencido estoy de que una persona ilustre como vos seré.

—¡Bravo, mi gran escudero, con años y lectura sin duda alcanzarás la cultura!

Sancho, emocionado por el hallazgo, empezó a dar saltos de alegría. En ese momento un grupo de estudiantes que se acercaban a la universidad gritó: «Viva la aceituna», y un segundo grupo contestó: «Viva el chorizo». Entonces Sancho dejó de saltar y dirigiéndose a don Quijote dijo:

—¡Mi señor, me siento ofendido! Vale que soy achaparradito, pero no para que me llamen chorizo u oliva.

—Amigo Sancho, tu falta de cultura te juega una mala pasada; lo que hacen esos muchachos es alabar su origen: la oliva de los nobles campos andaluces y el chorizo de los apetitosos porcinos de Extremadura, tierra de conquistadores. Además, mi escudero, el plateado manto de la luna ya baña la ilustrada ciudad, es hora de regresar a la posada para descansar y así mañana al alba partiremos hacia Ávila, tierra de hombres nobles.

Dicho lo cual, caballero y escudero, en su corcel y su burro, pusiéronse en marcha.

Capítulo XXIII

La justa de Ávila

CEIP Manuel Azaña
Ávila

Tutor literario
Andrés Guerrero

Profesorado

Félix Causapié Martínez

Alumnado

Samira Zoufri García
Victoria López Hurtado
David Pérez Sabina
Daniel Alexandru Vaduva



Capítulo XXIII

La justa de Ávila

Después de recorrer media España, intentando impartir justicia y buscar a su querida y amada doncella Dulcinea, llegaron por fin a Ávila.

Durante ese recorrido el cansancio había hecho mella en nuestros dos amigos aventureros.

Llegaron con las primeras luces del alba y decidieron descansar unas horas en una posada a las afueras de la ciudad.

Al despertar don Quijote decidió dar una vuelta por el municipio mientras Sancho seguía durmiendo.

Salió de la posada y, sin rumbo fijo, se puso a caminar en busca de alguien que le pudiera decir si conocían o habían oído hablar de una doncella muy bella que respondiera al nombre de Dulcinea, pues alguien le había comentado que se había trasladado a vivir a una gran villa con una muralla que recubría toda la ciudad.

Al llegar a la plaza principal don Quijote se dio cuenta de que el pueblo celebraba las fiestas en honor al santo patrón de la ciudad.

Había campesinos, nobles, comerciantes, artesanos y vecinos de los pueblos más cercanos, todos ellos mostrando productos, representando actuaciones y haciendo comidas con el fin de conseguir algo de dinero.

Don Quijote, asombrado por la expectación de uno de los puestos cercanos a la fuente que ocupaba el centro de la plaza, decidió acercarse a ver qué ocurría. Allí en medio del gentío había un joven disfrazado de bufón haciendo reír tanto a mayores como a niños.

280

El hidalgo, atraído por lo que aquel muchacho, intentó acercarse, hasta que algo le detuvo. Delante de él había un niño de corta edad, vestido con lujosos trajes. El niño, al darse cuenta de que don Quijote le estaba empujando, se dio la vuelta y tiró de la barba a nuestro caballero.

Don Quijote se quedó al principio un poco perplejo, ya que no esperaba la reacción de aquel muchacho, pues según las leyes de caballería tirar de la barba a un caballero era motivo de desafío.

—¿Cómo te atreves, mocoso, a desafiarme de esa manera? —preguntó don Quijote algo furioso—. ¡Y más delante de toda esta gente! —exclamó.

—No. ¿Cómo se atreve usted a empujarme de esas maneras? —respondió el muchacho con aires de superioridad—. ¿Acaso no sabe quién soy? —preguntó el muchacho.

—Pues no tengo el placer, ¿acaso lo debería de saber? —contestó don Quijote.

—Se dice que las personas mayores suelen saber más que los niños, pero ya veo que usted es una excepción.

—¿Se puede saber qué estás insinuando? No soy ninguna excepción. ¿No crees que eres un poco engreído e irrespetuoso para tu corta edad, mozuelo? —le espetó don Quijote.

—Pues no lo parece, ni siquiera sabe quién soy y le puedo asegurar que soy uno de los hijos de una de las personas..., por no decirle la más importante de todos los alrededores.

—¿Y puede saberse entonces con quién tengo el placer de estar hablando? Y al que como siga así le daré una buena

lección de humildad y educación —respondió irónico don Quijote.

—Me llamo Alonso, y pronto seré uno de los duques más importantes de España y alrededores.

—¿Más importantes? —respondió don Quijote—. ¿Acaso tu padre es amigo íntimo del rey o qué?

—Para parecer usted un poco torpe de mollera lo ha adivinado a la primera. En efecto mi padre es muy amigo de su majestad —rio el muchacho, que se burlaba de don Quijote.

—Me gustaría tener unas palabras con tu padre, ¿o está muy ocupado tomando un vino con el rey? —dijo don Quijote en tono de sarcasmo.

—Claro que sí, faltaría más, puede esperar aquí hasta que lo terminen de tomar.

—Niño insolente, no me tomes el pelo —dijo alzando la mano con intenciones de amenazar y desafiar a aquel muchacho impertinente.

Pero algo le paró la mano en seco, algo le agarraba con fuerza su muñeca, algo frío y grande. Se dio la vuelta despacio y, enfadado a la vez que sorprendido, se dio cuenta de que era Sancho.

Sancho, que había visto todo desde la lejanía y no podía permitir que su querido compañero se metiera en más líos de los que ya tenía, le dijo:

—No lo haga, de qué le va servir... Es verdad que este niño no tiene muy buena educación que se diga —le sugirió Sancho—, pero es un niño y lo único que va a conseguir es hacerle llorar, hacerle daño y, por muy mal que haya estado lo que le ha hecho, esas no son formas de actuar de un caballero. Al final lo único que va a conseguir vuestra merced es otro tortazo del padre, y si es verdad que es amigo del rey, también una no-

che en el calabozo —acabó diciendo Sancho—. Y ahora piense, querido amigo, si merece la pena lo que ha estado a punto de hacer, recapacite, por favor, que es usted un hombre de buena cuna.

—Tienes razón, amigo, no merece la pena, solo es un niño y efectivamente ha estado mal lo que ha hecho, pero eso no es excusa para hacer algo incluso peor que lo de él. Lo siento —dijo don Quijote algo nervioso.

—Creo que tú también debes una disculpa, ¿no es así? —susurro Sancho al crío.

—Sí, siento haberle tirado de la barba y hablado así de mal —se disculpó el joven.

—Acepto tus disculpas —dijo don Quijote.

Y nuestros dos amigos dieron media vuelta y comenzaron a andar hacia la posada donde estaban instalados.

De camino a la posada, don Quijote se pasó la mitad del recorrido contándole a Sancho lo que había pasado, a ver si lo conseguía convencer de que la culpa solo la había tenido el niño. Mientras seguían inmersos en esos quehaceres, se cruzó por el camino con una joven morena parecida a la bella Dulcinea.

Cuando quiso reaccionar, no vio a la muchacha, y don Quijote empezó a buscarla desesperadamente, gritando su nombre hasta quedarse sin aliento. La joven, al darse cuenta de que un caballero la perseguía, empezó a correr más y más rápido hasta que consiguió meterse en una posada que había en una de las calles.

Don Quijote, a pesar de no haber visto el rostro de la joven, estaba seguro de que era su amada. Se paró delante de la puerta de la posada, pero algo no le dejaba entrar, quizás era el miedo a que no fuese Dulcinea o el miedo a que sí lo fuese. El caso es que no entró, se quedó ahí inmóvil mirando fijamente la madera sucia de la puerta.

Después de un rato llegó Sancho, cansado y casi sin oxígeno, que venía siguiéndolo temiendo lo peor. Se quedó mirando a su amigo durante un momento y por fin decidió pronunciar palabra:

—Señor, ¿qué le pasa? ¿Se encuentra bien? Lleva mirando la puerta sin decir nada mucho tiempo. ¿No era su doncella? —preguntó Sancho.

—No lo sé —respondió su señor.

—¿Cómo que no lo sabe? —volvió a preguntarle Sancho.

—No he visto su cara, no sé si era ella, no sé si era Dulcinea —le dijo don Quijote desesperado.

—¿Y a qué espera para saberlo? ¿Qué hace aquí quieto, parado sin hacer nada? —le gruñó Sancho—. ¿Por qué no entra y lo averigua? Hemos viajado por medio país en busca de su amada y ahora que cree haberla encontrado no va junto a ella. No lo entiendo —le dijo Sancho incrédulo—. Ha luchado contra gigantes, niños, tirones de barba, hemos dormido a la intemperie y no hemos tenido miedo y ahora me está diciendo que tiene a unos metros a la persona a la que ama y ¿no va con ella? ¿Es que es usted un cobarde? —le reprendió Sancho.

Don Quijote se armó de valor y empujó la puerta de la posada. Echó una rápida ojeada al local y no vio a ninguna mujer que respondiera a las características de la joven que creía haber visto entrar.

Al cabo de un momento, preguntó:

—¿Ha entrado aquí una joven mujer que responde al nombre de Dulcinea?

—No, aquí no ha entrado ninguna joven llamada Dulcinea; en todo caso ha entrado mi hija, llamada Carmen —dijo el posadero con el que estaba don Quijote.

Don Quijote salió muy decepcionado de la posada.

Sancho preguntó:

—¿No ha encontrado a su amada Dulcinea?

—No, solo he encontrado a una chica llamada Carmen, hija del dueño de la posada —dijo don Quijote.

Sancho, aunque no lo dijera, se estaba empezando a cansar de buscar a la doncella Dulcinea, sabiendo en su interior que no era más que fruto de la imaginación de su compañero de aventuras. Sabía que no la encontraría nunca, y cada vez tenía más ganas de volver a casa.

284

Después del episodio de la posada, don Quijote y Sancho dieron una vuelta por la villa, ya que don Quijote seguía insistiendo en que su amada Dulcinea se encontraba en una villa como aquella.

Al regresar a la posada, volvieron a pasar por la plaza y se encontraron de nuevo con el muchacho de la discusión, pero esta vez su padre estaba con él.

Al verlos el padre se dirigió a don Quijote y le dijo:

—Ya me ha contado mi hijo la disputa que han tenido, y que han resuelto amistosamente. No obstante, me gustaría disculparme con usted y poder invitarlos a un vino en alguna posada, como modo de disculpa.

Don Quijote aceptó gustosamente y acompañado por Sancho fueron a una posada cercana a tomar un vino.

Mientras andaban hacia la posada, Sancho disimuladamente advirtió al padre del niño de la poca cordura que algunas veces lucía su compañero. Don Juan se quedó muy sorprendido del tipo de viaje que estaban haciendo y el motivo que les llevaba a hacerlo.

Después de un rato llegaron a la posada; allí don Juan hizo honor a su posición y los invitó a todo lo que desearon, escuchando muy atentamente las historias y aventuras que don

Quijote estaba relatando y, debido al vino que estaba tomando en exceso, exagerando.

Don Juan, que era un hombre de mundo y de muy buena educación, se sentía conmovido y a la vez apenado por su invitado, por lo que, después de un buen rato de pensarlo, confesó a Sancho que tenía una idea para ayudar a su caballero, de la cual saldría reforzado en su autoestima y le daría fuerza para poder seguir el camino hacia su casa.

Don Juan propuso, aprovechando que estaban de fiesta en la villa, hacer una especie de justa o combate, donde participara don Quijote junto con otros ilustres caballeros de la zona, y donde podría demostrar sus capacidades en la batalla.

Todos miraron sorprendidos a don Juan, sobre todo Sancho y el muchacho, sabiendo que allí no había ningún caballero y desconociendo qué tramaba don Juan.

Don Quijote no lo pensó dos veces, y aceptó el reto, sabedor de que acudirían la mayoría de los ciudadanos, y entre los que pensaba encontrar a su querida Dulcinea.

Don Juan invitó a su casa tanto a don Quijote como a Sancho, que se instalaron como participantes de dicho torneo.

Don Quijote aceptó tal invitación y le dijo que no se arrepentiría de hospedar al futuro ganador del torneo.

Al salir de la posada, don Juan propuso a don Quijote que se fuera a su posada a pasar la noche y que Sancho se fuera con ellos para que así pudiera preparar los aposentos como merecía un caballero como él.

Camino a casa don Juan explicó a su hijo y a Sancho de qué trataba su plan. Don Juan pretendía que don Quijote luchara con algunos de sus sirvientes, a los cuales los disfrazaría como si fuesen caballeros y, al no tener ni idea de armas y lucha, don Quijote los derrotaría con facilidad.

A la mañana siguiente, Sancho se dirigió a la posada a buscar a su señor y acompañarlo hasta la casa de don Juan. Cuando llegaron allí, sus empleados y sirvientes habían preparado ya todo, las habitaciones, los establos, los disfraces de caballeros para sus sirvientes, los cuales habían accedido no con un poco de recelo y miedo, y, sobre todo el lugar del torneo, engalanado de banderas y pendones.

Don Quijote pasó la mayor parte de la tarde descansando en su habitación, preparándose como si fuese su último combate. Mientras Sancho y don Juan asesoraban a los sirvientes sobre cómo actuar para que no sufrieran ningún tipo de percance durante el torneo.

Don Juan había invitado a muchos de sus amigos, que no dudaron en ir a ver el espectáculo, más bien como comedia que como torneo.

A la mañana siguiente don Quijote madrugó más de lo normal, los nervios no le dejaban dormir, por lo que prefirió ir preparando sus armas y hacer algunos rezos para asegurarse protección y algo de suerte.

A las doce en punto empezó el torneo, se presentaron los cuatro caballeros, haciendo el protocolo requerido. Así que don Quijote empezó a buscar a Dulcinea entre el público para poder obtener una prenda de ella que le diera la suerte y el poder para luchar por ella. Pero cuál fue su desdicha que no encontró por ningún lado a su amada. No tuvo más remedio que conformarse con el pañuelo de una sirvienta de don Juan que se hacía pasar por una señora de bien, tal vez duquesa o marquesa.

En el primer combate le tocó luchar contra el panadero de don Juan, el cual no sabía ni montar a caballo. Era tal su miedo que ni siquiera fue capaz de articular palabra y de agarrar con fuerza las cinchas del caballo.

Al sonar la señal, don Quijote espoleó a Rocinante, que, en vez de correr, saltó dando coces del dolor y el susto que tenía el pobre corcel. Por fin se arrancó Rocinante y corrió en busca del otro caballo, que todavía no había salido de su sitio, ya que el panadero no era capaz de hacer movimiento alguno. Así que don Quijote se lanzó a por su contrincante con tanta fuerza e ímpetu que derribó al pobre panadero en el mismo sitio en el que se había montado en su caballo.

Después del lance don Quijote gritó de orgullo, se bajó del caballo a ver si su rival quería seguir luchando con espada, pero el pobre panadero yacía en el suelo, cual muñeco de trapo, por lo que don Quijote pasó a la final del torneo.

Desde una esquina Sancho observaba un poco incrédulo el espectáculo, temiendo por la salud de su señor, el cual estaba cada vez más eufórico.

Don Quijote no quiso ver la otra semifinal, y prefirió irse con Rocinante a calmarlo, más del susto que tenía que de otra cosa.

Por fin se oyeron gritos y regresó para la gran final del torneo. Don Quijote se volvió a montar en su caballo y tomó la lanza y el escudo que le dio Sancho, al cual le dijo que si le pasara algo buscara a su amada Dulcinea y le contara que todo lo que hacía lo hacía por ella.

Sancho asintió, y le dijo que tuviera cuidado, que le atacara de frente, y así tendría más posibilidades de ganar. Justo era lo que habían acordado con don Juan y el mozo de las cuadras, que era el otro finalista.

El mozo tenía más planta de caballero ya que era joven, alto y fuerte, lo que hacía que don Quijote se creyese el torneo como algo verdadero.

A la señal, don Quijote y el mozo espolearon a sus caballos, y estos comenzaron a galopar; justo en la mitad del recorrido,

Rocinante paró la carrera y don Quijote perdió el equilibrio, lo que hizo que no pudiera golpear al mozo, y en su afán de recuperarse cayó al suelo.

El mozo, que ni siquiera tocó a don Quijote, una vez que le sobrepasó, bajó del caballo y desenfundó su espada. Don Quijote, que tardó un mundo en levantarse, estaba aturdido de la caída, pero cuando se puso en pie también pudo empuñar su espada. Se enfrentaron ambos caballeros, ahora con espada, ante el pánico de todos, ya que aquello no estaba previsto por don Juan.

288

El mozo miraba a su amo, sin saber qué hacer, esquivando como podía las embestidas fallidas una y otra vez de don Quijote, que estaba como loco. Pero en una de ellas el mozo acertó a detener y fingir que le había alcanzado y derribado, perdiendo además su espada. El mozo se arrodilló y pidió clemencia a don Quijote, el cual miró a don Juan esperando su aprobación.

Don Juan se levantó de su asiento y exclamó:

—Usted, don Quijote, que ha luchado con valentía y honor y que conoce como nadie las leyes de caballería, sea un hombre compasivo y clemente, y así podrá ser recordado por su valentía y su bondad, lo que hará que su fama sea todavía más conocida y respetada por todos los caballeros del reino.

Don Quijote asintió bajo la espada y ayudó al mozo a levantarse. Le dijo:

—Ha luchado con valentía y honor y ha estado incluso a punto de vencerme, debe estar orgulloso de su combate.

Cuando se saludaron los dos contrincantes e hicieron lo propio con el anfitrión del torneo, don Quijote buscaba desesperadamente entre el público a su amada, la cual no dio ninguna señal de estar allí presente.

Don Juan, viendo a don Quijote tan afligido, le dijo que era imposible que estuviera allí su querida Dulcinea, ya que si hu-

biese estado, se hubiera presentado ante él después de singular batalla. Por lo que don Juan propuso y aconsejó a don Quijote seguir con su camino a buscar a su amada en otra villa, ya que por la zona había otros pueblos también amurallados donde podría encontrar a su querida Dulcinea.

A la mañana siguiente, después de almorzar con don Juan y su familia, Sancho y su señor emprendieron viaje a otra villa, pues tal vez allí encontrarían a su tan ansiada y querida Dulcinea.

Capítulo XXIV

Quijoteando en Segovia
y alrededores

CEIP Luis Vives
Segovia

Tutora literaria
Concha López Narváez

Profesorado

Francisca González Ricote

Dolores López Bautista

Juana Rello Serrano

Esther Rivas Rivero

Amador Santiago Gómez

María Elena Vaquero Muñoz

Alumnado

Álex Alhambra Jiménez
Adriana Almena Yuste
Nora Amlou Lara
Nicolás Arroyo Pérez
Celia Barona López
Iván Barcenilla San Segundo
Lucía Bautista Pavón
Alejandro Blanco Rubio
Alison Iuliana Betancourt Serrano
Izan Bonifacio Rodrigo
Paula Campos Moreno
Javier Carbonell Gargallo
Jennifer Chávez Murillo
Yeray Cordero Felipe
Alberto Cortijo Martín
David Díaz González
Mario Expósito Caldero
Lucía Fernández Hidalgo
Nadia Flores García
Sandra Gallego Hervás
Lidia García-Conde Díaz
Luis García Piris
Alejandro Galán Lacón
Lucía García Carral
José Gómez Lomas
Marcos González Gata
Marcos Hernán Garza
Mara Hernández Hidalgo
Lucía Herrero Romero
Irene Machado Martín
Ismael Malha García
Adrián Martín Brigidano
Alejandra Elena Martín Filimon
Marcos Martín González
Leyre Mariño Fernández
Irene Maldonado Mayoral
Amalia Briana Matei
Teresa Medina Martínez
Vanesa Momtchilova Chopova
Rubén Morales Pradillo
David Morales Val
Neshe Nezhdetova Basrieva
Víctor Pablos Torres
Rubén Pacheco Mínguez
Eva Pacheco Mínguez
Atenea Palacios de Francisco
Alba Paniagua Fuertes
Daniella Peralta Jimeno
Alejandro Pérez Rentero
Sergiu Raúl Popirlan
Lucía Rey Matos
Ricardo Rodríguez Muñoz
Joaquín Romero Llanos
Donovan Daniel Romero Machado
Óscar Ruiz Cabral
Marcos Sánchez García
Marcos Sánchez-Mellado Alfonso
Lucía Sánchez Mora
Álvaro Darío Sánchez Sánchez
Diego San José Calatayud
Konstantin Stefanov Yanev
Izan Silva Jiménez
Miryam Terrones Fernández
Natalia Toledo Ochaita
Sofía Torres Arriaza
Elena Vadillo Bautista
Paula Velasco Ortuno
Antonio Zambrana Utrera
Ashly Stephany Zambrano Marcillo
Paula Zamarreño Plaza



Capítulo XXIV

Quijoteando en Segovia y alrededores

Estando la noche oscura, cabalgaban el Caballero de la Triste Figura y su fiel escudero hacia la ciudad de Segovia. Habían ya superado el Paso del León hacia la meseta Norte, cuando desapareció el sol y el frío se empezó a sentir sobre las ropas que llevaban. El caballo Rocinante iba cargado con don Quijote y el Rucio con Sancho Panza atrás. La noche seguía más fría, y a la altura de Otero de Herreros, a dos horas de camino hasta la ciudad del acueducto, vio don Quijote a lo lejos una sombra que confundió con un monstruo de hielo, y que en realidad era un simple espantapájaros lleno de escarcha de la fría noche que acechaba. Con lanza en mano y espada en la otra no dejó en pie don Quijote ni el palo que sujetaba al suelo al pobre hombre de paja. Orgulloso de la hazaña, creyendo que en realidad había derrotado al gran enemigo de los campesinos, siguieron camino hacia la ciudad, que los esperaba ya oscura.

Antes de entrar en ella encontraron una posada a la altura de Hontoria. El día había sido largo desde su salida del Real Sitio del Escorial, y bien merecía la pena parar en una posada a la salida del pueblo para descansar del ajetreado camino y reponer fuerzas con un menú típico de aquella zona: delicioso lechón asado, judiones de La Granja y de postre

ponche segoviano. No imaginan vuestras mercedes lo bien que durmieron esa noche los viajeros manchegos y en especial Sancho, con panza muy satisfecha. Las monturas tampoco comieron mal: hierbas secadas en verano de los prados de la zona.

A la mañana siguiente bien temprano, con el frío matutino proveniente de la sierra de Guadarrama, y con Peñalara como testigo más alto y nevado, salieron don Quijote y Sancho en sus cabalgaduras camino de la ciudad. Habiendo pagado la cena y la cama con las últimas monedas que les quedaban, debían buscar aventuras para ganar un jornal y seguir su viaje por Castilla la Vieja.

296

Antes de entrar en la ciudad a la altura de la Acequia del Mercado se encontraron el caballero y su escudero con un grupo de labriegos calentándose frente a una hoguera recién avivada. Pensó don Quijote que se trataba de un temible dragón y fue a ayudarles. Sancho le gritó entonces:

—¡Pero, mi señor, si solo se trata de una hoguera!

—No, Sancho, esos hombres están aterrorizados por un dragón —le respondió don Quijote.

Bajose el bueno de don Quijote de Rocinante, quitose su bacia y entrando en el arroyo cogió agua que arrojó sobre lo que él pensaba era un dragón. Como era su fuego, los campesinos se quedaron quietos, sin entender muy bien qué hacer y decir. Fue entonces cuando uno de ellos gritó:

—¡Está loco! ¡Si solo era una hoguera para calentarnos del frío matinal!

A lo que don Quijote contestó:

—Eso parecía a vuestros ojos, pero en realidad se trata del dragón que habita en las entrañas de la Mujer Muerta, que se alimenta de las almas de los campesinos como vosotros.

—¡Nos ha apagado la hoguera, ahora tenemos frío! ¡Fuera de aquí! ¡Largo! —contestaron los campesinos con una actitud que empezaba a ser agresiva.

—Señor, ya le dije que no era un dragón, sino una hoguera encendida para quitar el frío de la mañana —dijo Sancho a su señor.

—Te repito, Sancho, que eso es apariencia porque los dragones se camuflan bien a los ojos de los humanos —respondió don Quijote subido sobre su caballo.

Estando ya en las calles de Segovia, y como estaba el día nublado y el cielo encapotado, empezó a llover.

—¡Maldigo estas tierras y su tiempo! —exclamó enfadado don Quijote.

—¿Por qué decís eso, vuestra merced? —dijo Sancho, su fiel escudero—. Un poco de lluvia nunca viene mal.

—Tú, mi fiel y leal compañero, deberías saber mejor que nadie que cuando encontré esta armadura estaba destrozada y agujereada. Rellenarla tuve con pulpa de trapo. Por esta maldita lluvia los agujeros de mi armadura aparecen de nuevo.

—¡Mire, don Quijote! Disfrute de las vistas de ese singular monumento, al cual llaman acueducto. ¿No es maravilloso? —exclamó Sancho.

—¿Acaso no conoces la historia? —contestó perplejo don Quijote—. ¡Fue creado por el mismísimo demonio!

Cayose en ese justo momento una piedra cerca de nuestro caballero andante y este pensó que había ofendido al rey del Inframundo. Entonces don Quijote, pensando que la intención de Satanás era destruir Segovia entera, decidió enfrentarse a Lucifer.

—¡Sancho, he enfadado a Luzbel, me subiré a su creación para combatirle!

—Vuestra merced, ¡tened cuidado! Podríais caer y haceros mucho daño. Además, no es seguro que haya sido él —exclamó preocupado Sancho.

Pero don Quijote ya había comenzado a subir por las piedras del monumento. Y entonces Sancho, al darse cuenta de la obstinación que mostraba su valiente señor, pensó en voz alta:

—¡Dios nos proteja para esta nueva aventura alocada que emprende mi señor!

298

Don Quijote mientras tanto seguía trepando con dificultad pero sin parar. Una vez que llegó a lo alto, desenvainó la espada y empezó a gritar mirando al cielo:

—¡Tú, cobarde abusivo! —exclamó don Quijote—. ¡Acaso no te atreves a atacar a la persona que te ha maldecido y atacas a un pueblo inocente de pecado alguno! ¡Lo que te falta es valor!

Entonces un retumbante sonido partió del cielo y un rayo impactó en la espalda de nuestro caballero. Perdió el equilibrio don Quijote y cayó del acueducto golpeándose con el duro suelo.

Tras comprobar Sancho Panza que don Quijote estaba bien, un poco aturdido por la caída, Sancho corrió en busca de las cabalgaduras, que habían salido espantadas por el ruido del trueno, diciéndole antes a su amo que esperase allí sentado a que él regresara.

Quedose don Quijote tambaleándose y sin recordar nada del lugar en el que se hallaba, pues con el golpe había perdido el conocimiento. Pasó mientras tanto por allí un joven que había observado de lejos cómo el caballero encaramado a las piedras romanas, con espada en alto, había caído derribado por el rayo. Entonces don Quijote le increpó:

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi compañero? ¡Qué quieres de mí! —exclamó don Quijote.

—¿Cómo se encuentra vuestra merced después del golpe que se dio? Mi nombre es Leonardo del Castillo —le informó con tono calmado—. No sé nada de su compañero y no quiero nada de usted, tan solo curarle. Soy barbero y podría sanarle las heridas de la caída. ¿Quiere acompañarme a mi casa? Voy hacia mi pueblo, Zamarramala, cerca de aquí.

Don Quijote, que aún se encontraba aturdido por el golpe, desorientado, dolorido..., no dudo en hacerlo. Seguía lloviendo y el día era oscuro, desapacible.

A la mañana siguiente se despertó en cama seca y hogar caldeado con gloria. Sus heridas habían sido limpiadas y el caballero lucía camisión blanco largo. Curiosamente se dirigió de nuevo al barbero Leonardo con el mismo tono y preguntas del día anterior:

—¿¡Quién eres!? ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi compañero? ¡Qué quieres de mí! —exclamó don Quijote.

—Le repito, buen señor, que soy Leonardo del Castillo, barbero, y que ayer le traje a mi casa para sanarle. Nada a cambio le pido, solo es caridad.

—¿Cómo que me sanaste?

—Cayose usted del acueducto, yo le recogí y le traje a mi barbería para cuidarle.

—Sancho debe estar buscándome, he de irme. ¿Dónde está mi corcel Rocinante?

—¿Qué corcel? ¿Quién es Sancho? —le interrogó Leonardo.

Nervioso y sin saber qué decir, el Caballero de la Triste Figura calló.

Mientras esto le ocurría a don Quijote, Sancho llevaba horas recorriendo las calles de la ciudad de Segovia. Llegado a la altura del alcázar gritó con angustia desde el balcón natural:

—¡Su merced! ¡Dónde se halla! ¡Don Quijote, contésteme, su señoría!

Con el estómago vacío pero sin apetito, raro en nuestro tra-gón amigo, la angustia de Sancho aumentaba por no encontrar a su señor. Fue entonces cuando vio una villa cercana y pensó que a lo mejor allí sabrían algo de su amigo de andanzas. Em-prendió camino y entró Sancho a la pedanía para preguntar por su amo.

300 —Disculpe, buen vecino, mi nombre es Sancho y vengo a vuestro humilde y acogedor pueblecillo para preguntaros si habéis visto a mi señor y amigo: caballero enjuto, las cum-bres de su pelo son blancas, tiene bigote y barba cuidada, lle-va armadura plateada y desgastada y es de edad superior a la mía.

Pero nadie pudo dar respuesta a Sancho sobre su señor. Así que decidió seguir caminando hacia otra villa cercana, pero ta-les eran el cansancio y la fatiga del bueno de Sancho que antes de abandonarla se desmayó y perdió el sentido. Cuando des-pertó preguntó:

—¿Dónde estoy?

—Se encuentra usted en la aldea de La Lastrilla, cercana a la ciudad de Segovia. Yo soy Fulgencio de Cantimpalo y mi señora Fuencisla, como la Señora de la ermita cercana. Nuestra alcaldesa ha dado orden de acogerle y cuidarle. Los gastos son compartidos por todos los habitantes.

—Pero he de ir en busca de mi amo y amigo don Quijote, que estará maltrecho por ahí.

—Primero, mi desconocido amigo, ha de reponerse de su agotamiento. Tras esto, yo le ayudaré a buscarle.

Así transcurrieron los días de los dos amigos, que, aunque bien cuidados y alimentados por las buenas y recias gentes cas-

tellanas, se sentían tristes sin la compañía de su señor y escudero fiel. Sin saber nada de la suerte que habían corrido uno y otro. Sin saber de su salud y estado.

Sancho Panza, que era de buen comer, dejó casi vacía la despensa en su hospedaje, pero no hubo reproche alguno, ya que la gente del lugar era archiconocida por su hospitalidad y generosidad. Le fue ofrecido hasta un cochinitillo segoviano, calentado sobre un horno de leña que hacía del lugar leyenda por su gastronomía. A cambio Sancho ayudaba en las tareas de la casa con los animales.

301

Don Quijote mientras se consolaba con la lectura de algún libro de caballería que había encontrado en casa del barbero. El que más le gustó narraba las aventuras de un noble caballero de la zona que había dado vida a una montaña cercana, la Mujer Muerta, adentrándose en las entrañas de la tierra y regándola de vino de uva.

En cuanto al coste de comida ya es sabido que don Quijote es de poco comer y el gasto era pequeño para el barbero. Además, con la excusa de ver a tan extraño personaje, el barbero recibía más visitas de las habituales. Se había corrido la voz e incluso bajaban señores de la ciudad de Segovia.

Una vez que Sancho se encontró saciado, rogó a su nuevo amigo que le ayudara a buscar a don Quijote. Su impaciencia fue comprendida y el propietario de la casa anunció de la urgencia de la búsqueda de don Quijote a sus convecinos. Hasta ellos llegó un extraño rumor que corría por la vecindad sobre el barbero Leonardo del Castillo, de Zamarramala. Al parecer, también había atendido a un forastero que había sido hallado muy maltrecho y con el pelo chamuscado.

Ante tales habladurías Fulgencio decidió entonces acompañar a Sancho Panza al pueblo cercano hasta la casa del barbero.

Una vez que se encontraban ante la barbería, Sancho estaba tan impaciente que aporreó la puerta:

—¿Quién golpea así la puerta? Adelante, entre.

—¡A la paz de Dios, barbero! No os asustéis. Soy Fulgencio, de La Lastrilla, con un acompañante forastero.

El barbero pensó para sus adentros:

—¡Hasta del pueblo de al lado vienen a visitarme! ¡Cuánto bien me está haciendo don Quijote y cuánto está aumentando mis arcas!

302

Algo decepcionado se quedó cuando se dio cuenta de que el cometido del visitante y acompañante era dar encuentro entre don Quijote y Sancho Panza. No obstante, se sintió contento y orgulloso de contribuir a tal enmienda entre caballero y escudero:

—¡Amigo Sancho! —exclamó don Quijote con una voz debilitada por la emoción y el nudo en la garganta.

—¡Estoy aquí, mi señor! Me he encontrado con la gentileza de este aldeano y su señora, que sin duda pasarán a formar parte de nuestras aventuras. Gracias a ellos os he dado encuentro y no habrá forma de pagárselo sino con ser sus vigilantes.

A lo que don Quijote contestó:

—Por supuesto. No se me ocurre mejor forma de agradecerlo que ser sus guardianes y protectores durante un tiempo de esta y aquella villa, pues debes saber tú también Sancho que me han querido y cuidado en Zamarramala como a ti en La Lastrilla.

Ambos anfitriones se sintieron conmovidos por las muestras de cariño entre Sancho y su señor y por la gratitud que mostraban hacia ellos y su hospitalidad.

Pasaron algunos días más Sancho y don Quijote por aquellas tierras, protegiendo a sus habitantes, sobre todo en los

caminos que unían a ambas localidades, pues bien es sabido que rufianes hay en todas partes. Era la forma que tenían de agradecer tanto cuidado y cariño durante el tiempo que ambos estuvieron convalecientes.

Pero llegó el día en que decidieron partir en busca de nuevas y mejores aventuras. Amo y caballero se sentían preparados para iniciar una nueva ruta para seguir saciando su sed de justicia y de aventuras.

Al atardecer, mientras el cielo tornaba de colores rojos y violetas, montaron en su caballo y su asno para alejarse con la mano en alto, despidiéndose con lágrimas en su rostro.

Todos los aldeanos, agolpados en la periferia de su pueblo, exclamaban en voz alta:

—Adiós, caballero y escudero. Aquí tendréis siempre un hogar al que acudir. Formaréis parte de nuestro corazón. No dejéis de visitarnos.

Y así fue la fugaz y accidentada visita de don Quijote y Sancho a la Real Villa de Segovia. Fugaz porque duró horas, las que necesitó el caballero para pelear con el diablo. Y accidentada porque ambos, caballero y escudero, terminaron necesitando los cuidados de Leonardo y Fulgencio.

En la imaginación de Sancho y don Quijote volvieron a aparecer imágenes de un cochinillo bien hecho, con su grasa brotando de una corteza crujiente, acompañado de un buen vino de la zona que daría gusto a su paladar. Eso sí, soñaban con poder disfrutar de tales presentes juntos, pues esta aventura se había desarrollado uno lejos del otro; algo a lo que amo y criado no estaban acostumbrados.

Capítulo XXV

De cómo nuestros amigos
descubren un lugar maravilloso
llamado Rascafría y viven
una pequeña aventura con los
monjes del Paular

CC San Felipe Neri
Rascafría

Tutor literario
Andrés Guerrero

Profesorado

María José Sánchez Medina

Alumnado

Marta Al-lal Díaz

Ángela Barreira Cruz

Enma Correal García-San Pedro

Luis Miguel Gómez Martínez

Julián González Naharro

Darío Hazas Reyero

Alejandro Hernández Cimiega

Bruno Lamprea Ferrera

Carlos Moslero Martínez

Eduardo Pérez Rabadán



Capítulo XXV

De cómo nuestros amigos descubren un lugar maravilloso llamado Rascafría y viven una pequeña aventura con los monjes del Paular

Don Quijote y Sancho Panza salían cansados de Segovia; llevaban mucho tiempo de viaje, y el regreso a casa se les estaba haciendo un poco largo; además, tanta piedra junta, y tanto acueducto, les había resultado bastante pesado.

Aunque se dirigían a Alcalá de Henares, decidieron tomar un desvío para ver si podían descansar un poco sin que ocurriese ningún altercado. Iban tranquilos por el camino, cuando a lo lejos divisaron una columna de humo que salía por encima de los árboles. Parecía que algo se estaba quemando.

—Amigo Sancho, allí veo una lengua de fuego y el humo que produce me hace pensar que se trata de un dragón.

—¡Señor! ¡Señor! ¿Cómo va a ser un dragón? Es una zona muy tranquila, aquí no creo que haya ninguno (ni en ningún sitio).

—Acerquémonos —le indicó a Sancho. Y caminaron dirigiéndose hacia el lugar.

Cuando ya se encontraban bastante cerca, empezó a funcionar el fino olfato de Sancho, y enseguida descubrió que se trataba de una fogata en la que estaban asando carne de cerdo con tocino, chorizos y morcillas. Ya se le estaba haciendo la boca agua, cuando don Quijote se lanzó a la carrera dispuesto a atacar.

Sancho no iba a permitir que don Quijote destrozara comida tan espectacular.

—¡Pare, mi señor! —dijo Sancho.

—¡No puedo parar! ¡Al ataqueeee...!

—¡Pero si no es un dragón!

—Sí lo es. Y, mira, un grupo de campesinos están a su alrededor. ¡Hay que salvarlos o los achicharrará!

—¡Dios mío! ¡Que se carga la comida!

310 Pero no sirvió de nada. Don Quijote sacó su espada y partió en dos cada chorizo, uno por uno; la carne y las morcillas volaban por los aires, hasta que entre todos consiguieron pararle y tranquilizarle. Tumbado en el suelo, y con todos sobre él, se dio cuenta de su error y se disculpó arrepentido.

Una vez que pasó todo y que estaban más tranquilos, se comieron lo que había quedado y disfrutaron de la cena.

Cuando terminaron, don Quijote y Sancho Panza, muy satisfechos, sobre todo Sancho, dieron las gracias y se fueron a buscar un lugar donde dormir antes de que fuera de noche. A lo lejos, en la montaña, vieron una cueva y decidieron dirigirse hacia allí para descansar.

Al día siguiente se despertaron, y pensaron que se habían trasladado por la noche a un lugar maravilloso. Se quedaron asombrados al ver tanto verde y, al fondo, la nieve de la montaña. Se oía cantar a los pájaros y el ruido del agua helada bajando por el precioso valle.

Decidieron seguir el curso del río. Poco a poco iban descendiendo, observando las libélulas por encima del agua, y llegaron a una cascada enorme.

Se preguntaban cómo habían llegado a aquel lugar tan maravilloso que los invadía de placidez y tranquilidad.

—Señor, ¿seguimos bajando o nos quedamos aquí?

—Bajaremos un poco más, a ver si hay alguna poza donde poder zambullirnos.

Después de caminar un rato rodeados de vacas y verdes prados, descubrieron un lugar donde había gente bañándose en unas grandes piscinas naturales, rodeadas de árboles que daban sombra. ¡Todo era perfecto!

—Amigo Sancho, venga, a bañarse.

—No, señor, me lo prohíbe mi religión. Prefiero quedarme aquí tumbado a la sombra de este frondoso castaño. ¡Vaya, vaya, que le espero!

—Pues iré solo, pero has de saber que no solo hay que limpiar el alma, también hay que limpiar el cuerpo, Sancho amigo.

Ataron sus monturas a un árbol y don Quijote, sin pensárselo dos veces, se desnudó y se metió en el agua. Necesitaba quitarse el olor a humo del día anterior.

Pero salió igual de rápido que entró. ¡El agua estaba helada!

Mientras descansaban en ese lugar tan idílico y tranquilo, descubrieron un maravilloso monasterio al fondo, al que se accedía cruzando un puente. Se encaminaron hacia allí y golpearon la puerta esperando que hubiese alguien dentro.

Y así fue. Salió a abrir un hombre bastante mayor vestido con una túnica marrón que le llegaba hasta los pies y con una capucha por encima de la cabeza, por lo que dedujeron que se trataba de un fraile. Los invitó a entrar y allí compartieron cena en absoluto silencio. Después, los acompañaron a sus celdas, que, aunque no eran precisamente cómodas, al menos les servirían para descansar tranquilos aquella noche.

—A mí esto no me gusta nada, señor. ¡Me da mala espina! Tanto silencio y tanta oscuridad... ¿Y si nos hacen algo mientras dormimos?

—Vamos, ¡no pienses en esas cosas! No es más que un lugar de retiro y descanso. Aprovecha y duerme tranquilo, que mañana verás las cosas de otra manera.

—¡Si usted lo dice! Pero no me voy a quitar la ropa, me voy a tumbar encima del camastro por si tenemos que salir corriendo.

—Como quieras. —Se dieron las buenas noches y se fueron a dormir.

A pesar de la inquietud, Sancho fue el primero en quedarse dormido. Sus ronquidos retumbaban en la habitación, hacían temblar la puerta y se perdían a lo largo del pasillo.

312

Cuando estaban todos durmiendo, y en el silencio de la noche, se oyó el chirriar de una puerta; era la de la celda de uno de los frailes que todas las noches se levantaba sonámbulo. Atravesaba el claustro y se dirigía hacia una esquina donde se encontraban unas empinadas y oscuras escaleras que terminaban en el campanario. Una vez allí, tocaba tres veces las campanas anunciando las tres de la madrugada.

Después, y aún dormido, volvía por el mismo camino y regresaba a su retiro.

Sancho siguió durmiendo a pierna suelta, pues no le despertaba ni un terremoto; sin embargo, don Quijote, que tenía el sueño bastante más ligero, oyó el repicar de las campanas y se preguntó qué sería aquello que había oído. Pero enseguida se volvió a dormir

A la mañana siguiente el hidalgo estaba deseando contarle a Sancho lo que había escuchado durante la noche.

—Habrás sido un sueño, señor —dijo Sancho—. Usted enseguida deja correr su imaginación, y aquí por la noche ¡no se oye nada!

—Te digo que lo que oí fue real. Ya sabes que tengo muy buen oído y te aseguro que no dormía.

Los frailes los invitaron a quedarse un día más, a lo que Sancho se apresuró a contestar:

—Muchas gracias, pero tenemos que continuar nuestro camino. Ya nos queda poco para llegar a casa y debemos seguir.

—No corras tanto, fiel escudero. Yo creo que estaría bien quedarnos un día más, y así averiguaremos quién toca las campanas.

—Pero, señor, esto me huele a chamusquina...

—Decidido, nos quedamos. Solo una noche más, y mañana continuaremos el regreso.

Y así lo hicieron. Pasaron otro día en el monasterio, deseando que llegara la noche para ver si se repetía lo de la noche anterior.

Don Quijote, dispuesto a resolver el misterio, quiso pasar la noche en vela. Intranquilo, pues estaba asustado por lo que ocurrió la noche anterior, pensó en despertar a Sancho, pero antes hizo acopio de valor y decidió salir él solo. A la misma hora que la otra noche, se pudo oír el chirriar de una puerta. Don Quijote tembló de miedo, pero, al oír unos pasos cerca de su celda, decidió salir a ver qué pasaba. A lo lejos del pasillo pudo ver una sombra un poco extraña. ¡Tenía forma de fantasma!

Convencido de que se desvelaría el misterio, don Quijote siguió al fantasma por todo el claustro. Cerca de una esquina subió las escaleras que llevaban al campanario y fue tras él. Una vez arriba el fantasma agarró la cuerda para hacer sonar la campana y don Quijote creyó que la quería tirar por la ventana del campanario. Para evitarlo se colgó del badajo y golpeó con sus piernas al supuesto fantasma, propinándole tal golpe que cayó de espaldas al suelo, despertándose sobresaltado y gritando: «¡Las tres! ¡Son las tres!».

Mientras tanto, el hidalgo, que seguía colgado del badajo dentro de la campana, se golpeaba contra sus paredes. Empezó a gritar, pues no sabía cómo parar y su voz retumbaba como si de un ogro se tratara.

—¡Vengan a socorredme, que mis huesos se van a hacer añicos!

Ante tal escándalo, se despertaron todos los frailes e incluso Sancho, y subieron corriendo al campanario para ver qué es lo que ocurría. Allí se encontraron en el suelo a fray Felipe gritando:

314

—¡Las tres, las tres! ¡Son las tres...!

Y a don Quijote dentro de la campana pidiendo ayuda y golpeándose como si fuera un badajo que se había vuelto loco y no era capaz de parar.

Entre todos tranquilizaron a fray Felipe, al que ya despier-to le contaron sus andanzas nocturnas y qué es lo que estaba haciendo allí. Bajaron a don Quijote, que se sentó en el suelo con el cuerpo molido a golpes y la cabeza a punto de estallarle.

—¡Pero qué hacía vuestra merced ahí colgado, señor!

—¿Que qué hacía? ¡Pues evitar una desgracia! —contestó muy serio—. Salvé al monasterio de quedarse sin campana, pues ese fantasma loco la quería tirar.

—¡Ay, señor! ¡Que ve peligros donde no los hay! ¡Que no era más que un fraile que, sonámbulo, intentaba tocar la campana para anunciar las tres de la madrugada!

—Pues yo me siento como si hubiese librado una de mis peores batallas, Sancho amigo. Acompáñame a la cama que necesito descansar.

Y así lo hicieron. Después de aquel revuelo llegó el momento de la calma, y cada uno volvió a su celda para intentar descansar algunas horas hasta que amaneciera.

Los primeros rayos de sol anunciaron a nuestros amigos que había llegado la hora de continuar su regreso a casa.

—Levanta, Sancho, que el camino nos espera.

—¡Oh, no, Dios mío! Que no por mucho madrugar amanece más temprano... ¡Necesitaría dormir veinte hora más!

—Pues por esta noche ha sido suficiente. Vamos, que nos tenemos que despedir y agradecer a esta buena gente su generosidad.

—Lo que usted diga, señor.

Se despidieron de los frailes y salieron de aquel lugar, que, aunque un poco alterado por los hechos de la noche anterior, recobraba de nuevo la paz.

Subidos en sus jamelgos, retomaron el viaje de vuelta a casa, dejando atrás Rascafría y los buenos momentos que habían pasado en aquel reconfortante lugar.

«Cada cual se fabrica su destino, no tiene aquí fortuna parte alguna».

Capítulo XXVI

La gran aventura alcalaína

CEIP Cervantes
Alcalá de Henares

Tutor literario
Santiago García-Clairac

Profesorado

M.^a Josefa Brocal Martínez
Raquel Sampedro Fernández
Mercedes Sánchez Jado

Alumnado

Imane Aoulad Yahya
Juana Abril Torres Torres
Harvi Gio Berrocal Cuba
Tarik Alexander Dimchev Atanasov
Sebastián Dzierzanowski
Valeria Nicole Escobar Silva
César Fradejas Fereres
Julián Fernández Becerra
Nerea Galisteo del Val
María González Herrero
Víctor Gómez Merino
Claudia de Hoyos Fernández
Marcus Iacob Mirón
Yaelle Le Jeune del Cerro
Adrián Jan Maryniak
Alejandro Klich Cebrian
Irene Leal García
Raluca Sonia Manica
David Medina Rodríguez
Alicia Mendes
Sara Miguel Martin
María Dolores Mihai Craciun
Aitana Moreno Berlinches
Darío Muñoz Ruiz
Rubén Ocaña García
Carlos Pereira Minhoto
Mario Rosario Pérez-Cejuela
Almudena Pozo Espinosa
Andrei Vasilica Puravu
Alejandro Regueira Galea
Rubén Santamaría Ruiz
Mauro Víctor Santillana Carrillo
Nazariy Sterenchak
Youced Trad Ferrioune
Vlada Tugui



Capítulo XXVI

La gran aventura alcaláina

En un lugar de Alcalá que no quiero recordar, tiene lugar la singular aventura que a continuación les vamos a mencionar.

321

Un caluroso día de finales del mes de septiembre, esos de los que al sol te pica la piel, y a la sombra corre el fresquito, iban don Quijote y su fiel escudero Sancho Panza, caminando hacia la ciudad de Alcalá de Henares, siguiendo los juncos y zarzas que marcan el río Henares. Era pronto, por la mañana. Acompañados por los cantos de los pájaros y el olor de las flores se encaminaron hacia la ciudad en busca de nuevas aventuras.

Nada más entrar en Alcalá se dieron cuenta de que había poco movimiento o, mejor dicho, ninguno. Siguieron andando hasta una plazuela que tenía pinta de mercado abandonado, donde escucharon unas voces. Se acercaron más y más hasta que se dieron cuenta de que las voces venían de un hombre mayor que hablaba solo.

—¡Corred y no miréis hacia atrás!, ¡el Ejército de la Media Luna se lo llevó, el Ejército de la Media Luna se lo llevó, se lo llevó!

Y seguía gritando palabras que no se comprendían. Solo alto y claro se entendía «el Ejército de la Media Luna». Sorprendidos, no sabían qué quería decir aquel buen hombre, pero

don Quijote recordó haber leído algo sobre ese ejército en alguno de los muchos libros que tenía en su casa.

—¡Ya recuerdo, amigo Sancho! El Ejército de la Media Luna es un grupo de soldados dirigidos por el rey Salomón. Atacan cuando hay noches con media luna, arrasan y saquean por donde pasan.

Pero don Quijote quería saber más, así es que caminando por las calles empedradas llegaron a la calle Libreros, una calle de la ciudad de Alcalá famosa, como su nombre indica, por tener numerosas tiendas de libros. Se pararon en una que tenía un pequeño escaparate. Al entrar, una joven y bella dama los atendió:

—¿Qué desean, caballeros? —les preguntó.

Ambos caballeros se quedaron sin palabras al ver a la muchacha, pues era tan guapa que estaban impresionados.

—Buscamos libros en los que se hable del Ejército de la Media Luna —contestó al momento Sancho Panza.

La chica se quedó muda. Estaba prohibido en todo el reino hablar de ese ejército, estaba maldito, y quien pronunciara su nombre tendría siete años de mala suerte. La joven se aseguró de que nadie la estaba viendo y entonces, solo entonces, comenzó a hablar:

—Os venderé uno, solo uno, el que da la información más oculta de ellos y del rey Salomón, temido en todo el valle del río Henares. Son diez doblones de oro. Es caro, lo sé, pero su contenido lo merece. Eso sí, una última cosa; no podéis decir a nadie que os he vendido el libro, ni se lo podéis enseñar a nadie o la maldición caerá sobre mí y mi familia, os lo ruego.

Y dicho eso, la bella chica les mandó salir de la librería, cerró la puerta con llave y echó las cortinas.

Andando por la calle Libreros y un tanto asustados, pararon enfrente de una bonita iglesia, la iglesia de Santa María. Pensaron en pasar y rezar a algún santo que les pudiera librar de la maldición.

Ya se estaba haciendo de noche y tenían que buscar refugio en alguna posada. Caminaron hacia la calle Mayor, conocida por sus hermosos soportales y su calle empedrada tan bien conservada. Allí una anciana les ofreció cobijo en un mesón donde pudieron también probar algunos productos típicos de la localidad, un plato hondo de migas castellanas y de postre unas rosquillas alcaláinas y almendras garrapiñadas elaboradas por las monjitas de uno de los muchos conventos que la ciudad tenía.

323

A continuación se fueron a la alcoba a descansar, situada en la primera planta del mesón. Subieron por unas escaleras algo cochambrosas y de madera carcomida. La habitación era pequeña, tenía un camastro y un pequeño mueblecillo con una palangana blanca y una jarra de agua. Don Quijote se tumbó en la cama, y su fiel escudero Sancho tuvo que dormir en el suelo sobre unas mantas.

A la mañana siguiente, don Quijote oía golpes y gritos, y se asomó por la ventana de la habitación, desde la que se podía ver la calle Mayor. Vio a gente furiosa lanzando piedras. Él se imaginó que fue por la compra del libro maldito. Rápidamente se puso la armadura, cogió la espada y fue corriendo al patio trasero; por ir corriendo se cayó por las escaleras, pero se levantó y cogió un mazo. Sancho le seguía a toda prisa.

En el patio había un cobertizo, con dos caballos, así es que con el mazo rompió la puerta y cogió los dos caballos, uno para él y otro para Sancho. Los dueños del mesón, al oír los ruidos, corrieron hasta ellos, pero llegaron tarde. A Sancho y

don Quijote ya casi ni se los veía al final de la calle, camino de la plaza de los Santos Niños en la que se ubica la Catedral Magistral. Dieron unas cuantas vueltas por las callejuelas y, cuando creyeron haberlos despistado, se sentaron en la plaza de las Siete Esquinas a descansar.

De repente notaron la presencia de un niño que estaba merodeando:

—¿Quién eres tú? ¿Y por qué nos estás persiguiendo? —le preguntaron.

324

—Hola, me llamo José María, y me gusta escribir libros de caballeros. En tres días tengo que entregar uno de ellos en una de las tiendas de la calle Libreros. Hay un concurso para ver quién consigue un trabajo de escritores allí, y todavía no he empezado.

De pronto don Quijote tuvo una idea.

—Pues yo soy un caballero y este de aquí mi escudero. Puedes venir conmigo y escribir mis aventuras en tres días.

—Hay que empezar ya —dijo Sancho.

—De acuerdo, vamos a la plaza del Mercado, allí espero encontrar al Ejército de la Media Luna y poder luchar contra él.

Estaban llegando por la calle de los Colegios, cuando se vieron rodeados por todos aquellos soldados vestidos con uniforme rojo y blanco.

—¡Son los soldados de la Media Luna! —dijo José tartamudeando.

—¿Qué pasa, señor? —preguntó Sancho.

—¡No lo sé, buen amigo, pero me enfrentaré a ellos! —exclamó don Quijote.

—¡Estás loco! Ese capitán es muy bueno con la espada, le conozco porque él también quiere el puesto de trabajo; seguro que esos dos son sus ayudantes, y me quieren robar el libro para que no lo entregue.

Entre tanto alboroto, los soldados le lograron arrebatarse el libro.

—¡Eh, vosotros!, ¡vamos, no hay tiempo que perder, correremos detrás de ellos! —gritaron Sancho y don Quijote.

Pero don Quijote tropezó con una sandía que se había caído del puestecillo de fruta que había a dos metros, y cayó rodando al suelo. El pie se le quedó enganchado en una de las cadenas que usaban para sujetar a los caballos y no pudo hacer nada. Sancho y José fueron apresados, metidos en una carreta tirada por dos mulas y llevados ante el mismísimo rey Salomón, cuyo castillo se encontraba en la Isla de los Colegios, protegido por el río Henares, que lo rodeaba, y por una gran muralla casi imposible de atravesar.

325

Don Quijote quedó solo y con un pie magullado, así es que tuvo que ir hasta el hospitalillo, que no andaba muy lejos, para que le pusieran unos vendajes con unos ungüentos.

Algo recuperado, pero aún con dolores, don Quijote no podía dejar a su fiel escudero y a su nuevo amigo abandonados. Así es que se puso en pie y comenzó a andar hasta el castillo encantado del malvado rey.

En el camino entró en una gran plaza, en cuyo centro lucía una estatua de un gran escritor, en la que estaban jugando unos cuantos niños y niñas. También pasó por la Universidad de Alcalá, y allí se vio rodeado por unos estudiantes que vestían con unas capas y tocaban unas pequeñas mandolinas, cantando al son de la música algo sobre una flor, sobre los claveles para ser más exactos, y menos mal que tuvo cuidado porque casi le roban las pocas monedas que aún llevaba.

Don Quijote no se podía creer la mala suerte que estaba teniendo. Entonces recordó las palabras de la bella joven que le vendió el libro. Iba a ser verdad que hablar sobre el Ejército de la Media Luna daba mala suerte.

Siguió recorriendo la muralla que rodeaba la ciudad hasta que encontró una puerta que daba directamente a la Isla de los Colegios. Aunque estaba cansado y hambriento no podía detenerse, era un caballero y lucharía hasta el final.

En el castillo encontró innumerable peligros, arqueros que le lanzaban flechas, incluso algunas de fuego, una guillotina que no dejaba títere con cabeza, si no te agachabas con cuidado, y un laberinto con unas enredaderas asesinas, de las que se libró gracias a los olores que salían del ungüento y que confundieron a la planta y no lo identificó como persona.

326

Por fin llegó a la puerta final. Cuando la cruzó, el mismísimo rey Salomón estaba enfrente, y le dijo que tenía que luchar. El rey llamó a la guardia real para que lucharan por su causa,

—Nadie atraviesa los muros del castillo sin mi permiso —dijo el rey.

Pero don Quijote no tenía fuerza para más y se hizo el muerto; entonces Salomón mandó a su hija para que comprobara si realmente estaba muerto. En ese momento nuestro hidalgo caballero tomó presa a la princesa, que era un tanto fea, todo hay que decirlo, y apuntándola con su lanza, le dijo al monarca:

—No es mi intención hacer daño a su hija, pero si no dejan libres a mis dos compañeros, esta preciosa joven (en verdad no lo pensaba, si bien creía que era mejor piropear a la chica, para que aún no se enfadara más el rey) se vendrá conmigo y no la volverá a ver.

Entonces el rey decidió liberar a Sancho y José, ya que era su hija favorita.

Salieron los cuatro del castillo un poco asustados, pero felices de estar a salvo, y dejaron a la chica sin ningún rasguño en uno de los puentes que cruzaban el río.

Por fin José tenía una gran historia para su libro de caballerías. Pero al mirar hacia atrás...

—¡Don Quijote, nos sigue el ejército! —gritó Sancho.

Las calles estaban vacías. Era el lugar perfecto para montar a caballo a toda velocidad, como en una carrera.

—¡Más rápido, don Quijote! —decía José—. Tengo que conseguir entregar el libro de caballerías en una de las librerías de la calle Libreros.

El caballo, al ver a los soldados con espadas, corría mucho más deprisa.

Por fin llegaron. Exhaustos, entraron y le dieron el manuscrito al librero más famoso de Alcalá, que por lo visto se llamaba Miguel, un nombre curioso y que le resultaba familiar a don Quijote, todo sea dicho.

Este tal Miguel era uno de los hombre más influyentes del reino, y tenía la bendición del gobernador para hacer y deshacer a su antojo, así es que, cuando el Ejército de la Media Luna vio que habían entrado en la librería de don Miguel, tuvo que darse media vuelta y volver por donde había llegado.

El librero leyó con atención el manuscrito, y le encantaron las numerosas aventuras que en él estaban escritas, por lo que contrató de inmediato a José para que siguiera escribiendo historias.

Don Quijote y Sancho estaban orgullosos y satisfechos de haber ayudado a aquel muchacho y de haber vivido una nueva historia para recordar.

Así, Sancho y don Quijote terminaron su aventura en una pequeña ciudad con tintes de humanidad.

Salieron por la puerta de Madrid con destino desconocido, hacia otra ciudad en la que vivirían sin lugar a dudas nuevas y maravillosas aventuras.

Capítulo XXVII

De cómo llegados a Toledo
don Quijote y Sancho se ven
envueltos en un loco asunto

CC San Joaquín y Santa Ana
Toledo

Tutora literaria
Marinella Terzi

Profesorado

María Isabel Díaz Guerrero

Alumnado

Aitana Blázquez Valladares
Lorena Castelao San Millán
Alejandra Guerrero Font
María Guillén Barragán
Alejandro Iranzo Sánchez
Raquel Jiménez Ariza
Helena Jiménez Verdes-Montenegro
Isabel Jociles Cabadas
Lucía Molina González
Hugo Rabanal Gilsanz
Paula Ramírez Almendáriz
Daniela Rojo Pérez
Sergio Sáez de Adana
Lidia Sánchez Gómez Río
Rodrigo Tomás Fernández



Capítulo XXVII

De cómo llegados a Toledo don Quijote y Sancho se ven envueltos en un loco asunto

Quiso la fortuna que nuestro hidalgo diera un buen día en pensar que su amada Dulcinea merecía un presente digno de su belleza. Con esta idea rondándole día y noche por la cabeza se le ocurrió, al fin, regalar a su dama una hermosa joya de la que se enorgulleciera.

Había llegado hasta sus oídos la fama de un prestigioso joyero toledano que trabajaba las piedras preciosas con mucha delicadeza y maestría.

Le habló a Sancho de su intención y, aunque su fiel escudero no podía imaginar dónde hallaría su señor los dineros para comprar la alhaja, no quiso contrariarle y dispusieron todo lo necesario para partir muy de mañana camino de la Ciudad Imperial.

Al amanecer de su tercer día de cabalgadura divisaron a lo lejos las torres del alcázar y los elevados campanarios de las iglesias, entre las que destacaba la silueta de la más magnífica de las catedrales hasta entonces vista por sus ojos.

Una vez llegados a la ciudad y pasado el hospital de Tavera, alcanzaron la puerta de Bisagra. Siguiendo la muralla llegaron hasta la llamada del Cambrón, en la que en medio de una multitud de gentes, bestias y carros intentaron abrirse paso.

Arrieros, aguadores, hortelanos, ganaderos y artesanos llevaban sus productos al mercado más importante de Toledo, que tenía lugar en la plaza de Zocodover. Todos ellos estaban deseosos de descargar sus mercancías e instalar sus puestos con la esperanza de obtener unos buenos maravedíes por sus productos.

Don Quijote no comprendía cómo todos esos villanos no se apartaban para dejarle paso siendo él como era hidalgo caballero.

334

Cansado de tanta espera y enojado por la falta de respeto de aquella gentuza, no dudó en empuñar su lanza y amenazar con ella al que se pusiera por delante.

—¡Apartaos, villanos, y dejad paso al más ilustre caballero que hubo en todos los tiempos! —gritó don Quijote, y a punto estuvo de atravesar a un aguador que le quería cortar el paso.

—Mire, mi señor —le dijo Sancho—, que con mal pie entramos en esta ciudad. Haríamos mejor si esperaríamos nuestro turno como todo el mundo.

Sin hacer caso a las palabras de su sensato escudero, don Quijote seguía empeñado en arremeter contra toda persona o animal que se interpusiera en su camino y mira por dónde se encontró con algo que no venía buscando: el mozalbete, al que había estado en un tris de dar muerte, y harto ya de tanta insensatez, estampó uno de sus cántaros en la cabeza de nuestro caballero quedando para pocas bromas su celada y su sesera. Aturdido por el «cantarazo» que acababa de recibir perdió el equilibrio y cayó al suelo, mientras que los que habían presenciado la escena no cesaban de reír.

—Ya le advertí, mi señor, que mejor hubiera sido que aguardáramos. Que esta gente no se anda con miramiento alguno y no entiende ni de hidalgos ni de caballeros.

Tras tan accidentada entrada a la ciudad, hidalgo y escudero encaminaron sus pasos por una empinada cuesta en busca de la primera posada que les pudiera ofrecer techo y comida, pues necesitaban dar descanso a sus cuerpos y algo de comer a sus estómagos, que ya empezaban a protestar ruidosamente.

—Me maravillo, mi señor, de cómo puedo estar sin llevarme algo a la boca desde antes del amanecer y de que sea capaz de seguir sentado sobre mi Rucio sin desfallecer.

—Yo también me maravillo, Sancho amigo, de cómo una cabeza puede sentirse tan dolorida y maltrecha como la mía.

En estas conversaciones prosiguieron su camino y tras dejar atrás San Juan de los Reyes hallaron, por fin, una posada llamada del Tránsito donde acomodarse y hacer alguna que otra averiguación sobre cómo y dónde encontrar al orfebre.

Después de dejar amarradas sus cabalgaduras en la caballeriza se adentraron en la posada.

El lugar era oscuro, poco ventilado y con un fuerte olor a vino. Tenía no más de seis o siete mesas ocupadas por gentes sencillas que bebían jarras de vino y comían con apetito sus platos de gachas o alguna cazuelilla de olla podrida que la hija del posadero había cocinado.

Era este un hombre más bien regordete, calvo y de barba canosa, con un entrecejo tan poblado que parecía tener en él todos los pelos que le faltaban en la cabeza.

Al verlos llegar, se acercó malhumorado sin quitar ojo a la extraña pareja.

—Buenas tardes tengan vuestras mercedes —dijo el posadero sin dejar de mirar la abolladura que llevaba el más alto de los dos sobre su cabeza mientras secaba sus manos en un delantal en el que no había una mancha más de aceite, pues

tenía este más lámparas que la mismísima Virgen del Sagrario en su capilla.

—Buenas sean para todos —respondió don Quijote.

Y sin más, les señaló con un gesto la única mesa que quedaba vacía para que tomaran asiento.

Al poco rato apareció la hija del posadero, una guapa moza a la que llamaban Lucía, que en nada se parecía a su grasiento padre.

—¿En qué puedo servirles? —dijo la joven.

336 —Comida y alojamiento para nuestros fatigados cuerpos, bella dama —respondió don Quijote.

Al poco reapareció la moza con una jarra de vino, una hogaza de pan y un puchero de sopa castellana que fue sirviendo a nuestros cansados viajeros, mientras les indicaba dónde podrían encontrar la casa del artesano, situada en la ribera del Tajo y que todos conocían como la casa del Diamantista, muy cerca del embarcadero.

Pronto dieron buena cuenta de la sopa dejando los platos más limpios que antes de salir de la cocina, pues tan grande era su apetito que no hubo miga de la hogaza que se escapara sin rebañar hasta la última gota de sustancia.

En estas estaban cuando en la mesa de al lado un hombre que por su aspecto parecía ser curtidor, debido a sus manos tiznadas y a sus negras uñas, conversaba con sus compañeros de mesa y comentaba la noticia que había revolucionado a la ciudad entera y que traía en jaque a sus habitantes.

Parecía ser que un perturbado mental, de manera inexplicable, se había escapado de la casa de locos, llamada del Nuncio, hacía ya dos días y hasta el momento nadie sabía cuál podía ser su paradero.

Como ya era bien entrada la tarde y el dolor de cabeza de don Quijote aumentaba, decidió retirarse a sus aposentos no

sin antes pedir a Sancho que proporcionara a Rocinante la paja y el agua necesarias para pasar la noche.

A la mañana siguiente, estando ya más aliviado don Quijote, pues no hay nada que no consiga un buen descanso, emprendieron camino hacia las orillas del Tajo en busca de la morada del Diamantista.

Era esta una bonita casa de piedra con un cuidado jardín en el que encontraron a Rodrigo Tomás, dueño de la misma, que se disponía a abrir su taller.

—Buenos días —dijo don Quijote.

—Buenos días tengan vuestras mercedes —dijo don Rodrigo.

—Vengo a buscar una joya digna de mi amada.

—Acompañenme, señores, al interior de mi taller, donde se encuentran mis más preciadas creaciones.

Tras un mostrador aparecieron ante los ojos de don Quijote maravillosos broches, elegantes sortijas, delicadas pulseras... Después de mucho pensar se decidió por una preciosa sortija de oro y brillantes.

Muy contento nuestro hidalgo por su elección dio las gracias al artesano y se dispuso a salir del taller mientras que este, atónito, veía como se marchaba sin pagar un solo ochavo por la sortija.

—Deténgase, vuestra merced —dijo don Rodrigo—, no pensaréis que os vaya a salir gratis la mejor de mis obras.

—¿Cómo osáis pedirme a mí escudo alguno? Sabed que nunca un caballero se preocupó de asuntos de dineros. Orgullo debíais sentir, por el contrario, por haber rendido tan grande honor a tan alta dama.

—Mire, señor, que yo no entiendo de tales honores, pero lo que sí entiendo es que vuestra merced se quiere marchar sin pagar y nunca permitiré tal cosa.

Sancho, que veía venir la reacción de su señor, le advirtió:

—Salgamos de aquí, mi señor, que esto no puede traernos buenas consecuencias.

Ignorando las palabras de Sancho, don Quijote desenvainó su espada y amenazó al pobre artesano, que no salía de su asombro ante la actitud del caballero.

—¡A mí la guardia! ¡A mí la guardia! —comenzó a gritar aterrorizado.

A los gritos de socorro de don Rodrigo, algunas gentes de las casas cercanas acudieron en su ayuda formándose un gran tumulto.

Al ver a don Quijote arremetiendo contra todo lo que pillaba a su alcance, y al oír las insensateces que decía, creyeron que se trataba del loco que se había escapado del Nuncio. (Y no iban mal encaminados).

Para cuando la justicia llegó, los vecinos ya tenían a don Quijote atado de pies y manos y don Rodrigo había recuperado su sortija.

Por más que el pobre Sancho suplicó, no pudo impedir que la guardia se llevará a su señor camino del manicomio mientras que este gritaba:

—¡Soltadme, malandrines! ¿No sabéis, acaso, con quién os la jugáis?

—Cállate, viejo chiflado, o asumirás las consecuencias.

—Deténganse, os lo ruego, pues no es quien pensáis —gritaba el pobre Sancho, que veía como se llevaban a don Quijote sin que pudiera hacer nada.

—¡Mi señor, mi señor, qué haré yo sin vos!

Después de este alboroto, las gentes se fueron marchando a sus casas seguras de haber atrapado al demente. El bueno de Sancho se quedó solo sin saber qué hacer ni adónde ir.

Mientras lloraba desconsoladamente, don Quijote fue conducido a rastras a una sombría y húmeda celda en la que se vio rodeado de unos hombres raros que babeaban y le miraban fijamente mientras se le acercaban curiosos.

Se hizo de noche, las horas pasaban y el pobre escudero estaba ya desesperado cuando un hombre delgado, de pelo gris, barba descuidada y extraña apariencia, apareció de entre las sombras y se acercó a él.

Sancho, a primera vista, creyó ver a su señor, pero al tenerle enfrente fue grande su desilusión, pues se dio cuenta de que no era don Quijote.

—Yo puedo prestarte mi ayuda para que puedas encontrar a tu señor —le dijo a Sancho el desconocido.

Sancho, como no tenía otra elección, sin pensárselo dos veces aceptó su propuesta y fue tras él, aunque no le pareció muy de fiar.

Al poco rato llegaron hasta la boca de una alcantarilla y se metieron por ella. Una vez dentro comenzaron a recorrer oscuros conductos con gran esfuerzo, pues estaban muy empinados y sus pies se resbalaban con la humedad y como, además, eran estos por algunos lados muy estrechos, la barriga de Sancho se atascaba cada dos por tres.

Después de atravesar varios túneles llegaron a una especie de pasadizo desde el que Sancho empezó a oír murmullos de lejanas voces.

Prosiguieron su camino a lo largo del pasillo. Las voces cada vez se oían más cercanas. El hombre misterioso, que a estas alturas del relato ya habrán imaginado vuestras mercedes que se trataba del loco escapado días antes, mostró a Sancho un trozo de pared que parecía de distinto material que el resto y empezó a escarbar en él. Sabía muy bien a dónde conducía, pues había

pasado muchas noches excavando con una cuchara de madera mientras todos dormían. Sancho, imitándole, también se puso a escarbar hasta que lograron descubrir todo el agujero. Ya solo les faltaba retirar el camastro tras el que se ocultaba. Como el demente era muy menudo salió sin dificultad, pero Sancho, que no cabía por el boquete, se tuvo que conformar con asomar la cabeza. Fue entonces cuando vio algo extraordinario. Su señor, sentado en el suelo sobre un mugriento colchón, se encontraba rodeado por unos pobres hombres harapientos y ojerosos que escuchaban atentamente la historia de unos molinos que por encantamiento resultaron ser gigantes.

—Mi señor, mi señor —dijo Sancho bajito para no ser descubierto.

Al oírle don Quijote, sorprendido, se levantó y se acercó hasta el lugar de donde provenía la voz de su escudero.

—Dese prisa, mi señor, y huyamos rápidamente antes de que se den cuenta los guardianes y seamos descubiertos.

—Mas no pensarás, mi fiel Sancho, que me iré de este lugar dejando abandonados a estos nobles caballeros que, como yo, han sido retenidos injustamente y por la fuerza por los mismos demonios que me apresaron.

—Mire, mi señor, que cuanto antes salgamos de este lugar mejor será para nosotros, y que sería más fácil escapar sin estos infelices.

El loco que acompañaba a Sancho, y que hasta el momento había permanecido en silencio, intervino para decir: «Vamos, amigos míos, marchémonos de aquí».

Sancho, resignado, decidió seguir a todos la corriente.

—Pues si tenemos que salir, hagámoslo pronto antes de que «los demonios» se den cuenta y se nos echen encima.

Y fueron colándose por el agujero uno tras otro sin dificultad pues estaban todos muy delgados.

Cuando la celda se quedó vacía, Sancho, sacando una mano por la abertura, agarró el camastro por una de sus patas y lo volvió a colocar en su lugar. Luego, se puso a tapar otra vez el agujero lo mejor que pudo con la tierra removida para disimularlo.

Siguiendo al más cuerdo de los locos, recorrieron el camino inverso por los mismos conductos oscuros infestados de ratas.

Los pobrecillos dementes iban tras él, algo confundidos y sin rechistar, encantados con la excursión, pues hacía tiempo que los pobres estaban encerrados. Al llegar a la boca de la alcantarilla y verse libres, unos gritaban, otros bailaban, otros reían, otros saltaban. Cada loco con su tema.

Cuando por fin amaneció y los vigilantes del Nuncio se dieron cuenta de la huida y descubrieron la artimaña, los locos se encontraban ya muy lejos, río abajo, subidos en una barcaza que encontraron amarrada en el embarcadero y a la que no dudaron todos en subir una vez que el primero de ellos tuvo tan feliz idea.

De su paradero nunca más se supo, pero cuentan que un grupo de chiflados llegó hasta Lisboa montado en una barca y que les oyeron contar cosas muy raras sobre unos molinos convertidos en gigantes, sobre inmensos ejércitos de ovejas y sobre un valeroso caballero de cuyo nombre ya no se acordaban.

Don Quijote, por su parte, se sentía orgulloso de su hazaña y, aunque no pudo conseguir para su amada la deseada joya, que en otra ocasión sería, pensaba que bien había valido la pena llegar hasta Toledo solo por liberar a tan nobles caballeros de los infernales seres que los apresaron.

—No hay, Sancho amigo, don máspreciado que la libertad, y por ella bien vale morir.

—Válgame, mi señor, que a punto hemos estado de hacerlo en esta ocasión.

Y atravesando el puente de Alcántara se alejaron de la ciudad en busca de nuevas aventuras.

Capítulo XXVIII

El escuadrón fantasma
y el hechizo de Matilda

CC Santa María de la Providencia
Cuenca

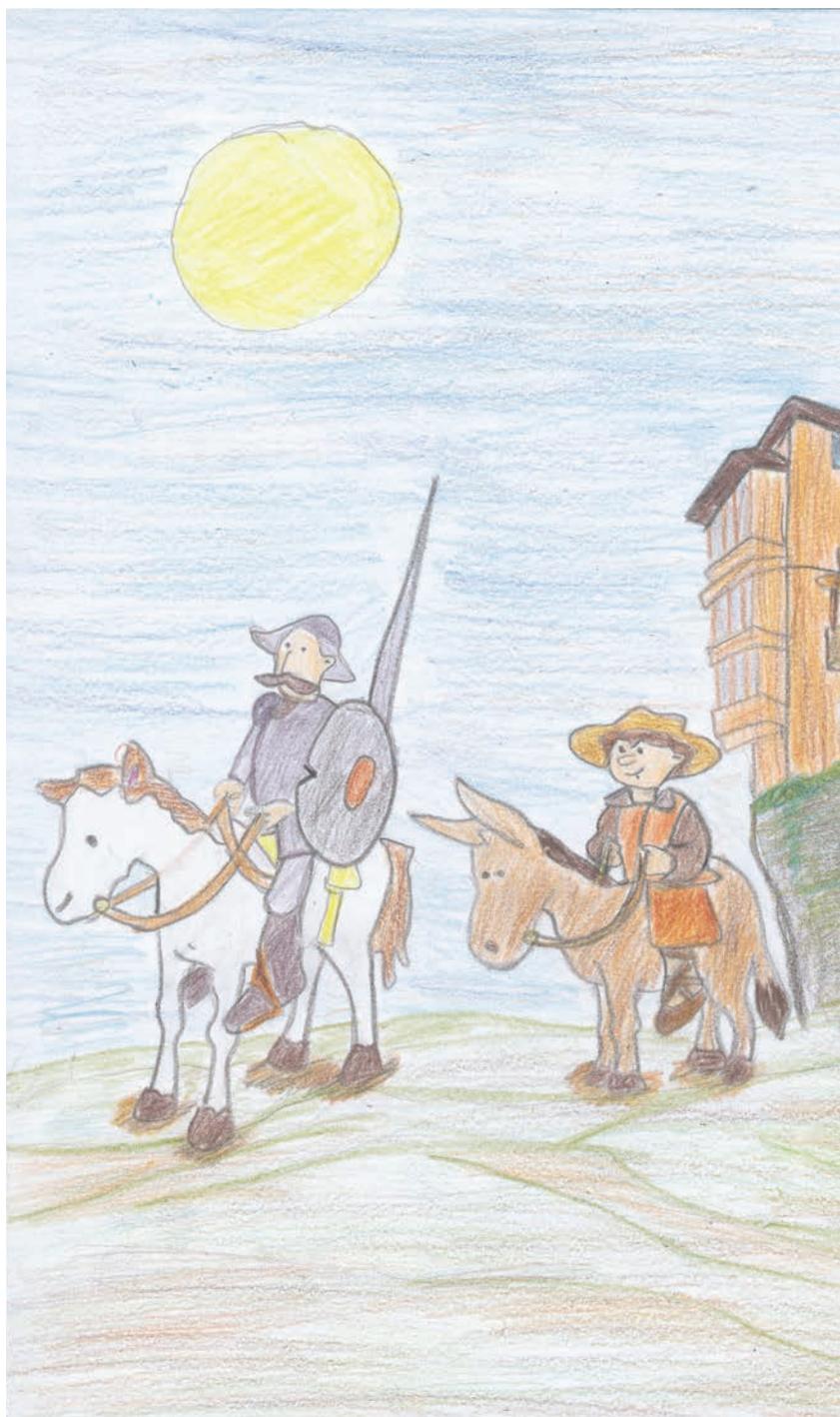
Tutora literaria
María Menéndez Ponte

Profesorado

Inmaculada Bohórquez
Fátima García Calvo
José M.^a Lara Luque
Wendy de la Torre Alarcón

Alumnado

Ángela Buitrago Caraballo
María Eguibar Mendes
Claudia Martín Gutiérrez
Elena Martín Laosa
Daiana Anahi Mesa Mollano
Guillermo Morales Alonso
Hugo Ruiz Maeso
Lucía Rodríguez Torres



Capítulo XXVIII

El escuadrón fantasma y el hechizo de Matilda

Y tras muchos años, *El tercer Quijote...*

347

Cuando estaban en Toledo, un ejército multitudinario con grandes y pesadas armaduras cabalgaban sobre centenas de blancos purasangres; les quitaron los caballos, y como no tenían a donde ir decidieron ir a Cuenca, ya que era la ciudad más cercana; iniciando su camino, se encontraron con una inmensa granja, a la cual decidieron entrar y robar un par de burros, hambrientos y sucios. Por suerte Sancho tenía zanahorias y se las dio para poder comenzar su viaje; durante el viaje iban recordando sus numerosas aventuras.

Una vez en Cuenca, don Quijote empezó a imaginar que esa ciudad estaba encantada, ya que había unas extrañas casas colgantes. Estas parecían salir de la ciudad, y don Quijote creía que las sujetaban unos fantasmas para que no se cayeran; así que él mismo empezó a gritarles, y a discutir con ellos.

—¿Qué hacéis? —gritaba don Quijote.

—Y tú qué miras —reprochaban los fantasmas—; estas casas nos pertenecen, a nosotros y a esta ciudad.

—Oye, a mí con respeto..., pide perdón o pagaréis por ello —gritó don Quijote.

—Déjanos hacer nuestro deber, y marchaos de nuestra ciudad de una vez por todas —dijo el fantasma enfadado.

Mientras discutía don Quijote con los fantasmas, él y Sancho escucharon un extraño ruido que provenía del oeste, se dieron la vuelta y vieron de nuevo al enorme ejército que cabalgaba sobre una centena de purasangres acercándose hacia la ciudad...

—¿Qué es esto? —gritó Sancho.

—Son nuestros caballos —dijo don Quijote enfadado—. Hay que ir a por ellos..., corre —añadió entonces preocupado.

Rucio y Rocinante se encontraban en ese ejército y los cabalgaban algunos caballeros; ahora tenían dos problemas: encontrar a sus caballos y vencer a los fantasmas.

348

Lo prioritario era vencer a los fantasmas, porque tenían el riesgo de que para defenderse ellos tiraran las casas encima, así que idearon un ingenioso plan: irían debajo de sus burros por toda la ciudad, porque no querían que alguna bruja les echara una maldición.

Pero... ¡madre mía! Los burros se les cayeron encima.

Entonces se encontraron con una humilde y vieja anciana..., con el pelo rojo, los ojos azules, unos paños que hacían de vestido y un peculiar pañuelo que llevaba sobre la cabeza.

Al parecer decía ser hechicera.

Ellos no dudaron en preguntarle.

La anciana gustosamente les respondió y les contó la historia de aquellas casas: eran unas casas que se crearon hacía poco, pero, como el constructor estaba obsesionado con los enigmas, las casas salieron bastante torcidas, porque los planos eran un acertijo que nadie pudo resolver para construirlas de manera adecuada.

—Pues menos mal —dijo Quijote—, yo creía que las sujetaban unos fantasmas. ¡Hasta hablé con ellos!

—No os preocupéis, os ayudaré a recuperar vuestros caballos.

La vieja anciana, que se llamaba Matilda, cogió sus materiales para comenzar la búsqueda.

Decidieron ir a la granja del ejército y así recuperar sus caballos, pero tuvieron la mala suerte de que el ejército los pilló en la granja cogiéndolos, así que los raptaron y se los llevaron, pero, gracias a que Matilda era muy escurridiza, ella consiguió escapar.

Una vez en su guarida ideó un plan, en el cual se requerían astucia y habilidades gimnásticas; se colaría en la granja haciendo volteretas y escalando hacia el tejado, una vez arriba haría un mortal para acabar de pie en la paja, y no hacerse ningún rasguño; y todo esto para recuperar a sus amigos. El plan salió de perlas, se coló en la granja y los recuperó.

Don Quijote y Sancho no paraban de darle las gracias, pero... llegó el momento de volver a casa. Matilda les dijo que nunca los olvidaría y don Quijote y Sancho marcharon en sus caballos hacia sus haciendas.

Capítulo XXIX

De cuando don Quijote
y Sancho Panza dieron por
terminada su gran aventura

La hacienda de don Quijote

Autores

Ana Alcolea

Concha López Narváez

David Lozano

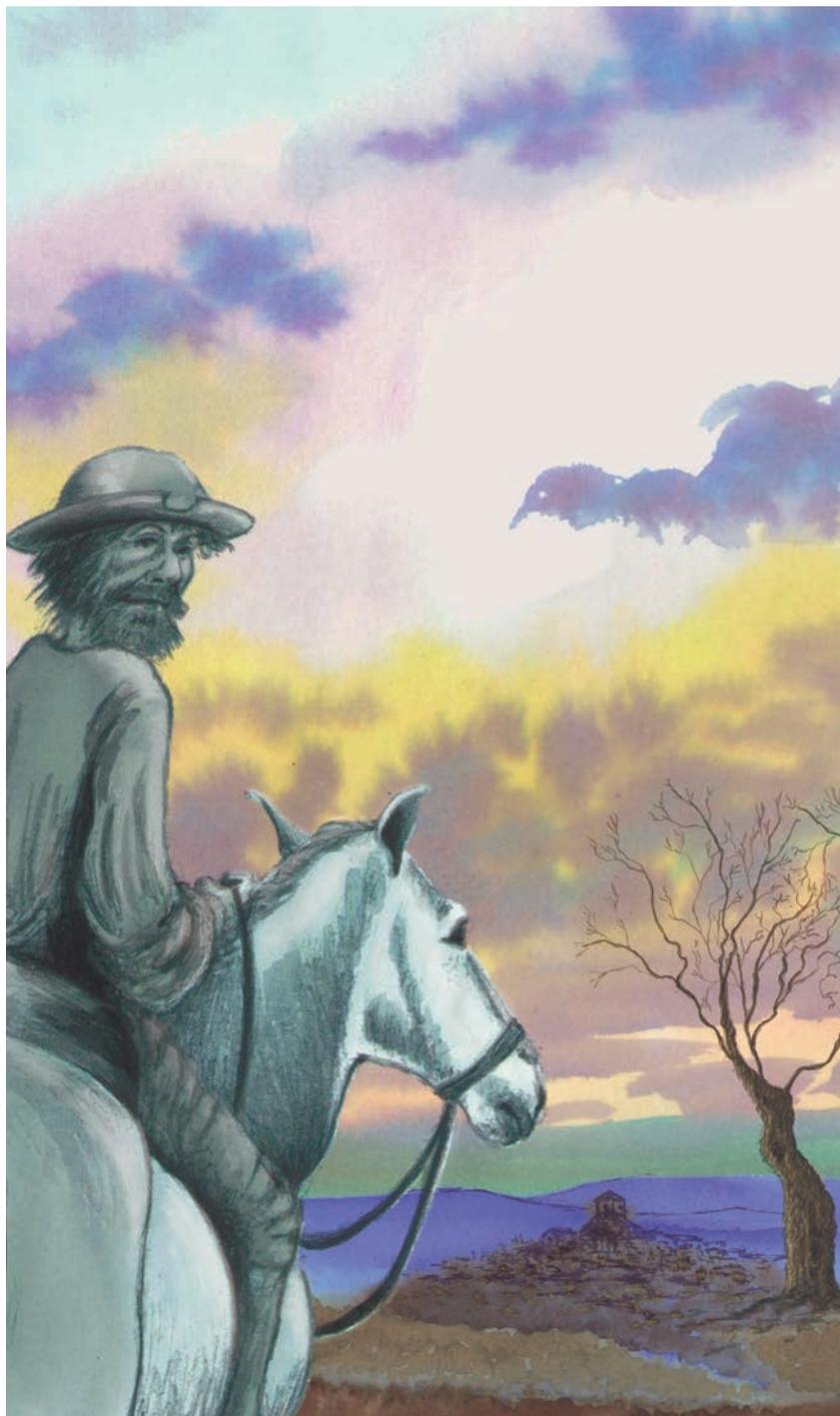


Ilustración: Ale Díaz Bouza

Capítulo XXIX

De cuando don Quijote y Sancho Panza dieron por terminada su gran aventura

353

Amanecía cuando salieron del mesón. Aún les quedaban algunas horas de camino; pero aquellos parajes ya los conocían. Rocinante relinchó jubiloso y el asno estiró los belfos como si sonriera.

Sancho, sin embargo, no parecía muy contento. «Ya estamos en casa», murmuró pesaroso.

—Volvemos sanos y salvos, Sancho amigo —dijo don Quijote.

—Y todo eso después de haber corrido varias y peligrosas aventuras, aunque, eso sí, casi todas emocionantes.

—Es cierto, Sancho, y, lo que es más importante, con algunas de ellas hemos salvado a las pobres gentes de aquellos que los maltrataban.

—Tenéis razón, señor —dijo Sancho, y casi enseguida añadió—: Pero ahora en nuestra aldea nada podemos hacer, ni por otros ni por nosotros mismos.

—Sin embargo, nos quedan los recuerdos...

—Y plantar ajos de sol a sol, y después contemplar la luna y las estrellas —dijo Sancho con voz queda, después de algunos segundos de silencio, y de pronto alzó la cabeza y una chispa de emocionada luz saltó de sus ojos—: ¡Mi señor, mi señor, preparemos las armas, mirad cómo se levanta el polvo del camino, parece que se acerca un ejército!

—Eso parece, Sancho —dijo don Quijote observando el polvo; pero poco después añadió—: Sin embargo, llegan muy callados, y los cascos de los caballos suenan sin gozo alguno. Es un ejército, sí, pero un ejército derrotado, al que no le quedan ganas ni fuerza para entrar en batalla. Apartémonos para que nuestra presencia no aumente su vergüenza y desánimo.

Apartáronse un tanto del camino, y ocultos tras un grupo de encinas contemplaron poco después un rebaño de ovejas. No eran muchas, y no estaban ni muy limpias ni muy lozanas. Junto a ellas caminaba un perro grande y viejo, que, sin embargo, no las perdía de vista.

354

—Derrotados vienen, Sancho, y pesarosos, sobre todo el desdichado capitán que los conduce sin hacerles reproches.

—Tenéis razón, señor, y me parece que hicimos bien apartándonos, pues ya dice el refrán que no es de bien nacidos burlarse del vencido.

—Al fin no ha de importar ser vencedor o vencido, mi buen Sancho, si se ha luchado con honor —repuso don Quijote—. Quién sabe de qué lejana batalla vuelven esas tropas o a qué temibles adversarios se han visto enfrentadas. No haya vergüenza, pues, en ese avance sin brío, aunque tampoco hayan rozado la gloria.

—Sabias palabras, mi señor. Vayan, pues, con Dios esos soldados y su viejo capitán.

Don Quijote asintió sin desviar la vista del rebaño, muy quieto sobre su caballo. A continuación se acarició la barba, meditabundo.

—Acaso no haya mayor heroicidad que saber aceptar el momento de la vuelta a casa, Sancho. También hace falta valor para tomar ese último rumbo. El más arduo de cuantos recorre un caballero en su andadura.

Los cansados ojos del hidalgo todavía seguían pendientes del lento avance de los animales hasta que la última oveja desapareció en el horizonte tras un recodo del sendero. Solo quedó entonces la nube de polvo, cada vez más tenue, y el rumor de las ovejas interrumpido de vez en cuando por los lastimeros ladridos del perro pastor.

Quedaron ambos en silencio hasta que Sancho, impaciente, se removió sobre su asno.

—¿Nos movemos, mi señor? Si no ha de haber más aventuras —dijo con resignación—, terminemos el último trecho del camino que mi cuerpo pide lecho en condiciones. Ya casi puedo oler las viandas con las que se me recibirá en mi hogar. Al menos mis tripas sí vivirán un último desafío.

—Poco ingenio se ha de precisar para tal entuerto, Sancho. Apenas el apetito y esa boca tuya que, doy fe, también sabe tragar buenos vinos sin prudencia.

—Prudencia es lo que no tendrá mi mujer si ya le han llegado noticias de nuestro regreso y no nos ve aparecer. Y poco pecado es beber, si se hace con ánimo de celebrar. Bien lo sabéis vos.

—No es poca la sabiduría de tu sencillez, Sancho. Regresemos, pues. Hora es ya de dar por concluida esta epopeya. No ha de sorprendernos la noche sin cobijo ahora que nos espera el hogar.

Don Quijote dirigió con las riendas a Rocinante hasta abandonar el encinar y retomar el camino, seguido por Sancho en su montura. El hidalgo no pronunció palabra durante buena parte de ese nuevo avance. Se dedicaba a contemplar el paisaje familiar con una extraña melancolía.

—Muchos lugares no volverán a quedar ante nuestros ojos, Sancho.

—Pero quedarán para siempre en nuestra memoria, como vos habéis dicho. No hay ladrón que pueda quitarnos eso. —Y se golpeaba la mollera con uno de sus dedos—. Aquí está todo.

—Tampoco podrá nadie borrar nuestra huella, Sancho. No olvides que en todos esos lugares ha quedado el rastro de nuestra valentía, de nuestra intervención. Damas y caballeros nos recordarán con agradecimiento. Somos ya leyenda, mi buen Sancho.

356

En ese momento, Sancho se irguió sobre su asno y señaló más adelante, hacia las primeras construcciones que iban quedando ante su vista:

—¡Ya llegamos!

El sol se escondía cuando llegaron a la hacienda de don Quijote. Muchas aventuras habían acaecido desde que Sancho se acercara a la casa y solo encontrara a Rocinante, más flaco que nunca, y a la triste figura que, en un primer momento, tomara por el fantasma de don Quijote, su señor.

—Ya llegamos —repitió con voz cansada aquel que nunca fue caballero, aunque en muchas empresas se comportó como lo hubiera hecho el sin par Amadís de Gaula o el valiente Palmerín de Inglaterra.

—¿No huele, mi señor, la leña que se quema en todos los hogares de nuestro pueblo? Por el humo se sabe dónde está el fuego, y ya se nota que es la hora de la cena. Seguro que mi señora tiene preparados algunos choricillos y algún buen pedazo de tocino con pan recién hecho. Acompañaremos todo con buenos trozos de cebolla cruda, que mi Teresa y yo siempre pensamos aquello de que contigo pan y cebolla. Venid a mi humilde casa a reponer fuerzas antes de volver a la vuestra, mi señor don Quijote.

—Vámonos paso a paso, como ya te dije una vez, mientras esperaba a la dama de la noche, amigo Sancho. Hora es de mi retiro definitivo a la morada de la que Dios ha tenido a bien dejarme salir para continuar con el empeño que siempre perseguí: salvar a las buenas gentes de las injusticias a las que se ven sometidas, ora sí, ora también, en este mundo de locos que nos ha tocado vivir. Y morir.

—Pero, señor, vos no estáis muerto, que yo os veo, os oigo, incluso os huelo, y he de deciros, con el mayor de los respetos, que necesitáis un buen baño caliente. Que aunque bodega de buen olor, no ha menester pregón, en este caso, mejor no ser pregonados ni vos ni yo.

—Allá donde voy no necesitaré ya ni baños ni paños calientes, mi querido Sancho.

—Descansaremos una temporada y volveremos a salir al campo, a ayudar a doncellas menesterosas y a jóvenes enamorados, como hicimos tantas veces vos y yo, mi señor don Quijote. ¡Y quién sabe si en un futuro próximo hasta consiga usted enamorar a la sin par Dulcinea del Toboso! Que ya se sabe, que el que la sigue la consigue. Y vos sois tozudo como nadie.

—No, Sancho amigo, no. Y no me vuelvas a llamar don Quijote, que fue nombre que yo mismo me regalé cuando di en pretender ser un caballero como los de las novelas que había leído para pasar mejor el tiempo de la vida. No, Sancho, no. Hidalgo con algo de ingenio fui. Enamorado de libros y de causas perdidas. Héroe de papel y de tinta. Alonso Quijano soy. Con ese nombre nací, con ese me fui al otro mundo, y con él vuelvo ahora a la casa eterna. Vete tú con tu mujer, que te espera impaciente. Y pídele perdón de parte mía, por haberte tenido entretenido el tiempo, el pensamiento y el sueño. Y ándate con Dios, como yo me vuelvo a Él, por siempre jamás.

—Pero, mi señor don Quijote o don Alonso, o como quiera vuestra merced llamarse ahora y en la eternidad, no me deje así, solo, con mi mujer y con mi Rucio. Ya me había vuelto a acostumbrar a vuestra compañía. Y vucencia a la mía, a mis charlas y a mis regüeldos. ¿Qué vais a hacer sin mí? ¿Y yo sin vos?

358

—Adiós, Sancho amigo. Olvida que hemos luchado ante ejércitos de enemigos, que hemos salvado a damas y a perseguidos. Olvidalo todo y vive lo que te dé esta tierra de lágrimas y de alegrías. Come, bebe, ríe y no pienses en mí en tus vigiliass. Acaso, permite que te visite alguna noche en tus sueños para correr alguna que otra aventura, que algún encantador maligno o benefactor hará que olvides por la mañana. Y, ahora, ve con Teresa y con Dios. Y no pienses que soy desagradecido, que te dejo en herencia nada menos que a la señora doña Luna, o sea, a la mismísima diosa Diana —en ese momento, el ingenioso hidalgo señaló el cielo en el que resplandecía el falso brillo blanco de la luna—, que tantos pasos nuestros ha guiado por bosques y por sierras.

Sancho se bajó del Rucio y vio como don Quijote, o don Alonso, entraba por la puerta de su hacienda a lomos del malhadado Rocinante. Se quedó quieto unos instantes hasta que se decidió a seguir a su señor.

El patio estaba oscuro. Solo la luz de la luna llena se reflejaba en el agua del pozo. Ni un sonido. Ni cascos de caballo ni rumor de respiraciones ni de voces. Nada. Nadie. Sancho se sentó junto al pozo y lloró la ausencia de don Alonso Quijano, su amigo, y la de don Quijote de la Mancha, su señor.

En ese momento, Diana abandonó el pozo y secó con sus largos cabellos las lágrimas vertidas por Sancho. Tantas como aventuras había soñado durante el instante eterno que dura el resplandor de un rayo de luna.

Aquí acaba este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.

La idea de dar vida y continuar las aventuras del fabuloso Caballero de la Triste Figura agradó en la ciudad complutense y fueron muchos los que se apuntaron sin dudarle ni un instante. La posibilidad de crear e imaginar andanzas nunca vistas de los dos personajes más conocidos de Miguel de Cervantes, nacidas de las apasionadas mentes de los alumnos y alumnas alcalaínos, apoyados por sus profesores y tutelados por un increíble grupo de escritores, algunos de los cuales poseen el Premio Cervantes Chico, fue tan motivadora que se unieron más de 800 estudiantes, 60 profesores y una decena de escritores. El lector tiene en sus manos el resultado de un trabajo de meses y una creación sin límites.

www.loqueleo.com/es

